

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS 10
ZARAGOZA

ANT

XIX

374



ISABEL Ó LA LUCHA DEL CORAZON

Libreria de
Francisco Gomez Pastor
Coso 87 ZARAGOZA

ISABEL

LA TRAMA DEL CONTO

DE LA TRAMA DEL CONTO

DE LA TRAMA DEL CONTO

DE LA TRAMA DEL CONTO

DE LA TRAMA DEL CONTO

19 cent

R. 44.099



ISABEL

6

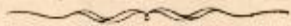
LA LUCHA DEL CORAZON

NOVELA ORIGINAL

POR OSSIANA

AUTORA DE

MAGDALENA, EL HADA DOMÉSTICA, EN EL PEÑON,
EL HILO DEL DESTINO, Y OTRAS OBRAS



TOMO III

TERCERA EDICION

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1880

ISABEL

A LUOHA-FH-GOKAZON

POR OSEANA

Es propiedad de la Autora.

CAPÍTULO PRIMERO.

—¡Boleta! ¡Boleta! exclamó una vez fuera del escritorio.

El jóven se detuvo.

—No quiero, dijo acto contínuo el cajero, dejarle á V. irse de aquí enojado conmigo, y para decírselo he venido. Una broma no merece provocar semejante resentimiento, y si impensadamente lastimé el noble orgullo de la prez de los patrones gaditanos, aquí está mi mano en señal de reparacion.

La blanca y cuidada mano, tan suave y bien formada que pudiera bien despertar la envidia de una dama, cayó sobre la del jóven como plomo derretido, ó tal cual si su contacto le produjera la muerte.

Con el propio horror, pues, que pudiera recha-

zar la de un pestilente, la rechazó Gabriel, y retrocediendo unos cuantos pasos, acompañó su acción de las siguientes palabras.

—Sr. D. Francisco, dijo forzado por su contrario á entrar en el terreno que excusara hasta aquí pisar, y poniéndose al propio tiempo una mano sobre el corazon; harto sabe V. lo que hay aquí encerrado en contra de V., é inútil es que tratemos de engañarnos mutuamente. Fuera, pues, con esto, añadió repitiendo la misma acción sobre su pecho, el aceptar esa mano que se me ofrece la más grande villanía; y, pobre, pero honrado, Gabriel Boleta, no ha hecho todavía, en buen hora lo diga, acción alguna de que pueda avergonzarse. V. quisiera bien, exclamó con la más noble franqueza, taparme la boca y embotarme el corazon con palabras y acciones lisonjeras que compraran mi silencio ó mi paciencia. Le comprendo á V. bien, caballero, pero hay ofensas que nada en este mundo basta para enmendar, y la que de V. he recibido, ya que me obliga V. á hablar de ella, sólo Dios, que es muy grande, se la puede perdonar. Déjeme V. en paz, agregó haciendo ademán de querer seguir su camino: harto vencimiento he hecho en bajarme á venir aquí hoy, forzado por la necesidad, y no me obligue V. á más.

—Un momento, mi buen Boleta, interrumpió el cajero con su inalterable suavidad, nada desanimado aparentemente con la brusca repulsa de su contrario, y dígame V. á lo que conduce todo esto. Dígame V. cuál es el objeto que se lleva al mostrar tal ingratitud, y qué es lo que contra mi inocente persona tiene. Le alabo, le ensalzo, le expreso el extremo de mi admiracion por los méritos que en V. reconozco, y basta eso para hacernos enemigos. Por vida mia que no lo entiendo.

El rostro de Gabriel se iba encendiendo por momentos, y no bien llegó Francisco á esta parte de su discurso, se hallaba bermeja la noble cara.

—¿No sabe V. quién soy yo? preguntó con ira. ¿No sabe V. quién es Gabriel Boleta? ¿Y se ha olvidado V. ya de una mujer que se llama Mercedes; Mercedes, repitió, la que debia ser mi mujer, y no lo es por culpa de D. Francisco Cadenas?

El cajero soltó la carcajada sarcástica que tan socorrida le era en sus apuros.

—Ya, ya, exclamó despues que pasó la explosion; ya caigo en lo que tan misterioso me parecia hace un momento. ¡Mercedes, Mercedes, Mercedes! repitió como recapacitando: morena, con ojos anagníficos, caprichosa de carácter, etc., etc. Ya,

ya. La misma. La recuerdo perfectamente. ¿Y es esta toda la furia, amigo mio? preguntó con ese cinismo peculiar que hacía erizar el cabello de sus oyentes. Pues, si no es otra cosa, por poco reñimos. Cualquiera creeria que no habia otra mujer en el mundo. ¡Bah, bah! Si fuéramos á darle tan grande importancia á los pequeños incidentes de la vida, trabajo tendríamos. Caigo ya en todo. Mercedes fué novia de V. hace años...

—Era mi prometida esposa, prorumpió Gabriel con ira; la que debia ser la compañera de mi vida, á no haberse V. puesto por medio y héchonos á los dos desgraciados. Si al ménos me la hubiera V. quitado para casarse con ella, para colocarla en la posicion que se merece, tanto mejor que la que yo puedo ofrecerla, se lo hubiera á V. perdonado.

La repeticion de la risa del cajero interrumpió á Gabriel.

—Mi buen Boleta, volvió á decir Francisco con la propia suavidad de ántes; es una tontería lo que está V. diciendo, y no parece sino que acaba de nacer hoy mismo y nada sabe de lo que en el mundo pasa. Lo pasado, pasado, dijo con la mayor ligereza y encogiéndose de hombros. No he hecho más que lo que V. ó cualquiera otro

hombre hubiera hecho en mi lugar, y del buen sentido de V. esperaba que supiera concederle á cada cosa su valor. Harto buen amigo de V. he sido en medio de todo, añadió con aire de protectora confianza y no es sino extremo de ingratitud el desconocer de tal suerte mi interés. ¿Quién con más instancia que yo ha abogado porque todo lo ocurrido con Mercedes se olvidara y otra vez tornasen las cosas á su estado primitivo? ¿Quién como yo la ha instado para que correspondiera á los deseos de V.? La última vez que la ví no me ocupé de otra cosa, y le aseguro á V., Boleta, que mi mayor felicidad sería ver á V.V. casados. A ello, pues, mi buen Gabriel, que no es tan bravo el leon como lo pintan. Fuera mejor que lo hubiese sido en un tiempo en que pudo haber considerado la locura que hacía, y no es sino natural que la experiencia le haya enseñado á conocer su verdadero interés.

—¡Y por este hombre, pensó Gabriel contemplando al cajero con la más profunda indignacion, he sido yo sacrificado! ¡Yo que la amaba, que la amo con la fe más pura, yo que por ella derramaria la última gota de mi sangre, y que puesto á los mayores tormentos no exhalaria una palabra en su contra!...

Necesitó el auxilio poderoso de su razon para no arrojarse sobre su rival y desahogar de una vez sus aglomerados resentimientos; y necesitó igualmente traer á su ayuda la firme conviccion de la inextinguible pasion de Mercedes por él para hacérselo sagrado, y sofocar instantáneamente los violentos impulsos de su indignada alma.

Francisco habia continuado hablando, lanzado en su terreno predilecto.

—Pensaria tal vez la inocente que ganaba mucho en el cambio, cuando tan fácilmente se entregó á mis garras, dijo en voz festiva; creeria quizás que como el héroe de no sé qué cuento que se acostó patan y amaneció príncipe, le iba á ella á suceder otro tanto, y que tenía ya su suerte hecha. Juzgó con la propia irreflexion que el perro de la fábula al ver su reflejo en el agua: pero con mejor suerte que él, debe darse por satisfecha de haber reconquistado su soltada presa.

—Si no fuera porque mis oidos le escuchan á V., prorumpió Gabriel, imposibilitado de contener por más tiempo su indignacion, nadie me haria jamás creer que un caballero era capaz de hablar como lo acaba V. de hacer. Soy un pobre ignorante que nada sé de las cosas del mundo, y que nada le hubiera dicho jamás á un caballero como

V. porque bien conozco que los caballeros no aguantan nada á los pobres; y que por mi propia cuenta he callado cuanto he podido; pero no es justo, señor, que deje de sacar la cara por la infeliz mujer con quien tan mal se ha conducido V. ¡Pobre Mercedes! exclamó, no ya con ira, sino con el más profundo sentimiento por el recuerdo de la vejacion sufrida por ésta: ¡creer que la movia el interés para lo que hizo! ¡Creer que sólo la ambicion y el deseo de ser señora la ganaron cuando tan noble es su alma, que rehusa el rescate que toda mujer con tanto afan acogeria! ¡Desconocerla de tal suerte! ¡Insultarla de ese modo!... Señor D. Francisco, si fuera yo un caballero como V., le llamaria por un nombre que no se me ha ocurrido apropiarle ántes, pero que ahora clama por salir de mis labios. Un nombre que le cubriera de baldon á los ojos del mundo, y que sólo con sangre podia lavarse.

—Mi buen Boleta, mi buen Gabriel, repuso el invulnerable Francisco: calma, tranquilidad y reflexion. Ya sé yo lo que me quisiera V. llamar. Le comprendo perfectamente. Un cobarde: ¿no es así?

—Y un miserable. Como pobre, prosiguió Gabriel, se lo diria tambien en su propia cara si me fuera indiferente ir á parar á la cárcel; pero no

quiero darle á V. ese gusto ni apesadambiar á Mercedes; y domino mis impulsos, y trato de sujetar lo que me viene á la boca, en consideracion á las consecuencias. Fuera mejor ¡cuanto mejor! que nada de esto se hubiera hablado entre nosotros....

—Nada de eso: nada de eso, interrumpió Cadenas con presteza. Yo lo creí tambien al principio, pero bien pensado luégo, reflexioné que nada podía mejor convenirnos mutuamente que arreglar el asunto entre los dos, y mostrarle yo á V. el vivo interés que me inspira, y mis vehementes deseos de verle cuanto ántes en el colmo de la felicidad.

—En mí el deseo de reparar el daño hecho por V., exclamó Boleta con el más noble orgullo, realza el poco mérito de mi alma, cuanto degrada la de V. el coadyuvar á semejante cosa. En mí hay algo de noble, en tanto que no hay más en V. que....

Iba á decir bajeza y villanía, pero la prudencia le trabó la lengua, y mudo permaneció ínterin que Francisco por completo persuadido (más por estas última palabras que por ninguna de las anteriores), de la total ineficacia de sus ardidés para vencer la fuerte alma del jóven, depuso de una vez su falsa posicion y entró en la lid con sus propios colores....

Su semblante se mudó, su actividad y su misma

voz; y audaz y resuelto miró á su contrario cual si fuera á devorarle con los ojos.

El valor de Gabriel no por eso flaqueó.

Pareció más bien adquirir nuevo brio, y hallarse mejor dispuesto para hacerle frente, é inútil todo el torrente de la cólera del otro para abatirle, ó sacarle de sus prescritos límites, escuchó el desbordado lenguaje que le era dirigido con la más digna entereza.

De una vez quitada la hipócrita máscara de Francisco Cadenas, de una vez reveladas las más espantosas frases del peor cinismo, y hollados del modo más inaudito todo género de sentimiento ó miramiento humano, retumbó el patio de la casa con los más desvergonzados improperios.

Escarnecida Mercedes en su sincero amor tan puro y desinteresado, y no ménos insultado Gabriel Boleta en su propia persona, vilipendiado ahora, cuanto lisonjeado habia sido unos momentos ántes, era espantoso oír el lenguaje que de la boca del cajero salía.

Demasiado ladino y orgulloso, sin embargo, para revelar la causa de este súbito cambio, pero harto acostumbrado á no sobrellevar con paciencia la menor contrariedad, claro era como la luz del día el motivo que esta ira despertaba.

No era otro que la noble entereza del honrado patron : ninguno otro más que su tenaz resistencia á aplaudir el villano proceder de su rival : ninguno más, en resúmen, que la valentía é independenciam de ánimo del jóven, fuerte por sí solo para hacer frente al hombre dominante, habituado á no hallar jamás quien le llevase la contra.

No hay en efecto enemigo mayor para el déspotam que el que rehusa doblar la cerviz á su despotismo ; ni hay en verdad medio mejor para irritarle y despertar toda la fuerza de su orgullo, más todavía, para vencerle y ganarle la partida, que salirle al encuentro con igualdad de fuerzas.

Lo propio sucediam con Gabriel, é inmensas en la actualidad sus ventajas (cegado Francisco por la ira y la soberbia) ofreciam su posicion las mejores esperanzas de dejarle triunfante en la contienda.

Impelido por las más justas causas, y contenido al propio tiempo por las prescripciones de la prudencia, léjos de aumentarse su enojo con el desborde del de su contrario, la misma exageracion de aquél le sirvió de freno, concediéndole por su mala impresion aumento de templanza para seguir luchando.

Dejó, pues, pasar inadvertidos los denuestos dirigidos á su propia persona, las injuriosas recri-

minaciones atribuidas á la desgraciada Mercedes, y sólo ya cuando le anunció la ahogada respiracion de su competidor que las fuerzas le iban faltando, ó que descansaba un instante para volver de nuevo á empezar, se aprovechó él del oportuno momento para emitir sus respuestas.

Nada diria en defensa de sí mismo: nada diria en réplica á los improprios que le habian sido dirigidos: harto conocia la inoportunidad del momento para defenderse.

La ira cegaba á su contrario, movida porque un pobre hombre, indigno de mirarle á la cara, se habia atrevido á levantar la voz en contra de la suya, y mostrarle el mal que se complaciera en hacer, y la senda que le correspondia seguir á un hombre honrado que no tiene qué reprocharse, ni por qué bajarse á lamer las plantas del que le ha ofendido, sólo porque es rico. Pusiérase la mano sobre el corazon D. Francisco Cadenas, y él le diria que el humilde patron no se habia equivocado; que su cólera no provenia de ninguna otra causa, y que el delito más imperdonable para el orgullo y el amor propio es la impugnacion de las faltas.

—Se lo he dicho á V., Sr. D. Francisco, fueron las palabras del jóven en continuacion de las arriba resumidas; soy un pobre ignorante que no sé

nada de las cosas del mundo, y que nada le hubiera dicho á un caballero como V., pero que metido en la cuestion de que huia, y en la que he entrado sólo porque V. lo ha querido, ni V. ni nadie me puede hacer decir lo contrario de lo que pienso. Tengo sin embargo la satisfaccion de no haberle ofendido á V. en nada, de no haberle dicho una palabra de que pudiera arrepentirme más tarde, ni la más leve cosa que pudiera lastimarle, aparte de la cuestion que ha habido entre nosotros.

La pulla era directa, y Cadenas la comprendió.

—Y espero que algun dia habrá V. de conocer la injusticia que me hace. No quiero defenderme, ya se lo he dicho á V., de las injurias que acaba de hacerme; no quiero decir nada en contestacion á los insultos que me ha dirigido, pero puede ser que no tarde V. en conocer su error y convenga en que no era ningun tunante deslenguado ni fermentido villano (unos de los muchos epítetos aplicados por Francisco) Gabriel Boleta, sino un hombre, aunque pobre, con honor y vergüenza. De Mercedes, nada le diré tampoco: hasta le impugnaré á gritos su propia conciencia de V. á cada hora del dia. ¡Ay! si no fuera así, ¡hablaria V. de ella de la manera que lo hace? Ningun objeto tendria en ello, y lo que quiere V. es enga-

ñarse á sí mismo para vivir tranquilo. No hay que hacerse ilusiones. Todos sabemos cuándo obramos mal, y no hay más diferencia entre unos y otros, que los buenos tratan de enmendarse, y los malos de no hacerse caso.

Francisco se habia templado algun tanto durante el discurso este, y se preparaba á contestarle con sus armas predilectas de la sátira, cuando la llegada de un dependiente, enviado para llamarle de parte de su principal, interrumpió su intencion.

—Me falta el tiempo, dijo dirigiéndose á Gabriel, para contestar como corresponde á la oracion de santo que acabo de oír; pero si mis ocupaciones me lo permiten, lo habré de hacer por escrito. ¡Ah, ah, ah! prorumpió soltando la carcajada. ¡Qué lastima que no hubiera V. elegido la cruz en vez del timon! Famoso predicador hubiéramos tenido; y grande hubiera sido el número de prosélitos, todos como yo. Ovejas descarriadas, almas perdidas, gentes de bronce, de las que espera el diablo obsequiar por allá. ¡Ah, ah, ah! Magníficas conversaciones. ¡Birlarle á su majestad satánica bocados tan exquisitos! ¡Qué risa! ¡Qué buena broma! ¡Ah, ah, ah...!

La voz de estentor de D. Alvaro fué oída en

aquel momento descargando un fuego graneado.

—No puedo detenerme, volvió á decir Francisco; pero, como supongo que nos volveremos á ver, sobra tiempo para entrar de nuevo en esta importante materia, y queda aplazada para la primera ocasion.

Boleta no contestó.

Francisco observó su desdén, y no queriendo quedar debajo, se remontó á la cúspide de su cinismo para dejar bien puesto el honor de su pabellon.

—Muy buenos dias, dijo dirigiéndole al jóven patron el más elegante saludo. Recuérdeme V. á su futura, y dígame de mi parte que me ocupo en escribir sus memorias para escarmiento de las inocentes.

Si en algun momento de su vida habia comprendido Boleta el arrebató violento que en una hora desgraciada sella á veces la vida más virtuosa y ejemplar con un crimen difícil de expiar, y que en olvido echa las virtudes pasadas y de baldon cubre la existencia venidera, lo comprendió ahora en toda su extension.

Sintió hervirle la sangre en el cuerpo, subírsele á la cabeza, y con la fuerza de una máquina recargada de vapor, impelerlo á una terrible explosion.

Momentáneamente ofuscada su razon é impotente para resistir al ímpetu, lanzóse á ejecutarlo; pero afortunadamente al quererse arrojar sobre su contrario, se encontró sin su objeto.

Adivinado su intento por el astuto Francisco, y tan ligero de piés como de imaginacion, en ménos tiempo que tomó Boleta para experimentar esta violenta sensacion, se puso él en salvo; y solo encontrándose Gabriel en el patio no atisbaron sus encandilados ojos otra cosa más que un par de piés en el último escalon de la escalera del escritorio: un par de piés tan perfectamente calzados, que no era posible perteneciesen aquellas tan pulidas botas de charol á otra persona más que á Francisco Cadenas.

Y viendo esto, santiguóse *incontinenti* el jóven, como horrorizado del pensamiento que por su mente habia cruzado, y, dando gracias á los misericordiosos patronos que alas parecian haber puesto en los piés de su rival, salió de la casa donde sabía que tendria precision de volver, jurando tener lo ménos posible que hacer con el cajero, y si factible era no cruzar jamás la palabra con él.

En esto eran ya las dos de la tarde y se fué á comer con Mercedes.

Seguro del mejor recibimiento despues de tan-

tos dias de ausencia, y dispuesto á no volver (miéntras pudiera contenerse) á excitar los furores de su amiga, llamó con su usual y conocido repique á la campanilla de la casa, y, abierta la puerta por la misma Mercedes, un grito de alegría expresó el placer con que le recibia.

Nada le dijo, sin embargo, Mercedes en queja ó extrañeza del rencor conservado tantos dias por el que tan generoso se mostraba de continuo; pero llena de contento de volverle á ver, afanosa por manifestárselo, ningun medio descuidó durante su visita, de hacérselo patente.

Le habló de cuanto sabía podia interesarle ó agradarle; de cuanto habia hecho, dicho, ó visto en su actualmente monótona vida desde el tiempo en que habian dejado de verse; de los asuntos particulares de Gabriel; de su barco, del tiempo en que se habia él de marchar, manifestándole que le echaria tanto de ménos, que se encontraria enteramente sola en el mundo; de la mar y sus peligros, que habria Gabriel de prometerla formalmente no mirar nunca con desprecio, en consideracion de lo infeliz que la haria á ella cualquiera desgracia que le sucediera á él; y dichoso, como hacía mucho no se sentia Gabriel al escucharla, pasaba el tiempo sin conocer su curso.

Comieron juntos: una sencilla, pero bien condimentada comida, preparada con extrema frugalidad ántes de la llegada de Gabriel, pero aumentada despues con tal generosidad, que se hacía digna de la mesa de un príncipe, segun Boleta; y dichosos en medio de su extraña pasion uno y otro, tan dichosos casi como en el tiempo que eran amantes, pasaron el resto del dia conversando sobre mil asuntos diferentes, aunque cuidadosos ámbos de no tocar para nada la cuestion de Francisco Cadenas.

Pugnaba no obstante alguna que otra vez la materia por escapársele á Gabriel, y necesitó de grandes esfuerzos para contener el deseo de referir su entrevista de la mañana; pero, temeroso de descomponer á Mercedes y perder el paraíso encontrado en su presencia, valeroso mató al fin el fuerte impulso, y llegó hasta olvidarlo.

A la tarde subió con su amiga á la azotea de la casa para ayudarla á cuidar sus macetas y prestarle, como en los antiguos tiempos, el beneficio de sus conocimientos herbarios; y concluida esta faena, echado de bruces sobre el pretil, se entregó á la contemplacion de la mar con Mercedes á su lado, evocando los más dulces pensamientos.

Habia sufrido mucho aquel dia por ella; ha-

bian sido sus vencimientos y sacrificios grandes y dignos de la mayor recompensa, y nada tiene de extraño que su mente se entregara á una renacida esperanza, que la ilusion le ofreciera el merecido galardón.

¡La mar! ¡La mar! ¡Cuánto la amó Mercedes en un tiempo, y cuántos recuerdos y pensamientos nuevos despertaba esta tarde la azulada llanura que se presentaba á su vista!

En ella clavados sus ojos, en ella atentos sus oídos, con ella identificada su alma y su amor, en ella veía escrita la historia entera de su pasado, y la página abierta de su renacida esperanza.

Callado, sin embargo, y cobarde para no exponerse á perder de una vez la seductora ilusion, ni aun á mirar á Mercedes se atrevía, ni á romper con una sola palabra la sagrada quietud de la escena.

Un suspiro de su compañera atrajo al fin su atencion.

¿Respondería tal vez á sus propias sensaciones, y sería este suspiro un síntoma corroborador de su resucitada ventura?

¿Habría la mar despertado en el corazón de la jóven los propios recuerdos que en el de su antiguo amante?

¿Habría evocado la sombra depuesta del pri-

mer amor, y de nuevo comunicádole su hálito vivificador?

Apénas se atrevia respirar.

Pero habló sin embargo, en tímidos acentos.

—¿Pensabas en la mar, Mercedes? dijo.

—Pluguiera á Dios que sí, contestó Mercedes con el mayor fervor.

Callaron ámbos en seguida, y pasó otro rato sin que voz ni sonido alguno se oyera en la azotea.

—Gabriel, dijo al fin Mercedes; ¿te acuerdas de los muchos cuentos que me contabas antiguamente?

El corazon de Boleta latió con violencia.

—¡Qué si me acuerdo! contestó: ya lo creo.

—Pues bien, resumió Mercedes; ¿traes á la memoria lo que me decias sobre los indios de no sé qué parte, que guardaban para estímulo de su venganza los cráneos de sus parientes ó amigos muertos á manos de sus adversarios; y que jamás los separaban de sí, ni permitian perderlos de vista hasta haber saciado su rencor?

—Lo recuerdo perfectamente.

—Una cosa se me ocurre preguntarte, exclamó Mercedes; ¿y preparaban ellos su venganza de antemano, ó se contentaban con la que la suerte les enviaba?

—Segun y conforme. Formaban su resolucion, y esperaban su tiempo para no perder la presa n̄ exponer sus personas; y si la suerte se anticipaba á alguna ideada emboscada, ó artificioso intento, no creas que por eso dejaban de aprovecharse de ella. Al contrario, lo tomaban como un favor del cielo y se quedaban por completo satisfechos.

—Muchas veces, prorumpió Mercedes, como en apoyo de alguna serie de pensamientos cruzados por su mente, la propia fiereza de los sentimientos, la confusion de ellos, paraliza de tal modo las funciones intelectuales, que no extraño yo que la casualidad intervenga para el deseado fin, y sea acogida con el mayor afan.

Gabriel la contempló con extrañeza.

Habia algo tan indicativo de una segunda idea en estas palabras, pero al mismo tiempo tan misterioso para la comprension de Boleta, que examinó el semblante cual pudiera un jeroglífico.

—Cualquiera creeria, Mercedes, dijo medio en chanza, que pertenecias á alguna de esas tribus salvajes ó que ideabas adoptar sus extraños y poco cristianos hábitos, segun te ocupas de la materia.

Una sonrisa de aquellas ya expresadas, y que tanta impresion hacian á D. German del Castillo, pasó por la fisonomía de Mercedes, concediéndole

tal cambio de expresion, que Gabriel la miró por un segundo, como receloso de que la segunda y oculta idea se refiriese á él, y no le fuera todo lo grata que deseara.

Notólo sin duda la jóven; y en chanza como le habia él hablado contestó al ataque.

—Soy muy impresionable; bien lo sabes, dijo, y tomo todo siempre con tal vehemencia, que por poco no me creo en este momento un indio salvaje. Pero ya pasó, añadió sonriéndose con naturalidad; y soy otra vez doña Mercedes la de la cicatriz, dijo poniéndose una mano en la frente.

Frecuentes habian sido las ocasiones en que Gabriel la habia interrogado respecto á esta señal en que le llamara la atencion tan fea herida, y tratara de averiguar su origen; pero ineficaz todo género de instancias ó ardidés para descubrir la verdad, evadida de continuo la cuestion, llamóle fuertemente la atencion que aludiera Mercedes al misterioso asunto.

Incrédulo respecto á la aparente serenidad de Mercedes, atribuíale con razon algun secreto que no le placia descubrir, pero que ahora en este momento, consideradas las circunstancias, se encontraba tal vez dispuesta á revelar; é inspirado de la más viva curiosidad al propio tiempo que

anhelante de recibir una prueba (aunque indirecta) de la realizacion de sus esperanzas (el deseado cambio en Mercedes), la preguntó el verdadero origen de la herida, mostrando abiertamente su hasta aquí oculta incredulidad.

Mercedes frunció las cejas, pero, resuelta á no incomodarse con Gabriel, le contestó con la mejor fingida serenidad, que sentia ver ponía en duda sus aseveraciones, y que no tenía otra cosa, que decirle sino lo de siempre.

—Que te caíste y te lastimaste con la paleta, interrumpió Gabriel. Si eso no cabe en lo posible Mercedes, ¿cómo esperas que yo lo crea? ¿Y en memoria de esa caída conservas el arma ofensiva con la sangre aún impresa en ella? No lo entiendo. Por caprichosa que seas no me convence esa explicacion. Pero en fin, en tu derecho estás rehusándome la confianza, y he estado muy imprudente sin duda en lo que acabo de hacer. Dispénsamelo hoy que estás tan amable conmigo, y, reserva tu castigo para mejor ocasion.

Mercedes volvió de nuevo á apoyar sus aseveraciones, y, grandemente desanimado en sus esperanzas el jóven patron, al propio tiempo que llamado con aticipacion al órden por el grave aspecto de su compañera, al escuchar las últimas

galantes frases que le dirigiera, pasó lo que quedaba de tarde en la más honda tristeza, que sólo fué depuesta á fuerza de reflexionar que no acababa nunca de conocer á Mercedes, que no tenía ella la culpa de que la imaginacion de él se equivocara tantas veces, y que era una necesidad hacerla sufrir con tanta melancolía, cuando tan justo era no aumentar sus desventuras y no privarla de la única felicidad que conocia en la tierra: la abnegacion generosa de él y el trueque de una pasion egoista en el sentimiento más noble.

Eficaces, pues, por completo estos pensamientos saludables para extinguir todo sentimiento propio en el desinteresado Gabriel, acabó la aquel dia de tan inolvidables recuerdos, dejando noche de por entero satisfecho el corazon de su amiga.

Tarde ya, se separaron; y Mercedes soñó con cráneos y paletas, y cicatrices, y sangre, y tribus de indios y salvajes, enemigos suyos, iguales en un todo á una persona cuya imágen jamás se borraba de su mente; y Gabriel con la mar y Mercedes, y un barco fantástico, tan pronto nave como transformado en la forma de Francisco Cadenas, que pugnaba él por hacer estrellar contra negras y

gigantescas rocas situadas en medio del piélago, que tenaces se resistian á sus afanes, retrocediendo cada vez que trataba de alcanzarlas, y que sólo se disponian á ceder, cuando la luz del amanecer le vino á despertar.

Es de suponer que ninguno de mis lectores habrá dejado de comprender ó adivinar que el patron Boleta durmió aquella noche en tierra; pero por si acaso desea alguno particularidades sobre el asunto, sépase que los primeros albores le dieron á Gabriel en rostro en posicion horizontal sobre su mal catre, en una mala posada en la calle Nueva, donde paraba siempre que se quedaba en tierra; y que no bien le despertó la claridad del dia, abandonó el incómodo lecho para entregarse con su actividad y diligencia usuales á los deberes de su profesion.

Reducidos éstos principalmente al cargamento de duelas, se dirigió en seguida á bordo de su barco para presidir, como tan excelente patron que era, á las faenas consiguientes al recibo de la carga.

Entregado á esta ocupacion todo aquel dia y el siguiente, no bajó á tierra hasta el tercero.

Forzado entónces á hacerlo, por cierta duda ofrecida en la cantidad de duelas recibidas, dis-

corde con las especificadas, llevóle su honradez al punto para zanjar la dificultad al escritorio de D. Álvaro; y, puesto que todos los incidentes de esta narracion se hallan consignados, pasaré á referir por insignificantes que parezcan los detalles de esta visita.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

CAPÍTULO II.

Temprano por la mañana se presentó nuestro patron en la casa de Montoya, y abierto ya el escritorio, se encontró no obstante solo Gabriel en el sagrado templo.

Sorprendido de esto el jóven, mayormente habiéndole dado á entender el portero que las funciones mercantiles habian ya empezado, y que no dejaria de hallarse algun ministro en el altar, se sintió contrariado con la detencion que habia de padecer; pero, pareciéndole inoportuno el entregarse á su disgusto, trató de distraerse, reconociendo el recinto en que se hallaba: las carpetas por un lado y otro con sus bancos respectivos, tan altos, fornidos, tiesos y áridos de apariencia como el jefe de la casa; los mapas en la pared, los cajoncitos simétricamente colocados aquí y allí, ya para un

objeto, ya para otro; los armarios situados de trecho en trecho, y otra infinidad de adyacentes propios del carácter del lugar, acabando su exámen asomándose por el mostrador y abarcando el interior del departamento del cajero.

Empleados algunos momentos en este exámen, se preparaba ya Gabriel, desesperado de aguardar, á retirarse, cuando extendiendo la vista en direccion de una puerta frente al mostrador, atisbaron sus ojos una vision que le hizo al punto mudar de color; y no sólo cambiar de color, sino retroceder algunos pasos, como herido de la vista de un animal maligno, ó cual si algun fantasma pavoroso se le hubiera puesto delante.

Y no era, sin embargo, miedo de lo que veia la causa de su terror; no, por ningun estilo: era él demasiado valiente para experimentar semejante sensacion; y harto acreditado y experimentado tenía su valor para perderlo ante el despreciable objeto que heria sus ojos.

Era que se temia á sí mismo: que se sentia presa de inmenso odio, de violentos impulsos, de arrebatadores y criminales deseos, y su noble alma rehusaba obedecer los culpables instintos.

Las circunstancias no podian ser más favorables; la hora, la soledad del escritorio, el descu-

dato enemigo de espaldas á él, ajeno por completo de lo que le viniera encima; todo se prestaba para el acierto del golpe, y un segundo bastaria para consumir el intento.

Un salto sobre el mostrador, navaja en mano, una sola arremetida en la dispuesta espalda y todo acababa en el mundo para Francisco Cadenas.

Las manos del patron pugnaban por asirse del arma oculta en su faltriquera, por clavar la aguda punta en el cuerpo de su rival; pero inútil tal empeño ante la fuerte resistencia de su honrada alma, quedó el delito sin consumarse.

Un minuto no más duró la indecision.

Un minuto no más luchó la tentacion para quedar dominada; y Gabriel no pensó despues en otra cosa más que en fortalecerse contra ella.

Era preciso, pues, huir cuanto ántes de aquella escena, no encontrarse cara á cara con el aborrecido Francisco, y evitar siempre de aquí en adelante la repeticion de tales favorables circunstancias, para las instigaciones del enemigo sin cuyo resguardo difícil sería obtener otra vez semejante victoria.

Disponíase por lo tanto Gabriel á alejarse del escritorio ántes que cambiase de postura su contrario, y á hacerlo con tal sigilo que no reparase

aquél en ello, cuando de repente, haciendo el cajero un movimiento giratorio no halló mejor medio de huirle que sumergiéndose debajo del mostrador, aparentemente construido para lances de esta especie, sin embargo de no haber entrado tal idea en la mente del carpintero al hacerlo, ni haber sido jamás apropiado para semejantes usos.

En forma de caja oblonga, y abierta sólo por el costado de cara al escritorio, lo bastante únicamente para admitir la entrada de una persona y esconderse ésta con facilidad en cualquiera de sus dos cavidades, justifica esta explicacion de la construccion del mostrador el anterior aserto, y en él introducido el patron á impulso del más noble sentimiento, fué su primer pensamiento discurrir el medio más pronto de salir de allí.

Listo de oido siempre, y como nunca aguzado ahora este sentido, temeroso de provocar en su actual posicion (si fuese descubierto) la bochornosa interpretacion, escuchaba con la más fija atencion el ruido de los pasos del cajero para guiarse en la direccion de sus movimientos y aprovecharse de la cesacion de ellos (suponiéndole entónces ocupado) para escurrirse á gatas del escritorio.

Dirigióse Cadenas aparentemente derecho á su

propia carpeta, luégo á la de Gonzalo, y por último (no se equivocaban los oídos de Gabriel), á la puerta de la barandilla.

Infundióle este movimiento como era de esperar el más fundado temor, receloso no tanto de ser descubierto en su escondite, cuanto de las consecuencias que le pudieran seguir y preso de la más viva inquietud ni áun á respirar se atrevia, en tanto que, introducido Francisco por la abierta puerta pasó junto á él y se dirigió *incontinenti* á la puerta del escritorio. Volvió de allí á los pocos momentos y otra vez pasando tan junto á Gabriel como ántes, se decidió este último á perderlo de vista, quitándose cuanto ántes de en medio.

En este intervalo, puntual á su hora de costumbre, habíase ya levantado Gonzalo Figueras, y acto contínuo como de ordinario, dirigiéndose al escritorio, se encontró con el patron del *Nuestra Señora de las Mercedes*, estacionado á la puerta del sagrado templo, quien aparentemente acabado de llegar, se hacía á un lado para permitirle el paso, aprovechándose de los recursos de la buena política para reponerse algun tanto de la escaramuza gatuna que le acababa de dejar sin aliento.

Valiéronle en cierto modo sus ardidés para descansar, y ya con la respiracion más tranquila se

presentó de nuevo en dos piés en el lugar de donde habia salido á cuatro, dirigiéndose de seguida á Gonzalo para imponerle del objeto de su venida.

Escribia Francisco Cadenas con nunca vista velocidad al presentarse el patron, y por completo desentendiéndose de su presencia, ó tan abstraído por su ocupacion que no reparase en ella, siguió su ejercicio ínterin con su auxiliar se entendia Boleta.

Obligado no obstante á fijar su atencion en lo que decian, depositario él de todos los secretos de la gran máquina, no bien habian pasado un par de minnutos, se vió forzado (á solicitud de Gonzalo) á tomar parte en la materia, y trató de manifestarse lo más amable que pudo; y arreglada la pequeña dificultad, causa de la venida de Boleta, se retiró éste en seguida.

Nada interesantes ni dignas de inscribirse las acciones del patron aquel dia, y nada necesario para el hilo de esta narracion el consignarlas en el papel, dejaremos su compañía por un breve ó largo espacio, en tanto que otras escenas ocupan la atencion del lector.

Se acercaba el mes de Mayo, y el lirio blanco se preparaba á ceñir su corona nupcial.

Se acercaba el mes de Mayo y al cubrirse los

árboles de hojas y las plantas de flores, debería ser Elena la esposa de Gonzalo.

Se acercaba el mes de Mayo, y la doliente niña como las flores fortalecidas por los favores de la estación, ganaba en fuerzas y vigor.

Tierno lirio blanco, alimentado por el fructífero jugo de la felicidad, así conservado con tal esmero cual había sido necesario para preservar su frágil existencia, podía ya desmentir los presagios de su temprano fin.

Todo lo proclama á voces: la sonrosada tez, los animados ojos, la placentera sonrisa... y la madre extasiada, no cesaba de dar gracias al Señor.

¡La frágil planta, el último resto de su jardín ameno, salvada de esta suerte!

Apénas lo creía Magdalena; y apénas se atrevía á gozar de su inesperada ventura.

Pero era así en efecto.

Elena había dejado de sufrir, y, si el gérmen aún existía en su seno, si el gusano roedor no había todavía perecido, ocultábase de tal modo y burlaba de tal suerte la vigilancia de la amante madre, que murieron al fin sus recelos, y no se ocupaba en otra cosa que en los preparativos para la boda: de esos arreglos privilegiados de las ma-

dres, que sólo ellas entienden, y que atendidos por Magdalena con nunca vista eficacia, tocaban á su fin muchos dias ántes del término señalado.

Habíanse ya recibido cierto número de regalos y en especial uno tan propicio para el fácil arreglo del ajuar de la novia, que no podia ménos de ser éste tan elegante como lujoso...

El padrino se habia portado como acostumbraba hacerlo.

Habia adivinado lo que más habia de convenir á su ahijada, y enviado el generoso don con tal delicadeza, que ciento por ciento doblase su valor.

Era él un viejo solteron que nada entendia de las cosas de señora: que á ninguna del sexo femenino conocia, cuyo gusto y buena eleccion satisfacian por completo sus deseos, y parecióle por consiguiente mejor que Magdalena hiciera sus veces, y empleara la predestinada cantidad en lo que mejor le pareciera.

Esto decia la esquila que á cierto bolso acompañó una mañana, y esta generosa y acertada donacion le abrió á la viuda las puertas del cielo.

Limitados sus medios, ningunos en la actualidad, sus recursos extraordinarios, desde que rehusó Francisco contribuir al logro de la salud de

su hermana, difícil le hubiera sido hacer frente á las necesidades del caso.

Pero ahí estaba D. German, y con él el remedio para sus apuros.

De D. German habia invariablemente de proceder el alivio á todos sus males, porque como una segunda Providencia favorecia á cuantos se acercaba.

¡Cuán digna y grata á los ojos del Señor no debe ser semejante mision, cumplida con perfeccion tan grande!

¡Cuán complacido no debe contemplar el Omnipotente á los seres de esta especie, y cuál no debe ser el puesto que les tiene señalado en el cielo!

Habian sido elegidos los regalos del presunto esposo por la misma Isabel, y no se esperaba más que el de ésta: el vestido y la corona de novia que no tardarian en llegar.

Sólo Francisco, de todos los incluidos en el secreto, no habia aún ofrecido sus obsequios, ni parecia en efecto acordarse de que tal acontecimiento como la boda de su hermana se hallaba próximo, ni que á él le correspondia como á la persona más inmediata, representar uno de los más importantes papeles.

Más que nunca retraído del trato con su familia, desde que se fijara el tiempo para el enlace, más que nunca olvidado de sus lazos naturales, ni ponía los piés en la casa, ni directa ó indirectamente daba señal alguna de tenerlas en su memoria, ni en realidad intervenían para nada entre los muchos pensamientos que de continuo bullían en su mente.

Sentíalo Magdalena, como era natural; extrañábalo Gonzalo, ahora casi reconciliado con el cajero, y dispuesto á encontrarle en todo por completo regenerado; pero, diferente de ellos el lirio blanco, dábase la más cordial enhorabuena de este despego, y pedía á Dios que no empañara la presencia de su temido hermano el día venturoso de su casamiento.

Una tarde que se hallaban sentadas Magdalena y su hija en su humilde salita, entregadas á infinitos castillos en el aire, propios de las circunstancias de ámbas, que mutuamente se ayudaban á fabricar, las distrajo de su aérea ocupacion el ruido del carruaje que paró á la puerta de la casa.

Preparadas para esto de antemano madre é hija, ni se sorprendieron al apercibirle, ni experimentaron otra sensacion que el mayor contento;

en la madre revelado por una plácida sonrisa, y en la hija por tal ebullicion de alegría, que pareció haber perdido el juicio y no recobrarlo hasta encontrarse estrechada por unos brazos cariñosos que desde la puerta de la salita le fueron extendidos.

—¡Isabel! ¡Isabel! fueron las exclamaciones salidas de los labios de las que se abrazaron; y juntas abrazadas todavía, se dirigieron al encuentro de Magdalena, en tanto que una criada que habia seguido á Isabel, depositó una batea cubierta sobre la mesita del centro y acto continuo desapareciendo, se presentó la dicha batea como el don misterioso de alguna hada invisible.

¡Santa Marta! y qué exclamaciones al descubrirse este presente; y qué arrobamiento en la extasiada Elena al ofrecérselo la verdadera hada donadora de él con las frases más tiernas y cariñosas!

Creia soñar la inocente niña.

Su vestido y su corona de novia: un vestido de encaje riquísimo, guarnecido con el gusto más exquisito; y una corona de rosas blancas, que habia de adornar su sien la noche de su casamiento.

Un tesoro este regalo, no sólo por el valor del traje cuanto por el objeto á que era destinado,

ninguno le habia sido hasta aquí más grato á Elena, ni hallaba en verdad palabras con qué expresar su gratitud, y los infinitos sentimientos que rebosaban en su corazon.

Abrazada á Isabel, contemplaba su regalo; volvió á abrazarla, lo volvía á mirar, y exclamaba que jamás habia visto cosa más linda, que en el mundo no la habia mejor, que era demasiado bueno para ella, que nunca podria recompensar á Isabel todo lo que le debia, y, que despues de Gonzalo y su madre, no habia una persona á quien amara más en la tierra.

—¡Qué lástima, dijo la madre no ménos admirada que su hija de la belleza del regalo, no poderlo lucir como se merece! Tan linda, agregó con la indisculpable vanidad de madre, como estará mi Elena con este hermoso vestido, y no verla nadie más que su madre y su novio.

El lirio blanco la besó con arrobamiento.

—Muy linda estará en efecto, prosiguió diciendo Isabel, tomando la corona entre sus manos y colocándola en la infantil cabeza. ¡Cuán linda! prorumpió aproximándola á sí y contemplando el delicado rostro levemente sonrojado ahora con los latidos del virginal corazon con la mayor ternura. ¡Cuán bella la encontrará Gonzalo, y que recuer-

dos no conservará del día en que recibió vírgen tan hermosa!

—¿Y crees tú que me amará siempre, Isabel? exclamó Elena interrumpiéndola: ¿crees tú que aunque yo, balbuceó bajando los ojos, no me parezca á tí, y sea tan diferente á él (porque yo sé que lo soy), no dejará por eso nunca de quererme?

—¡Qué pregunta, hija mia! ¡Qué idea tan disparatada! Como si Gonzalo no te amara más que á ninguna otra persona en el mundo y necesitaras tú parecerle á alguien para conservar su cariño. ¡Cuidado qué eres niña!

—Le amo tanto y tengo tanto miedo de que deje de quererme, prorumpió Elena con el más sencillo candor, que me debes disculpar estas niñadas y todas las demás que digo.

Isabel la acarició como si mediara entre ámbas la mayor distancia de años y le correspondiera á ella ocupar el lugar de una madre.

Estaba tan hecha al papel, y habia tal aura de inocencia infantil en la frágil criatura entregada por la suerte al amparo de su proteccion, que no era extraño se confundiesen sus sentimientos, y evocasen de la fuente inagotable de su amor materno, torrentes de afecto para el lirio blanco.

Era tan natural además el tratar de desvanecer

los inexplicables celos que de vez en cuando la acometian, y valerse para el efecto de los medios más eficaces, que nada debe extrañarse si, penetrada como lo estaba Isabel del tímido temperamento de Elena, invocaba para el deseado fin la ternura protectora del afecto privilegiado de madre, rara vez empleado en balde, y cuyos resultados provechosos ahora como siempre se manifestaron.

—Todo lo que tú me dices lo creo, prorumpió el lirio blanco, despues que en medio de sus incessantes caricias la hubo asegurado Isabel repetidas veces, de la confianza que deberia abrigar en el cariño de Gonzalo, y no se me ocurriria jamás desconfiar de él si te tuviera siempre junto á mí para animarme. Pero, cuando estoy á su lado y le veo pensativo como está muchas veces, se me vienen tantas cosas á la idea, que, en medio de mi felicidad, me lleno de miedo, y pienso si tendré yo la culpa de su preocupacion.

Habia tal mezcla de sentimiento y sencillez en estas palalabras, que Isabel no pudo ménos de escucharlas con el más profundo interés, libre de todo pensamiento propio, é invocar la proteccion del cielo sobre la que las proferia.

Bien la necesitaba la inocente.

¡Ay del día en que despertara de sus ensueños de niña!

¡Ay del día en que conociera la verdad de lo que aún tan léjos de ella estaba, y se viera sin el amor de que su vida pendia!

¡Líbrela Dios de su llegada, y ciérrele los ojos ántes que su misericordia á sus sufrimientos!

—¿Y quién te dice, orgullosita mia, fué la respuesta de Isabel á las últimas palabras de Elena, que no tenga Gonzalo otra cosa en qué pensar mas que en su linda futura? ¿Quién te dice que no le preocupe el paso que va á dar, por otras causas que las disparatadas que tu imaginacion te presenta? ¿Y cómo te atreves, gran ingrata, añadió siempre con chanza, á poner en duda un cariño de que tan grandes pruebas te da, en esto mismo que va á hacer, de tan grande peso en la balanza de su porvenir?

Elena se dió por satisfecha.

No era posible dejar de conceder siempre la razon á aquellos labios tan puros; y nadie mejor que el lirio blanco conocia la fuerza de su irresistible prestigio; y cediendo á este magnetismo, se manifestó otra vez en su temple natural y volvió á ocuparse de su regalo.

Quitóse la corona, no fuese Gonzalo á entrar y

perdiere su mérito la impresion que habria de comunicarle su tocador en la noche de la boda, y se dedicó á examinar el vestido en tanto que divertidas su madre é Isabel con su admiracion y alegría, no cesaban de cambiar sonrisas y palabras alusivas al asunto.

—¡Cómo siento, Isabel mia, dijo al fin el lirio blanco despues que se hubo cansado de inspeccionar y ponderar su presente, que no puedas presenciari mi casamiento! Eso sólo faltaria para mi dicha; y puedes estar segura de que en medio de todo lo que entónces pasará por mí, no dejará tu recuerdo de ocuparme. Harto te debo para no concederte el lugar más preferente en mi afecto, y cierta estoy de que como yo, Gonzalo sentirá con todo su corazon la ausencia de la que tanto por nosotros ha hecho, y á quien jamás podremos recompensar sus favores. ¿Piensas tú acaso que no comprendo el extremo de tu interés y el valor entero de tu inolvidable mediacion? ¿Piensas tú que soy tan niña que habré de ignorar lo que habrás sufrido en favorecernos á nosotros en oposicion á la voluntad de tu marido?

—Mal ejemplo te doy en ello, hija mia, prorumpió Isabel, y le pido á Dios que no lo imites jamás; añadió con los más fervorosos acentos al-

zando los ojos al cielo por entre el abierto balcon elevando su espíritu la defensa de su causa, ante el Tribunal Supremo.

Elena continuó hablando.

—Eres un ángel, Isabel, y todas las noches pido por tu felicidad como por la de mi madre y Gonzalo. Si Dios atiende á mis ruegos no habrá nadie en el mundo más dichoso que los tres que tanto amo, ni habrá criatura en la tierra más afortunada que yo en veros felices.

Abrazáronla por turno Magdalena é Isabel, en contestacion á estas palabras, y, haciéndose entónces la conversacion más general, quedó impuesta la última de los ya arreglados preparativos para el suceso á que tanto habia contribuido, y consultada sobre otros cuya discusion ocupó lo que quedaba de tarde.

Cerca ya de anochecer, se disponia Isabel á terminar sn visita, cuando en el acto de despedirse, y ya con las manos de su futura sobrina entre las suyas, fué detenida en su intento por la entrada de una persona en la salita, que descubierta á su conocimiento por un grito de alegría salido de los labios de Elena y el movimiento agitado de sus delicados dedos, reconoció al instante por Gonzalo Figueras.

Era esta la primera vez que se encontraban reunidos en casa de la viuda, y no es extraño si el corazón de cada cual latió con violencia, y si ménos dueño Gonzalo que Isabel de sus sensaciones, se felicitó de la oscuridad que reinaba, dichoso de encubrir bajo su manto lo que no podia ménos de hallarse retratado en su rostro.

Habia luna aquella noche, y algo cortada la oscuridad de la habitacion por los pálidos reflejos que entraban por el balcon, se destacaba un grupo tan bello de su negro fondo, que absorto lo contempló el jóven Figueras por algunos segundos ántes de romper á hablar.

Modelos para el escultor aquellas dos figuras que le componian, aquellas dos figuras de mujer; la una, al parecer protegiendo á la otra, é inclinada la cabeza de la más diminuta sobre el hombro de la mayor, perfectamente armonizados con la actitud de cada cual el carácter de sus fisonomías, no debe sorprender la admiracion de Gonzalo al contemplarlas iluminadas por los rayos de la luna y presentadas á su vista como con una aureola celeste para hacer las doblemente sagradas.

Hay una religion en todo: un culto secreto, misterioso é instintivo que siente el corazón, pero que en balde quisiera el labio explicar, que expe-

rimentó Gonzalo en este momento con el propio fervor de un devoto ante el altar; la religion que enseña, que da fuerzas, que eleva el espíritu, que salva, y que todo lo hace posible y fácil.

De la contemplacion del grupo nació esta sensacion en el jóven, y, fortalecido su ánimo, vencida su violenta conmocion y depuesta toda sombra de egoismo, con la voz serena, el continente tranquilo, y dueño por completo de sí, se prestó cual si ningun sacrificio le costara, á lo que esta religion exigia.

Abrazó á Magdalena, saludó á las jóvenes y se mostró tan natural, que nada dejó que desear á su futura, ni á la misma Isabel, que, á haber sido ménos virtuosa, se hubiera resentido tal vez de la facilidad con que se borrara su imágen, y la docilidad con que se prestara su discípulo á sus lecciones.

Pero dichosa de que fuera así, dichosa de que coadyuvara el desamor de Gonzalo á matar más pronto el gérmen de lo que sin el auxilio de su heróica voluntad tan funestas consecuencias pudiera haberle traído, y demasiado humilde para dejarse llevar de los resentimientos del amor propio, celebró con su alma todo el venturoso resultado.

¡Cuán feliz se sentia, cuán tranquila y placentera, relevada del peso que de continuo le oprimia el corazon!

¡Cuán consolada de que su lucha se dispusiera á terminar, y de que sus esfuerzos fueran ya á recoger el merecido galardón!

No es virtud verdadera la que permite un solo respiro á las sugerencias del amor propio, á las sugerencias del verdadero enemigo del alma, del tirano monarca, dueño de todos los resortes del corazon, eje principal que en movimiento pone todos sus sentimientos, que rige todas las acciones humanas, que adopta todos los disfraces, que se encuentra envuelto en casi todas las obras, palabras y pensamientos del hombre; ni puede jamás confiarse en la virtud que no se basa sobre la completa abnegacion de sí.

El amor propio no debe existir sino bajo un concepto, en el de obrar bien, para no tener jamás nada que echarse en cara, pero de ninguna manera á impulsos del orgullo y la vanidad.

¿Cómo era posible, pues, que existiera semejante sentimiento en la mujer que desde la aurora de su vida, no habia hecho otra cosa más que ocuparse de los demás (el medio más eficaz para olvidarse de sí), y que llena de humildad y mo-

destia, si alguna vez pensaba en sí misma, era siempre para censurarse y tratar de corregirse, nunca para holgarse de sus perfecciones, y exigir ó esperar el merecimiento de ellas?

Era una virtud comprendida tal cual éxplicada fué en Galilea en la persona del niño que el Redentor del mundo colocó en medio de sus discípulos, ejemplo práctico de su doctrina divina: y, siendo la humildad su base, sin género de esfuerzo se manifestó Isabel á la altura que le correspondia.

Una hora entera se detuvo: una hora entera para probar sus fuerzas; y halló alegría presenciando el infantil goce y tierno afecto de la linda Elena, la complacida satisfaccion de su amante madre, las tiernas deferencias, y aparentemente tan naturales atenciones del presunto esposo, todo obra de su influencia, que le pareció esta hora breve como un minuto.

No quiso Gonzalo que trajesen luces (empezaba ya, lo pensó Isabel, á ejercer su autoridad de marido), é iluminada la salita sólo por el astro de la noche su débil claridad hacía más grata la escena y parecía conceder tintes más dulces y poéticos á los sentimientos que prevalecian en el alma de Isabel, allí sentada junto á Elena, con su brazo alrededor del diminuto cuerpo, Gonzalo no muy

distante, contemplando á *ámbas alternativamente* y la complacida madre contemplando el grupo.

Era un cuadro digno del pincel de Murillo, ó de pluma más privilegiada que la mia.

No se diga nada en contra de la naturaleza humana al contemplar escenas de esta clase... Hay virtudes aún sobre la tierra, y uno de estos cuadros es capaz de reconciliar al hombre más escéptico con semejante naturaleza que tales ejemplos presenta, tan dignos de su origen y del fin para que fué creada.

Se habló como era natural, de la boda, de lo que á Isabel le debian los interesados, de lo doblemente reconocidos que le estarian, cuando merced á sus ofrecidas promesas de no desistir en sus instancias cerca de Montoya, habrian al fin de alcanzar la autorizacion para divulgar el oculto casamiento; de lo dichosos que serian cuando pudieran libremente entregarse á sus recíprocos sentimientos ahora por fuerza circunscritos á los límites de la prudencia; y de la felicidad que gozarian formando entónces una sola familia.

Y no ménos que los demás, elocuente Gonzalo sobre el asunto, se acordó con gusto por muchos de los años de su vida, de lo que esta noche dijo, y dió gracias á Dios de que tales fueran sus pensa-

mientos y palabras, y que ninguna reconvencion se pudiera jamás hacer de su recuerdo.

Fuera efecto de la impresion comunicada por el grupo destacado del fondo negro del cuarto, ó de la ternura con que la figura mayor acariciaba á la menor, ó de la gracia y candorosa sencillez con que le mostró esta última su lindo tocador de novia, y le pidió que la amara siempre como la amaria la noche en que lo estrenara; es cierto que nunca, desde que la habia conocido, le habia inspirado el lirio blanco tal ternura, ni habia comprendido en toda su extension el cargo tan sagrado que con ella recibia.

Si alguna vez una sombra de la verdad habia empañado la dicha de la doliente niña, si alguna vez una palabra de impaciencia ó ligereza habia amargado su delicada existencia, ó un momento de tedio ó tristeza le habia arrancado un suspiro ó una lágrima, la ternura de la noche aquella la resarcía de todo lo pasado.

—Tenía razon Isabel, decia para sí Elena, en asegurarme que me amaba Gonzalo más que á ninguna otra persona en el mundo, que no tenía necesidad de parecerme á nadie para conservar su cariño, y que era muy niña en entregarme á los disparatados pensamientos que de vez en

cuando pasaban por mi imaginacion, al recibir tan grandes pruebas de su amor y abnegacion... y, comprobados estos asertos con los más innegables testimonios, se encontraba dichosa como nunca.

La hora de prueba se pasó de esta suerte; y al fin se despidió Isabel.

Besó á Elena con el propio afecto con que acostumbraba besar á sus hijos adoptivos, y la bendijo con el fervor mismo con que los bendecia á ellos.

—Cuando te vuelva á ver, Elena mia, fueron sus últimas palabras, un lazo indisoluble te unirá ya para siempre al hombre á quien tanto amas.

Elena la interrumpió para expresarle el pesar que tenía de verse privada de su presencia en la noche del enlace.

—Pensaré, sin embargo, en tí, fué la contestacion de Isabel, y en prueba de ello, al propio tiempo que al cielo suban los juramentos de los desposados, dijo dirigiéndose alternativamente á Gonzalo y Elena, se elevarán mis más fervientes votos por la felicidad de los que tanto me interesan. El mes de Mayo llega pronto, hija mia, prosiguió, y cuando los árboles se cubran de ho-

jas y las plantas de flores, serás ya esposa de Gonzalo.

—El mes de Mayo es un mes muy hermoso, exclamó la madre.

—Siempre lo he amado, prorumpió Elena: y desde que oí decir á Gonzalo que él lo amaba tambien, y que queria casarse en ese mes, para que su llegada nos hiciera cada año más dichosos, lo he amado más todavía. Es un mes muy hermoso, madre mia; ¿no es verdad? exclamó volviéndose á su madre. Los pájaros cantan en Mayo, los árboles se llenan de hojas, y las plantas de flores; y Dios está más visible en todas partes.

—Dios no se oculta jamás, vida mia, replicó la madre.

—El Dios que yo amo se vé más en Mayo que en ningun otro mes, persistió Elena. El Dios de las rosas, de las azucenas y de los pájaros; el Dios de la música por el aire y de los colores por el suelo, ese es mi Dios predilecto, exclamó cruzando las manos y elevando los ojos al cielo, y á ese Dios es al que amo más. ¡Qué buena me siento! dijo enseguida. ¡Quien lo creyera que me fuera á poner buena, y que el mes de Mayo me lo trajera todo á la vez! Bendigámosle, madre mia, y sobre todo á la Vírgen, que es quien lo ha conseguido todo.

La luna reflejaba de lleno en su rostro al articular estas palabras, y lo mostró de tan celestial expresion, que jamás se borró su recuerdo de la memoria de los que lo vieron.

Eran tan fervorosos sus acentos y al mismo tiempo la pureza virginal de su alma se hallaba tan manifiesta en el candor y sencillez de su lenguaje que los mismos que jamás se olvidaron de la expresion de su fisonomía en este momento, retuvieron igualmente por largo tiempo la memoria de sus palabras.

.

—Los pájaros cantan en Mayo, los árboles se llenan de hojas, las plantas de flores, y Dios está más visible en todas partes; habia dicho el lirio blanco.

—¿Por qué pensará tanto en el mes de Mayo? se preguntó Isabel al encontrarse en su carruaje. ¿Por qué será el Dios predilecto de Elena, el Dios de las rosas, de las azucenas y de los pájaros, el Dios de la música por el aire y de los colores por el suelo? se dijo á sí misma al penetrar en su casa. ¿Por qué pensaré tanto en esa criatura, y con tan grande tristeza? se preguntó veinte veces en el curso de la noche. El mes de Mayo pronto viene, se dijo en contestacion; y al llenarse los

árboles de hojas y las plantas de flores, será Elena la esposa de Gonzalo. ¡Cuánto tarda, sin embargo! ¡Ojalá estuviera ya aquí!

—Nunca te he querido como esta noche, le dijo Elena á su amante al despedirse, porque nunca he confiado tanto en tu cariño.

—Es todo tuyo, ángel mio, contestó Gonzalo, besando la cabeza inclinada sobre su hombro, y te amo con todo mi corazon.

CAPÍTULO III.

Fuera mejor que el mundo hubiera tenido fin la noche aquella que acababa de pasar ó que el sol se hubiera olvidado de alumbrar la blanca ciudad, mejor que inaugurar un dia como el que á la noche aquella siguió.

Fuera mejor que la mar se hubiera tragado á la casa de Montoya con todos sus moradores... Fuera mejor, en fin, para todos ellos, que ninguno hubiera visto jamás la luz del dia ántes que presenciar lo que aquel dia debia dar de sí.

¿Cómo se atrevió el cielo á lucir su manto de alegría, de luz y de esplendor en aquel espacio de tierra, sabiendo lo que en él se preparaba?

¿Cómo al llegar el sol en su curso á aquella mansion, tantas veces bañada de sus rayos ardo-

rosos, no se cubrió la deslumbrante faz, ruborizado de lo que viera?

¿Cómo no encapotó su brillante rostro una negra nube, símbolo de la que sobre esa casa caía, y con más propiedad no se avino á lo que en su interior pasaba?

¿Cómo, al llegar á su cénit, no dejó su costumbre de penetrar por las ventanas del escritorio, abochornado de lo que allí ocurría?

¿Cómo no dejó de iluminar la escena borrascosa que en él se presentaba?...

En la casa del primer comerciante de Cádiz, en la casa modelo del buen arreglo, del mejor sistema, del más estricto orden y la más rigurosa honradez y confianza, se habia cometido un delito sin ejemplo en los anales de la vida de D. Álvaro Montoya: un delito, el más punible de los delitos comprendidos en el Código mercantil, que ningun Código bastaría para expiar, en proporcion á la enormidad de su naturaleza.

La confianza de D. Álvaro, del hombre orgulloso que cifraba todo su conato en no haber sido jamás juguete de nadie, habia sido burlada de la manera más atroz; en sus propias barbas, á su propia vista, junto á su propia persona, como para llevar á mayor extremo la iniquidad del crí-

men, y más abiertamente lastimarle en su cuerda más sensible.

Un robo habia tenido lugar dentro de las paredes del escritorio, un robo perpetrado (á no dudarlo) por alguno de los que de la parte del principal merecian la más entera confianza; y era aquel dia que tal iniquidad se descubria, un dia de juicio.

Demasiado importante la escena para tratarla con ligereza; demasiado trascendental en el curso de esta narracion para no consignarla al papel con sus más rígidos pormenores, merece bien una detallada descripcion, que por completo revele la borrasca que el sol iluminó al hallarse en su cénit, y cuyas extraordinarias fases llenaron de asombro, no sólo al más interesado en el asunto, sino á cuantos temieron pasar por complicados en él, y á todos aquellos á cuyos oidos llegó.

Descubierto el delito á eso de las doce del dia, y en completa seguridad de la existencia de él, en la persona de alguno de los que jamás hasta aquí habian dado lugar á la desconfianza, como la mar que al salirse de su centro enfurecida lanza embravecidas olas que en pos de sí arrastran cuanto hallan en su camino, así estalló la furia de D. Álvaro.

Temible de ver, más temible de experimentar... el único testigo que su primer estallido presenció á pesar de su aplomo habitual y característica serenidad, por poco pierde el color aterrado de su violencia.

Pero prestamente librado de la iracunda explosion, prestamente abandonada su presencia para llevar á otro campo más digno sus furores, no bien se cercioró Montoya de lo que en su casa, modelo de probidad, ocurría, como un loco se presentó en medio de sus dependientes para lanzar el anatema fulminante del descubrimiento hecho y tirarles en rostro á los que en el escritorio habia el cargo vergonzoso de ladrones.

Lívido su semblante, agitado su fornido cuerpo por la ira, trémula su voz de rabia, y apénas inteligibles sus palabras por el desbaratado torrente de su cólera, más terrible que la mar alborotada por los furores de la tempestad, más que el cielo descargando el extremo de sus enojos, se presentó ante los autómatas.

—¡Me han robado! fueron las primeras palabras que pudieron éstos entender. Me han robado aquí, dentro de mi escritorio, y el ladron no puede ser otro que uno de los que tienen libre entrada en él á toda hora. Me han robado la cantidad de

ochocientos mil reales en billetes de banco, que no hace dos dias ví yo existentes dentro de esa gaveta, añadió señalando á la gaveta situada en el mostrador de los cobros; billetes que por mi propia mano conté no hace mucho tiempo, en número de veinte, y que dos dias hace, lo repito, ví aún en su sitio enrollados como yo los enrollé.

¡Como temblaban los autómatas!

¡Cómo se estremecian de indignacion, de vergüenza y de miedo!

¡Cómo invocaban los unos la proteccion divina para salvarse de una falsa acusacion, los otros las imágenes de sus madres, hijos ó hermanos para sobrellevar con paciencia las injuriosas sospechas y ofensivas palabras, sólo Dios, que está en todos los secretos, lo puede bien saber!

—¡Me han robado! volvió á decir Montoya; y si hay un Dios en el cielo, por ese Dios juro que el ladron ha de parecer, cuéstemelo que me costare, y que con la última gota de su sangre me habrá de pagar este delito.

Los dependientes se sentian como heridos de un rayo.

El mundo parecia haberseles venido encima; pero demasiado bochornoso el infamante cargo para sufrirle en silencio, uno y todos encontraron

ánimo para levantar la voz y proclamar su inocencia.

—Yo no he sido, se escuchó en todo el ámbito del escritorio.

—Yo no soy ladron, repitió el eco de los cuartos interiores; y la voz de Montoya necesitó bien subirse un punto más para ahogar los acentos de los acusados.

—Yo no espero que el que sea confiese su delito, exclamó con aumentada ira; pero guárdese bien ninguno de defenderse. Cállense por ahora, que la justicia aclarará la verdad. ¡Francisco! gritó, Francisco Cadenas.

El cajero se presentó en la puerta mediata entre el escritorio particular de D. Álvaro y su propio departamento.

--Acércate, Francisco. Habla tú, dispon lo que sea más acertado, que si me quedo un momento más, los hago á todos pedazos.

El autómatas número uno, que en otra ocasion, si bien recuerda el lector, se ocupaba en escribir una carta de crédito, y recibió tan lisonjeros apodos de su principal, se turbó de tal modo, y se sintió en su temperamento impresionable tan culpable y medroso en medio de su ninguna criminalidad, que por poco se cae redondo al suelo, y con-

fiesa el delito de que tan inocente era; aquel que si no se ha echado en olvido, se atrevió en aquella misma ocasion á levantar una palabra en respuesta á los denuestos que le dirigia su principal, tomó un tintero en la mano ¡sabe Dios con qué intento! y desistió de él sólo por habérsele puesto delante el cuadro mismo de entónces; y el muchacho nervioso cuyo ministerio se reducía á copiar cartas, á pesar de los esfuerzos del ángel bueno de los niños por guiarle la mano y salvarle de toda contingencia desagradable, se echó á llorar con tanta gana que llenó el copiador de borrones.

Lo que á los demás sucedió se puede fácilmente concebir.

Sin embargo, sus voces se habian levantado para proclamar su inocencia, y aunque sofocadas por el torrente vertido por su principal, de nuevo volvieron á levantarse al comparecimiento de Francisco Cadenas.

Sr. D. Francisco, exclamó el autómatá número dos, el más osado de todos, dirigiéndose al encuentro del cajero.

—Todo el mundo quieto, gritó Montoya con un movimiento imperioso de mano, señalando al jóven su puesto.

—Sr. D. Francisco, repitió este último nada in-

timidado ahora una vez rotos los diques de su temor, parándose en medio del cuarto y elevando las manos al cielo; por ese Dios que nos oye, le juro á V. que estoy inocente, y que no creo que ninguno de mis compañeros se haya degradado hasta el extremo de merecer lo que estamos sufriendo; pero por lo que sea, puesto que el señor D. Álvaro le autoriza á V. para representar sus veces y disponer lo que juzge más acertado, pido..... señores, exclamó volviéndose al cuerpo de autómatas que con ojos de espanto y abiertas bocas presenciaban su osadía, creo ser intérprete de los sentimientos de todos los presentes..... que se proceda de una vez á aclarar el asunto que en tan bochornosa situación nos coloca, y que se tomen inmediatamente las medidas oportunas para descubrir el verdadero delincuente. Yo por mi parte, señores, añadió de nuevo dirigiéndose á sus compañeros, desde este momento me considero bajo el amparo de la ley; y á ella me acojo porque sé que ni yo ni V.V. habremos de dolernos de su fallo. Yo mismo, si V. quiere, exclamó volviéndose á D. Alvaro, yo mismo daré los pasos necesarios.

—Basta de fanfarronadas, prorumpió Montoya. He dicho ya que no espero que ninguno confiese



su delito, y que la justicia aclarará la verdad. Silencio todo el mundo; el primero que me levante la voz sale de aquí por esa ventana, exclamó señalando á uno de los balcones, y el que se atreva á moverse de su sitio ya verá lo que le espera. Francisco Cadenas, dijo dirigiéndose al cajero, que en este intervalo habia penetrado en el escritorio y con la mayor impasibilidad presenciaba la conmocion de los jóvenes; te he dicho ya que dispongas lo que sea más acertado, que yo no estoy en estado ni aun de hablar; que si me quedo aquí un momento más los hago á todos dos mil pedazos.

Articuladas estas palabras, se volvía otra vez á su habitacion, cuando reflexionando de repente que pudiera su delegado ostentar cierta lenidad incompatible con la atrocidad del delito, y para reforzar más sus rigurosos intentos, se dirigió á la puerta del escritorio y la cerró con llave.

—Señores, exclamó volviéndose á los dependientes, que con asombro presenciaban esta accion; desde este momento pueden considerarse con el carácter de presos; y en consecuencia de ello, cesan por ahora las funciones del dia. A las personas que se presenten y tengan que verme, Francisco, les harás pasar por la entrada interior, que

el escritorio no es por *lo pronto más que una cárcel*.

Articuladas estas palabras no con la ira demostrada en los discursos anteriores, sino revestido el comerciante del aire magistral que le complacía tanto adoptar algunas veces, se alejó del escritorio, dejando á sus cautivos sumergidos en la más honda inquietud, y á Francisco Cadenas en la más honda abstraccion.

¿En qué piensa V.? preguntó al cabo de algunos momentos de silencio, el autómeta que tan audaz se acababa de manifestar. ¿No tiene V. la autorizacion de D. Álvaro para hacer con nosotros lo que mejor le parezca? ¿Por qué, pues, ha de perder V. tiempo en hacernos la justicia que con tanto afan reclamamos?

Francisco volvió en sí.

—¡La justicia! exclamó. Sí, de ella me ocupo en este instante, y por que ella por entero preocupa mi ánimo, me encuentro tan abstraído.

—No tema V. por nosotros, interpuso el jóven que sobre sí habia tomado la defensa de la causa comun. Aquí encerrados quedamos hasta la vuelta de V.: ninguno, yo lo prometo, hará el menor esfuerzo por huir de su prision.

—Es que, interrumpió el cajero con el tono

sarcástico que rara vez deponia, por empeñadas que fueran las tentativas de evasion, no habian de tener efecto á ménos de efectuarse un milagro como el ofrecido en las personas de los apóstoles, y ese, amigo mio, creo buenamente que en nuestros dias no es fácil se repita.

Los autómatas contemplaron la fuerte cerradura de la puerta, y convinieron con Francisco en la justicia de sus observaciones; cuya concesion hecha, pasaron uno y todos (ya no intimidados por la presencia de Montoya) á defenderse del cargo lanzado contra sus personas, y á tratar de ganar el interés del que tanto podia hacer por ellos.

Aparentemente dispuesto éste en su favor, é inclinado más bien (á juzgar por las apariencias), á hacer cuanto en su poder estuviera para favorecerlos, le vieron al cabo de media hora alejarse del escritorio, plenamente convencidos de que, si bien en consideracion á las órdenes de su principal habria de poner por obra las disposiciones consiguientes al caso crítico en que se encontraban, no por eso habria de excusar medio alguno que pudiera favorecerles.

—No teman V.V., habian sido sus últimas palabras despues de escuchar las vehementes y con-

vincentes protestas de todo el cuerpo reunido; no teman V.V. que mi voz se levante en condenacion de los que no pueden ménos de inspirarme el más verdadero interés. Conozco como nadie que hay aquí encerrado un delito de la mayor trascendencia; que existe indudablemente en el seno de la casa un ladron doméstico, el peor de todos los ladrones, pero guárdeme Dios de culpar aún á nadie hasta tener las convenientes pruebas de la identidad del verdadero delincuente; y crean V.V., que si entre alguno de los presentes, exclamó con marcada intencion y acentuando fuertemente las palabras, apareciera más tarde el reo, no sería Francisco Cadenas de los que ménos se sorprendieran.

¡Quién explicar puede el efecto de estas palabras!

¿Quién puede hacer justicia al sentimiento de profunda gratitud en que rebosaron aquellos juveniles corazones, y expresar en toda su extension las frases, los gestos y todas las significativas manifestaciones dirigidas en contestacion á tan lisonjero lenguaje?

Francisco se mostró anonadado; y, animados sus oyentes á esperar los mejores resultados de su intercesion, le vieron desaparecer confiados en que

entregada su suerte en manos tan hábiles y amistosas, no habrían de salirles fallidas sus esperanzas.

Entre tanto la noticia del robo (trasmitida por D. Álvaro, que *incontinenti*, despues de abandonar la presencia de los dependientes se habia dirigido á participársele á su mujer) habia circulado por toda la casa, y consternados los moradores de ella del extraño suceso, no ménos consternados se manifestaron por las funestas consecuencias que le habrían de seguir.

¿Quién dejaba de conocer en aquella casa lo que de la implacable naturaleza de D. Álvaro se podia esperar?

¿Y quién en medio de la consternacion ocasionada por tan grave acontecimiento, no abrigaba un adarme siquiera de compasion por lo que al perpetrador del robo le aguardaba cuando fuera descubierto?

Era indudable que el delincuente se hallaba dentro de las paredes de la mansion; y era igualmente fuera de toda duda (tomando en cuenta la estricta vigilancia establecida de continuo en el sagrado templo, donde jamás penetraron con libertad otros que los empleados en su servicio) que nadie más que alguno de los ministros del altar podia haber cometido el sacrilegio.

Las apariencias lo proclamaban; D. Álvaro lo decía; Aguilera no podía ménos de sospecharlo; Isabel de coincidir en la suposición, tratando no obstante de templar la ira de su marido, é interceder con anticipación por el reo; y unánimes con ellos los moradores subalternos de la casa (el cuerpo respetable de criados) no habia una voz disidente en la mansion.

Aumentada por este estímulo la profunda indignacion del comerciante, tuvo mayor empeño en dejar bien puesto el honor de su pabellon; ese pabellon de firmeza é implacabilidad de que tanta gala hacía, y en balde empleara Isabel toda la dulzura de sus palabras y toda la elocuencia de su corazon para apaciguarlo.

Por lo mismo que jamás habia osado nadie burlarse de él, por lo mismo habia de ser mayor el escarmiento en el primero que tal iniquidad se atrevia á cometer, y ningun género de consideracion le detendria en su castigo, porque era un bien para la humanidad mostrar la fuerza de su brazo de hierro, y dejarlo caer con el merecido peso sobre el que habia osado desafiar su poder.

Tales eran las razones con que eran rechazadas las que Isabel presentaba en atenuacion del delito; ineficaces, como es fácil de suponer, se hacían

tódas sus instancias, para apartar á D. Álvaro de sus intentos; y, aumentada la implacabilidad de éstos á medida que el tiempo avanzaba, y que el pensamiento de lo que habia sobrevenido tomaba mayor cuerpo é importancia en su ánimo, llegó su ira á convertirse en locura.

Isabel habia apoyado la justicia de practicar las más escrupulosas diligencias para descubrir al autor del robo, y la razon que asistiria á D. Álvaro en expulsarle de su casa y si así le placia, no tener nada más que ver con él; pero perseguirle ante la ley, envolverle en los bochornos consiguientes á una causa, lanzarle á un calabozo, y tal vez más tarde á un presidio, donde habria de arrastrar por años una vida miserable, cuyo recuerdo jamás podria borrarse de su imaginacion y cuyos efectos habrian siempre de pesar sobre su cuerpo y su alma... eso no... no era posible que lo aconsejara jamás su corazon de mujer.

Tal vez no habria sido el delito fruto más que de un momento de arretrato; tal vez ántes jamás habrian sido manchadas las manos del delincuente con tan nefando crimen, tal vez le impulsaria una perentoria necesidad (no porque la necesidad autorice nunca semejante infraccion de las leyes divinas y humanas)... ¡pero cuánta más indulgencia

requiere el crimen cometido á este impulso que el sugerido por el vicio!... ¡y tal vez la clemencia podría corregir lo que el rigor á no dudarlo tiende tantas veces á empeorar!

Tal vez, sobre todo (deberia ser jóven el delincuente; los dependientes lo eran todos), llenaria de vergüenza y afliccion la publicidad del delito á alguna amante madre, cuyo tierno corazon, harto lastimado por el hecho en sí, no podría sobrellevar en paciencia la amargura del impuesto castigo.

Tal vez, como en el drama *La Carcajada*, por ella habria sido cometido el delito, y tal vez en todo semejante al caso, á los incidentes de ese drama, al mismo tiempo que se ocupaba D. Álvaro de entregarle á la justicia, se disponia el reo á hacer la restitucion de su robo.

¡Cuánta fuerza no hubieran tenido en otros semejantes razones para conseguir su indulgencia!

¡De cuánto peso no hubieran sido en la balanza del más aferrado encono! y ¿por quién otro que por D. Álvaro Montoya hubieran sido escuchadas estas instancias con tan grande indiferencia y desatencion?

Pero, insensible el hombre sin entrañas á todo género de consideraciones contrarias á la implacabilidad de su dura naturaleza y cerrado su cora-

zon á la entrada de todo sentimiento humano, ménos á las sugerencias del orgullo, del amor propio, y de ese mal entendido principio de firmeza de que tan ufano estaba, en balde ejerció Isabel la generosidad de sus palabras y los tesoros de su corazon.

—No hay remedio, fueron las últimas palabras del comerciante en contestacion á estas ineficaces apelaciones, de mí nadie se burla; y el que ha osado de tal modo desafiar mi poder, se habrá de acordar de mí todo el resto de su vida. Por lo pronto, se hallan arrestados todos los que pueden resultar complicados en el asunto, y, á no dudarlo, ya en este momento practicadas por Francisco las oportunas diligencias para aclarar la verdad, la justicia se hallará en breve en posesion de sus derechos, y no tardará el reo en presentarse.

Aguilera, que hasta aquí habia conservado el más prudente silencio, y que nada conforme con la excesiva indulgencia de su hija, ni con la extrema dureza de su yerno, no habia encontrado razon alguna que ofrecer para conciliar tan opuestos extremos, tomó ahora parte en la conversacion, para preguntar el efecto que en su predilecto Gonzalo habia hecho el tan extraño suceso, é indagar su paradero presente, y opinion

respecto á la materia que á todos tan ocupados traia.

—Ni palabra sabe de lo ocurrido, fué la contestacion de D. Álvaro, ni á cien leguas de distancia le pasará por la cabeza lo que en esta casa está pasando, ni dejará de ser grande su asombro al saberlo á su vuelta de la calle. Hace un rato que salió pera evacuar un negocio que le habrá de ocupar una gran parte del día; y, nada receloso á su partida de lo que durante su ausencia habia de estallar, él mismo por su propia mano me entregó la llave de la gaveta que le pedí para sacar los billetes, especificándome al mismo tiempo el sitio en que se hallaban colocados, y donde los habia yo visto hace un par de dias, sin que sombra de pensamiento cercano á lo que estaba ya hecho pasara por su imaginacion. Pero no por eso amignorada la gran parte de culpa que sobre él pesa, agregó Montoya holgándose de encontrar otra víctima, y víctima segura sobre quien verter la corriente de sus enojos, y nada insignificante la responsabilidad que en él recae, los cargos que le habré de hacer por el descuido, la falta de precaucion y la grande negligencia precisas para ayudar á la perpetracion de este delito cometido dentro de su propio departamento y en la gaveta

entregada á su cuidado y vigilancia, no habrán de ser flojas ni indiferentes. Yo lo aseguro. La justicia bien administrada no debe conocer parcialidades, y si al ladron se le impone el debido castigo, el descuidado guardador de los intereses que le son confiados, no debe tampoco pasar sin el suyo. Lo tengo ya predicho: Gonzalo jamás será un hombre de provecho. No hace mucho que en estos mismos billetes hoy extraídos de su poder, ví justificada esta asercion; y cada dia más patente su ineptitud, no hago más que recibir pruebas continuas de lo que tantos años hace conocí.

¡Cuán grande era la injusticia hecha al perseverante y aplicado sobrino!

¡Cuán mal apreciados sus incansables esfuerzos y grandes sacrificios!

¡Cuán poco resarcida la compresion de su espíritu, los nobles holocaustos que al templo y á la persona de su tio eran ofrecidos, y cuán inútilmente presentado el incienso ante el que tan incapaz era de percibirlo!

—¡Ay! habia continuado diciendo el comerciante, si esos billetes no parecen; si tarde ya para reclamarlos, inútiles resultan las diligencias practicadas para recobrarlos íntegros, no tenga cuidado Gonzalo. De su sangre ha de salir. El uno, el

reo, dijo con el aire de imponente majestad que tantas veces adoptaba y lanzando su sentencia á su mujer y á su suegro cual si delante tuviera á los culpables y contra ellos dirigiera toda la fuerza de su venganza; el uno, el reo, repitió, á la cárcel, y despues al presidio; y el otro á echar el quilo, si preciso es, para reparar su descuido. No: no crea él que ha de ver una moneda mia hasta desquitar el perjuicio que pueda haberme acarreado. No crea que su tio, porque es su tio, ha de ser otra cosa con él de lo que es con los demás. Yo soy justo como nadie, prosiguió diciendo el magnánimo juez, y á cada cual le doy su merecido. Nadie me puede culpar de debilidad de carácter, y si acaso existiera una sola persona que se atreviera á levantarme tan falso testimonio, la prueba que pienso hoy dar de firmeza para siempre acreditará mi carácter. No debe tardar Gonzalo en volver; y grande, muy grande ha de ser su asombro; pero más grande todavía será cuando sepa lo que á él le espera. Es un objeto secundario su culpabilidad en el asunto, bien lo conozco...

—Y tan secundario, interrumpió Isabel lívido su rostro y apoyándose en el velador de su tocador (donde tenía lugar esta conferencia) para no caerse al suelo, porque ningun cargo se le puede

hacer al que, á no dudarlo, ha sido tan víctima del ladron como tú mismo. ¿Piensas que el que idea semejante accion, no urde mil engañosas tretas para servir sus planes, que ningun cuidado, ninguna vigilancia bastan para contrarestar? ¿Quién te dice que haya habido necesidad de aprovecharse de la llave de Gonzalo para consumir el robo? ¿Quién te dice que no haya sido empleada para el objeto una llave falsa?

—Efectivamente, prorumpió Aguilera, apoyando la suposicion de la hija y abrazándola con efusion en su alegría de hallarla defendiendo con tal denuedo la causa de su favorito. Efectivamente. Nada más razonable que lo que llevas dicho, Isabel, ni nada más natural, añadió, dirigiéndose á su yerno, que descargar al pobre Gonzalo de toda culpa y responsabilidad, cuando más sentido que nadie se habrá de manifestar por este desgraciado y desagradable suceso.

D. Álvaro recapacitó un momento.

Su mujer podia tener razon: rara vez la faltaba.

No dejaba él de conocerlo en medio de la ninguna aparente deferencia otorgada á aquel entendimiento tan superior al suyo; pero, sin embargo, cohibido en esta ocasion como en todas por su incorregible altivez, de hacer la natural concesion

al tan templado juicio, si bien lo admitió para sus adentros, se guardó bien de manifestarlo.

—Veremos, dijo, en contestacion á las palabras de su suegro, lo que las actuaciones dan de sí. Veremos lo que la justicia aclara, y segun lo que ella descubra, tomaré yo mis disposiciones.

Dicho esto, se alejó en seguida del tocador y tomó el camino para su escritorio particular, donde apénas llegó empezó á llamar á Francisco á gritos descompasados.

Ineficaces al principio estas llamadas, se disponia á favorecer á los presos con su temida presencia para reconocer por sí la altura en que se hallaban las operaciones judiciales, cuando, interrumpido su intento por una voz que salió desde el interior de la cárcel temporal, se paró un momento para percibir las palabras que le eran dirigidas.

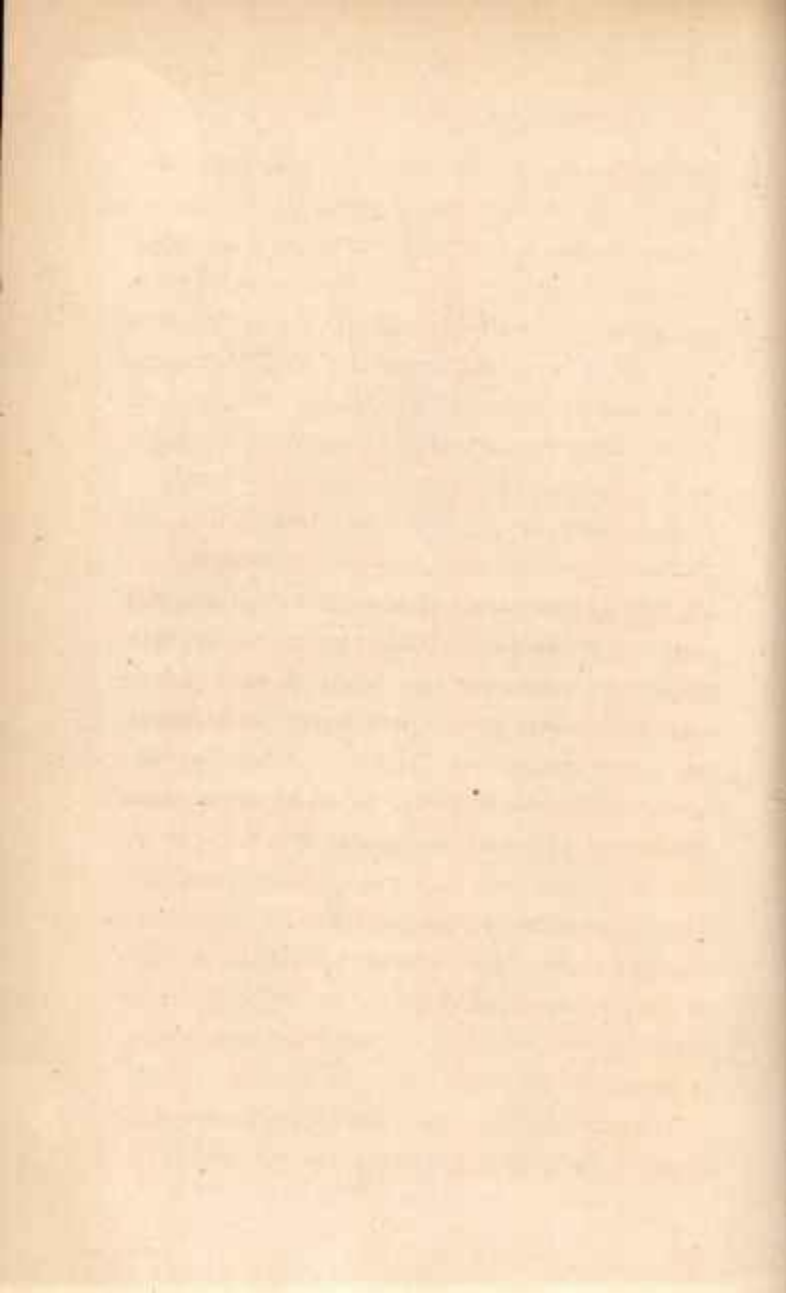
—Francisco no ha vuelto todavía, exclamó esta voz.

Era la del autómata número dos, que tan célebre se habia hecho aquel dia; y, tranquilizado D. Alvaro por esta contestacion de que sus órdenes se estaban cumpliendo, no pudo, sin embargo, resistir la tentacion de atormentar un poco á los cautivos.

Penetró en el departamento del cajero, se aso-

mó por encima del mostrador, y sólo por gusto, sin otro objeto más que el placer de dar tortura á sus víctimas, los miró á todos en general y á cada cual en particular por espacio de algunos minutos saciándose sobre todo (así á lo ménos se lo representó su imaginacion á la infeliz criatura) en la contemplacion del muchacho nervioso, que todavía bastante tierno en la cuestion de las lágrimas, no bien sintió sobre sí los ojos del milano, rompió de nuevo á llorar con más ganas que nunca.

Y hecho esto, consumada esta accion gloriosa, otra vez se volvió el comerciante á su departamento para considerar con renovado afan y atencion las circunstancias en que se hallaba y discurrir los mejores medios de dejar su pabellon bien puesto ínterin parecía Francisco Cadenas acompañado de los ministros de la justicia.



CAPÍTULO IV.

Dos ó tres minutos despues de la salida de Montoya del tocador , se encontraba sola Isabel sentada en el sofá de badana, ocupada mucho más de lo que hubiera querido del asunto del robo, y más que del robo en sí, de la parte de perjuicio que le podia acarrear á Gonzalo en sus circunstancias actuales, en vísperas de contraer las obligaciones sagradas de marido, cuando de repente, distraida su atencion de estos pensamientos por el ruido que hace una llave al torcerse, se encontró con un hombre de espaldas á ella , que aparentemente introducido en la habitacion por la puerta de comunicacion al gabinete , se ocupaba en cerrarla.

Alarmada la jóven con la más justa razon, fué su primer impulso levantarse para huir por la otra

puerta que daba al corredor; pero, adivinado su intento por el crujido del vestido, interceptó su intencion el aparecido, saltando como movido de una fuerza eléctrica, en la direccion que ella deberia haber tomado, y haciendo con esta puerta lo que habia hecho con la otra.

—¡Cadenas, Cadenas! gritó Isabel vencida su alarma por el exceso de su indignacion. ¿Qué significa esto? ¿Y qué derecho tiene V., no sólo para penetrar en mis habitaciones, sino para tomarse la libertad de cerrarme las puertas? Salga V. de aquí ahora mismo, mal caballero, prorumpió levantándose del sofá y señalando la puerta de salida, ó gritaré hasta que me oigan los criados para que le arrojen á V. como á un malhechor, á la calle.

Sus ojos, tan serenos siempre, despedian ahora un fuego inusitado, sus labios jamás agitados por palabras iracundas, temblaban convulsos con lo que en vano trataban de articular, y su corazon, lleno de ira desconocida hasta aquel momento, pugnaba por verter de una vez toda la fuerza de su enojo.

Impasible Francisco ante estas apariencias, y, resuelto á llevar á cabo su propósito sin cuidarse para nada de los medios, ni arredrarle ó impor-

tarle la mala recepcion que sus disposiciones tenían, léjos de incomodarse con el nada lisonjero lenguaje que le era dirigido, parecia tomarlo como una cosa que esperaba, y que de ningun peso podia ser en la balanza de su intencion.

—Tranquilícese V., señora, dijo con calma, guardándose ambas llaves en la faltriquera y acercándose al sofá; no hay motivo para sentirse ofendida en lo que acabo de hacer, y si las puertas he cerrado, y si he tomado las más oportunas medidas para precaver todo género de interrupcion, ha sido más bien por el interés de V. que por el mio. No tema V., añadió con la más afable de sus sonrisas, que me propase yo en lo más mínimo. Sé harto bien lo que me corresponde hacer en las circunstancias en que me encuentro, y, si he buscado la presencia de V., y á solas le quiero hablar, no crea V. que sea para tratar de lo que pudo haber entre nosotros. Harto bien escarmentado quedé, prorumpió con ironía, para volver jamás á suscitar semejante cuestion. No se me han olvidado ni por un momento las frases halagüeñas con que me enseñó V. á matar ó acallar lo que encendido habia aquí, dijo poniéndose una mano en el pecho, y fuera yo peor que loco en no darme por vencido.

Isabel le miró ya con ménos desconfianza, y sin enojo siguió prestando atencion al resto de su discurso.

—No es, pues, de eso, reasumió Francisco, de lo que pienso tratar ahora, ni es mi intencion resucitar tan desagradables recuerdos. He venido á buscarla á V., señora, para confiarle un secreto... un secreto: ¿entiende V....? que tal vez dejará de serlo en el momento de alejarme yo de este cuarto; pero cuya importancia para algunas personas me impide divulgarlo delante de testigos.

—Nada entiendo de todo eso.

El cajero volvió la cara á otro lado para ocultar una maligna sonrisa.

—¡Inocente! dijo entre dientes. ¡Como si el lobo pudiera jamás trasformarse en cordero! Pero en fin, engañémosla por ahora que es lo que conviene. Tengámosla tranquila, y no la alarmemos ántes de tiempo.

Repuesta Isabel en gran manera de su alarma, por el aparentemente sencillo lenguaje del que bajo tan temible aspecto se le habia presentado, si bien conservando en el fondo de su alma el arraigado recelo que no podia ménos de existir en su prístina fuerza, en tanto que Francisco Cadenas fuese Francisco Cadenas, trató sin embargo de dominar

la posición ostentando la más entera confianza y ciega buena fe en los propósitos del cajero.

—¿Y qué secreto puede ser ese, Francisco? preguntó con natural interés, y bien fingida seriedad, cuya grande importancia le cohibe á V. divulgarlo delante de testigos?

—Ya lo sabrá V., señora, contestó Cadenas sentándose junto á ella en el sofá y fijando los ojos en el hermoso rostro que tenía á su lado. Harto pronto se lo habré de comunicar á V., y no hay por qué manifestar tanta prisa.

El sol, que sin duda se había propuesto no dejar de escudriñar cuanto pasaba aquel día en la mansión de D. Álvaro Montoya, y que no tenía ya cosa de importancia que curiosear dentro de las paredes del escritorio, donde no hacía mucho había tenido el honor de inaugurar la primera escena de la borrasca habida en él, se asomó ahora por entre las hojas verdes y los pétalos de las flores de las macetas que adornaban el balcon del tocador para escudriñar lo que en su interior pasaba y miró con el mayor descaro el apacible semblante de Isabel al sentarse el cajero á su lado. Abochornada la jóven, bajó los ojos y dejó de advertir lo que, á no impedírselo aquella inoportuna mirada, no hubiera podido ménos de ponerla en

guardia, respecto á las intenciones de Francisco.

¡Cómo no haber temido todo de la extraña mirada de aquellos ojos tan traidores!

¡Cómo no haber leído en ella algo satánico y espantoso... que al instante le hubiera devuelto su vencida alarma, y héchola, indiferente á toda consecuencia y género de consideracion, obedecer su primer impulso de llamar en su auxilio, y librarse de una vez de tan penosa persecucion!

Pero el sol no quiso aquel dia favorecer la causa de los buenos; se habia decidido por la de los malos; y de ahí fué originada la consumacion de lo que, sin esta mal empleada intervencion, no habria podido nunca cumplirse: al sol tan sólo se le debe achacar de lo que á Isabel le estuvo reservado.

Molestada la jóven por el incómodo astro levantóse del sofá para despedirlo por donde habia entrado, ó á lo ménos ya que no esto, por ser la medida demasiado rigurosa, indicarle diferente rumbo, y para el efecto, disponiendo las puertas del balcon de modo que no volvieran á penetrar los ardorosos rayos, dejó al curioso en poder del espacio frente al sofá, campo bastante vasto é inmediato al terreno de las operaciones para establecer desde allí su vigilancia, y volvió otra vez á su asiento.

Cadenas la esperaba con la más visible impaciencia: los segundos se le hacian siglos interminables, la serpiente anidada en su pecho se desenroscaba con inquietud, y los momentos perdidos no habrian de volver jamás.

—Señora, dijo, no bien la vió sentada y mirándola al soslayo para notar bien sin llamarle la atencion la impresion de sus palabras; es de suponer que habrá V. tenido conocimiento del suceso ocurrido hoy, ó mejor expresado, descubierto hoy en esta casa. Es de suponer que como todos nosotros, igualmente interesada en este extraño incidente, no ménos será el afan de V. por descubrir al verdadero delincuente.

El corazon de la jóven latió con violencia, sus miembros temblaron agitados por un terrible presentimiento, y sin aliento para contestar á su interlocutor, esperó en muda ansiedad la continuacion de sus palabras.

Cadenas volvió á hablar.

—No creo haberme equivocado en la suposicion de este interés, en la digna consorte de mi digno principal. No es sino justo y de esperar que sea V. de las más interesadas en el descubrimiento del criminal, que de tal suerte ha abusado de los favores de su jefe; y porque abrigo con toda mi alma esta

confianza, ántes que á ninguna otra persona, he querido trasmitirle á V. la más importantomunicacion. Sé quien es el reo, señora, exclamó en baja voz y aparentemente con la mayor dificultad.

Isabel se estremeció.

Sus miembros volvieron á temblar, y con más fuerza aún que ántes, se apoderó de su mente el terrible pensamiento.

Sin embargo, era aún temprano para entregarse á sus temores; una palabra la podia perder, y la prudencia aún podia hacer mucho por ella.

—¿Y tiene V. completa seguridad de lo que dice, Francisco? preguntó sin atreverse á articular otra palabra.

—¡Que si la tengo, señora! No me atreveria á echarle á nadie en rostro semejantes cargos, á no poderlos apoyar con irrecusables pruebas. Y éstas no me faltan, añadió con la más plena seguridad. Sé quien es el reo, repitió, mirando á su compañera al soslayo y gozándose en la turbacion que leia en la misma inaccion de su víctima, y sé más que nada, que el descubrimiento de él va á caer sobre todos los de esta casa con la fuerza y el efecto de un rayo.

El presentimiento se iba cumpliendo.

Apénas veia ya Isabel la figura que á su lado

estaba, apénas comprendia lo que debia hacer ó decir, y apénas encontraba aliento para respirar.

Francisco continuó monopolizando la conversacion.

—Acusados inocentemente las pobres víctimas que gimen ya bajo una prision temporal y cuyos sentimientos de honor y vergüenza tan hollados han sido, no es sino justo que mi voz se levante en su defensa, y que vuelva por su inocencia. Desde el momento de descubrirse el robo, me dijo mi corazon quién podia ser el delincuente; pero callado hasta ver si otra voz que la mia proclamaba su nombre, he dejado correr el tiempo y tomar cuerpo á la sospecha ántes de encontrar ánimo para exponer la verdad. Pero esto no debe ser; bien lo debe V. considerar, y no es sino obligacion de conciencia el proclamarla.

¿Qué entendia Francisco Cadenas de conciencia, ni de qué importancia habia sido para él jamás el dictámen de este severo juez?

¿No habia hollado de continuo los sentimientos más sagrados, y no era en la esencia el hereje más empedernido que habitaba en cuerpo humano?

¿Por qué, pues, esta apelacion á la voz interior, cuyos acentos jamás habia entendido?

La respuesta no podia ser más sencilla.

Para dar más valor á su causa y envolver á su víctima en más densas tinieblas de las que habia amontonado para rodearla.

—El reo, señora, continuó diciendo Francisco, hablando con suma lentitud, se oculta en esta misma casa, se anida en el seno de la familia que la habita, come á su misma mesa, bebe de su misma agua, y no es otro, en fin, para dejarnos de rodeos que... Gonzalo Figueras!

¡Ah! ¿por qué la mar no se tragó á la casa de Montoya con todos sus moradores, ó no nacieron jamás á la luz del dia, mejor que experimentar lo que entónces estaba dando de sí?

¿Cómo se atrevió el cielo á lucir su manto de alegría, de luz y de esplendor en aquel espacio de tierra, sabiendo lo que en él se preparaba?

¿Cómo al llegar el sol en su curso á aquella mansion tantas veces bañada de sus ardorosos rayos, no se cubrió la deslumbrante faz ruborizado de lo que viera? ¿y cómo pudo á tal punto llegar su inhumanidad é independencia al escuchar las palabras salidas de los labios de Francisco Cadenas y seguir tenaz lanzando la clara luz de su esplendor, y no cubrirse con alguna nube tenebrosa como la que acababa de oscurecer todos los objetos á la vista de Isabel?

El presentimiento de la jóven se habia cumplido.

No en balde habia latido su corazon con violencia; no en balde habian temblado sus miembros agitados por el más funesto pensamiento; no en balde le habia faltado el aliento para responder á su interlocutor, llenándola de terror su presentacion extraña.

Harto aleccionada, sin embargo, en la escuela del vencimiento, ni sombra dejó ver de lo que en su interior pasaba, y casi con acentos naturales emitió su respuesta á la lanzada acusacion.

—¡Gonzalo Figueras! dijo, no puede ser, ni lo quiero creer. Padece V. un error, Francisco, á no dudarlo, y es demasiado grave el cargo que se le hace al sobrino de mi marido para aceptarlo sin otras garantías que las palabras de una sola persona.

—Señora, fué la contestacion de Francisco; repito lo que he dicho ántes; que no me atreveria á echarle á nadie en rostro semejante cargo, á no tener las más irrecusables pruebas en que apoyarlo. Sé bien que las aseveraciones de una sola persona, como V. bien dice, no deben bastar para justificar una acusacion de tamaña naturaleza;

pero, á vista de las pruebas, que á su tiempo parecerán, V. misma se dará por vencida. Conozco, prosiguió diciendo, lo doloroso que deberá ser para V.V. los parientes de Gonzalo, una accion tan vergonzosa é inesperada. Conozco más que nadie lo que deberá sufrir el espíritu de V., no sólo por lo que ese jóven desgraciado habrá de perder en su concepto, cuanto por las consecuencias funestas que á tan desleal conducta habrán de seguir. ¡Quién lo hubiera pensado de quien creíamos modelo de honradez, pundonor y rectitud! ¡Quién lo hubiera pensado jamás que al primer ataque de la tentacion, se rindiera virtud tan acrisolada! Y no hay que hacernos ilusiones. No hay que forjarse engaños de una clase ú otra. Por desgracia se halla el delito demasiado patente para admitir la duda, y toda parcialidad sucumbe ante su evidencia. El tiempo lo dirá y la justicia al aclarar las dolorosas pruebas. ¡Oh! ¡cuán dolorosas! exclamó interrumpiéndose y cruzando las manos con agonía manifestando al propio tiempo el más profundo sentimiento en su semblante y actitud. Para nadie más que para mí.

—¿Para V.? articularon los cárdenos labios de Isabel.

—¡Para mí; sí, repitió el cajero; para nadie

tan dolorosas como para mí, el hermano de su futura, por quien todo ha sido hecho!

—¡Dios eterno, misericordia! dijo la anonadada Isabel interiormente.

Francisco continuó:

—A no ser por eso, señora, á no ser por el compromiso en que le colocaban las obligaciones sagradas que iba á contraer, ¿cree V. por un instante que nuestro Gonzalo hubiera jamás manchado el limpio escudo de su virtud con semejante borron? No, por ningun estilo. Le hago demasiada justicia para esperar otra cosa de él, y, harto apesadumbrada se halla mi alma para no tratar de disculpar el acto de locura que tan de corazon deploramos.

—¡Gonzalo Figueras! exclamó de nuevo Isabel. No puede ser, ni lo puedo jamás creer. No: por más que me lo afirme V., Francisco, por más que trate de presentarme razones y pruebas que acrediten su verdad: mi corazon tan leal se resiste á admitir la inculpacion. Yo conozco á Gonzalo, y le conozco bastante para saber que la muerte sería para él preferible á la deshonra.

Los acentos con que fueron pronunciadas estas palabras, fueron tan fervorosos, y la expresion del semblante tan entusiasta y enérgica, que una

y otra cosa arrebatában la convicción; pero insensible el cajero á sus efectos, continuó en la misma impassibilidad manifestada desde el principio de la entrevista.

—No me sorprende, dijo, la tenacidad de V. Yo tambien, á no ser por mi corazon de hombre, y mi experiencia de mundo, hiciera otro tanto; pero, admitido el delito de Gonzalo, una mano daria por pensar como V. piensa.

Los ojos de Isabel se fijaron con tan escudriñadora atencion en el rostro del que tal sentimiento habia expresado, que no pudo ménos Francisco de caer en conocimiento de ello.

Sonrióse con malicia, volvió la cara á otro lado porque aún no era tiempo de dejar ver estas sonrisas maliciosas, y esperó á que Isabel volviese á hablar.

Por mucho que creyera ésta conocer al cajero, por grandes que fueran sus recelos y desconfianza era imposible que no se dejara alguna que otra vez seducir por las engañosas apariencias de honradez que solia presentar Cadenas.

Reservó, sin embargo, en esta ocasion mucho de lo que por su mente pasaba; sofocó infinidad de sentimientos que pugnaban por escapársele; trató sólo de dulcificar la situacion, de trabajar

cuanto le era posible sin comprometer su propio decoro en favor del acusado, y de apelar por todos los medios imaginables á aquella naturaleza tan complicada, para hacerla ceder á la voz de la templanza y de la misericordia.

Presentóle á Francisco con renovada instancia el pensamiento de que pudiera padecer un engaño respecto á la criminalidad de Gonzalo; recordóle, por si acaso la habia echado en olvido, la pasada vida del jóven, ejemplo de pundonor y honradez, tan poco á propósito para confirmar la presente inculpacion; representóle las funestas consecuencias que habrian de acarrear al desdichado sobrino el extremo de los rigores del tio... y sobre todo punto elocuente, patentizando los sufrimientos de Elena, coronó así la obra de su intencion.

¿Qué sería de la infortunada niña al saber lo que sobre su Gonzalo pesaba?

¿Qué sería de la delicada flor, tan bárbaramente agostada en los momentos más felices de su vida, cuando á semejanza de las flores de la primavera, llena de salud, de color y de perfume, ufana lucia sus galas, y tan distante se hallaba de la guadaña devastadora?

¿Qué sería de la amante y virtuosa madre al recibir tan funesta noticia?

¡Gonzalo, su hijo de adopción, Gonzalo, el amante, el esposo de su hija, degradado de tal suerte!

Era horrible pensarlo y medirlo en la balanza de la rectitud de conciencia de aquella mujer tan virtuosa...

Francisco la escuchaba con el más profundo silencio.

Su alma se complacía en dejar á su víctima extenderse cuanto quisiera sobre el importante asunto. Se deleitaba en pensar que cuanto más alta se hallara, más grande había de ser su caída, y perdido en el vasto campo de placeres entrevisto por el cristal óptico de su malignidad, ni se cuidaba de contestarle, hasta que las siguientes palabras le sacaron al fin de su inacción.

—Por ellas, su madre de V. y su hermana; por ellas, Francisco, dijo la jóven, debe V. de reflexionar un momento ántes de dar el terrible paso. Sea cierta ó no la acusación, no es sino justo meditar con despacio, ántes de envolver á tan sagrados objetos en la infelicidad, y tal vez en la ruina moral consiguientes á tan grande desengaño. Y porque á ámbas amo, á Elena, ¡oh y cuán entrañablemente! le pido á V., Francisco, que reflexione un momento más. No es que yo quiera ha-

cer á otros víctimas de mi parcialidad (si quiere V. así llamar el interés natural que me mueve á estas instancias), pero si nadie más que V. abriga la sospecha...

—La certeza, interrumpió el cajero.

—Lo que V. quiera, resumió Isabel. Si nadie más que V. la abriga, repitió, y sólo en su mano de V. está el proclamarla, y no hay por consiguiente pruebas que perjudiquen á otros, ¿no será posible que por misericordia á su madre y hermana, al propio tiempo que en consideracion al honor de mi marido, quede este asunto reservado entre los dos? Medios miles se pueden descubrir para zanjar la difícil situacion; medios miles no dejarán de ocurrirse á la perspicaz imaginacion del que tan vastos recursos encuentra siempre y tan eficazmente sabe emplear su influjo y prestigio.

Francisco inclinó la cabeza en señal de reconocimiento á estas lisonjas.

—No hay más que valerse de ellos, prosiguió diciendo Isabel, no hay más que secundar mis deseos y el triunfo es seguro. Cuestion de honra para su vida, para la desdichada criatura que su corazon y su sér por entero ha entregado á Gonzalo... por respeto á la honra del uno y á la vida de la

otra, esta otra de la propia sangre de V., Francisco, imploro su misericordia.

—¡Misericordia de un ladron! prorumpió Cadenas con mirada de asombro y juntando sus espesas cejas, ¡y un ladron doméstico! Como nadie, siento, señora, dijo en seguida, la inesperada conducta del que debería ser mi hermano político, y como nadie, agregó con una extraña sonrisa, y más extraña mirada todavía en sus indignos ojos, sé pesar el grado de dolor que habrá V. de experimentar en este terrible desengaño; pero es el caso que nada puedo ni debo hacer á favor del criminal. ¡Un ladron; y yo en conocimiento de su delito ocultárselo al que ha sido víctima de su iniquidad! ¡No pensara jamás de la digna consorte de D. Álvaro Montoya, que tan en poco tuviera los intereses de su marido, que esto me aconsejara á mí, el dependiente de su casa!

Isabel se sonrojó de indignacion más que de otra cosa.

Habia mucho aglomerado en su mente que luchaba por salir, pero no era ocasion.

La prudencia le aconsejaba callar, y siguiendo su dictámen, dejó pasar sin respuesta el insulto del cajero, que habia continuado de esta suerte:

—Además, señora, ¿cómo espera V. que acceda

á dar entrada en mi familia á un hombre manchado con tan feo borron? ¿No tengo yo vergüenza? ¿No es de respetar el nombre de Cadenas? ¿Y no es justo que á vista de la desleal accion de Gonzalo detenga la boda y hasta la prohíba? ¿Qué hiciera V. mañana ó el otro, si á esa niña que tanto ama, á su hermana Inés, la viera colocada en la posicion de Elena?

Las ideas aglomeradas en la mente de Isabel batallaron de tal modo y con tan invencible denuedo por salir y matar de una vez los ardidés del sofístico Francisco, que no pudo ménos la jóven de soltar una frase indicativa de una parte de lo que en su imaginacion se reunia.

—Amo á Inés, la he amado siempre, y ningun sacrificio me pareceria bastante para conseguir su felicidad.

—Es decir, interpuso su compañero, admitiendo la indirecta, que yo no amo á mi hermana, que no la he amado en mi vida, y que de ningun sacrificio sería capaz por obtener su dicha. Está bien, señora. A lo ménos no se toma V. la molestia de adularme y sin embargo me manifiesta su opinion. Puede que no le falte á V. razon, dijo en seguida con una sonrisa llena de cinismo y cruzando las piernas, que se entretuvo por un

breve espacio en mecer al compas de sus palabras articuladas con la mayor lentitud: y francamente hablando, no es el amor fraternal mi fuerte, ni creo en verdad que por él fuera yo capaz de salirme de mi paso, ni armar la polvareda que deberá en breve armarse en esta casa.

Isabel se alarmó: se asió del brazo del sofá contra el que se apoyaba, y clavó las uñas en la madera.

—Y buenamente diciendo lo que es cierto, continuó el cajero, siempre meciendo la pierna, paréceme que á ser yo mejor hermano de lo que soy, me habia de manifestar más indulgente de lo que me lo permiten ciertas circunstancias que en movimiento ponen las fibras de todo mi cuerpo, y por completo predisponen mi sér. Pero es el caso, añadió con la misma sonrisa de ántes, que los lazos naturales, el amor de la familia, la propia sangre, etc., etc.; todas esas frases trilladas, que tan inteligibles parecen ser para los demás, ó que tan inteligibles quieren hacer creer que les son, no han sido para mí otra cosa durante el curso de mi vida que como un idioma desconocido, cuyo sentido no me he ocupado jamás en descifrar. Nos hallamos en el terreno de las confianzas, dijo interrumpiéndose. He tardado algun

tiempo en penetrar en la escabrosa senda, pero, estimulado por el ejemplo de V., con sus últimas palabras, en ella me encuentro ya, y juntos atravesaremos el peligroso sendero. Pudiera yo bien, si así lo quisiera, salvar á Gonzalo; y con mayor motivo mediando la íntima conviccion de proceder su falta, puramente de circunstancias forzadas, atenuadoras del delito; y lo hiciera, señora, á no brindarme la suerte con la que tan de corazon le ha pedido el medio de satisfacer la sed de venganza que hace tiempo me consume, y la ambicionada ocasion de saldar una cuenta atrasada, que por ningun estilo pienso desatender.

Hervíale el pecho á Francisco: al articular estas últimas palabras despendian sus ojos su siniestra expresion, se unian sus brillantes dientes, rechinando en medio de los acentos que de sus labios salian, por entero depuesto el carácter de cinismo impreso hasta este momento en su semblante: y quitada la máscara con que ocultara sus verdaderos intereses, rompiéronse los diques de la sujecion, y reventó de una vez la mina por tanto tiempo formada en su pecho.

Sus acentos lo decian, sus trémulos labios, la audacia de su actitud delante de su víctima, y la mirada de hierro fija en el rostro de la aterrada jóven.

En tanto cubria la lividez de la muerte las mejillas de esta última, é inmóvil en su asiento, con las uñas aún clavadas en la madera, en balde pugnaba por vencer la paralización de su cuerpo, y llamar en su ayuda la voz, el movimiento y el hálito, para rechazar la funesta realización de sus terribles temores.

Una breve pausa habia seguido á las últimas frases del cajero; pero, pronto, interrumpida de nuevo, volvió á tomar la palabra, y á dirigirse con renovado ahinco á su oyente.

—¡Mi venganza! dijo, en la mano la tengo, y no es de perder la apetecida ocasion. ¿Piensa V., acaso, añadió con sardónica risa en medio de la ira que respiraba su agitada circulacion y el color encendido de su rostro, que como á un niño de escuela me tenía en su poder para hacer de mí lo que mejor le pareciera? ¿Piensa V. acaso que mis ojos eran ciegos y mis oidos sordos, y que no habia yo de ver ni oír lo que á mi alrededor pasaba? Un Argos en mi vigilancia, ni un momento me he descuidado; ni un ápice he perdido de lo que á mi vista ocurría; y lo que he visto y oído no me lo puede nadie negar. ¡La virtud! ¿Quién cree en ella? Era una bonita disculpa para rechazarme á mí. Era una bienaventurada guarida con que de-

fenderse de la despreciada pasion; pero, ¿dónde quedó esa virtud cuando otro más afortunado que yo pulsó la cuerda vibradora, y recogió dichoso lo que á mí se me negaba? ¡Y qué otro debia ser este que Gonzalo Figueras! ¡El sobrino de D. Álvaro Montoya: el gallardo y romántico doncel, que podia mejor que ningun otro halagar las imágenes ideales y exageradas ilusiones de la exaltada mente!... Vanos subterfugios, continuó siempre iracundo y sarcástico, los que á mis asedios oponia V., ¿de qué le han servido? ¿Cree V. que mis observaciones no habian de ser de peso alguno en la balanza de las aseveraciones de V.? ¿Que mi conocimiento del sexo habia de sufrir una modificacion; que mis arraigadas convicciones se habian de destruir sólo con un hálito de la voluntad de V.? Ni un momento he vacilado en mis creencias; ni un momento he creido en esa socorrida virtud de que tan bien sabe V. valerse; y, como le dije en otra ocasion, dijo, refiriéndose á la entrevista habida una noche en las habitaciones de los niños, es una quimera para mí: ni creo en ella, ni juzgué jamás que otra causa más que un prévio amor, le podia hacer aborrecible el mio.

La figura paralizada, que todo lo habia previsto, que para todo estaba preparada, á quien

nada de cuanto oía cogía de sorpresa, pero que, sin embargo, tan anonadada se mostraba al primer ataque de su desapiadado enemigo, pudo al fin encontrar la voz, el movimiento y el hálito que tan necesarios le eran, levantar la inclinada cabeza, soltar las contraídas manos del sofá, y contestar arrogante á la vil represalia del vengativo acusador.

—Es V. un infame, Francisco, dijo. Un vil calumniador; tan vil en acusarme á mí, como en la imputacion que á Gonzalo hace del delito de que tan inocente es como yo.

El cajero la interrumpió.

—Soy un infame, dijo repitiendo las palabras de la jóven; soy un vil calumniador, tan vil en acusarla á V., como en la imputacion que á Gonzalo hago del delito de que tan inocente es como V. misma... ¿Piensa V. bien lo que dice?... ¿y no sabe V. que esas palabras le echan tierra encima, y que ayudan á condenarla? Si no fuera por la íntima conviccion que abrigo de los dos cargos que hago, ¿cree V. que me atreveria á dirigir ni uno ni otro? Mal me conoce V., señora, si tal opina de mí, que tan al aire dirigiera mis tiros; y mala defensa busca en hacer de la de Gonzalo y la suya una misma causa.

Isabel se levantó del sofá.

—Hay ciertas ofensas, ciertos insultos, dijo con el propio tono de altivez impreso en sus últimas palabras, que no merecen ni respuesta ni atención. Ábrame V. las puertas, exclamó con indecible imperio, dirigiéndose á su carcelero, déjeme V. salir de aquí; y haga lo que mejor le parezca de sus villanas acusaciones, que ningun miedo le tengo, y Dios y mi conciencia saldrán á mi defensa.

Francisco parecia de piedra: ni se movia de su sitio.

—¿No me ha oido V.? prorumpió la joven.

—Es inútil, señora, irritarse de tal suerte y esperar otra cosa de lo que ya le he anunciado. Las puertas, como le dije á V. ántes, se han cerrado por el propio bien de V. é inútil toda gestion para destruir mis generosos intentos, de nada le habrán de servir cuantas instancias practique.

Isabel gimió interiormente y se dirigió al balcon.

El terror la volvía á dominar; é iba á asomarse á la calle para pedir auxilio á voces; pero, adivinada su intencion por el astuto Francisco, con la propia destreza que le habia cortado la retirada á su presentacion en el tocador, le impidió ahora la entrada en el balcon, interponiéndose para el efecto entre las puertas.

—¿Le incomoda á V. el sol? dijo con inaltera-

ble calma. Se me figuró al verla dirigirse al balcon. Ya está remediado, agregó entornando las puertas, y para mayor resguardo contra los imprudentes rayos, continuó acompañando la acción á la palabra, colocaré esta silla aquí junto á la puerta, y si no tiene V. inconveniente, añadió señalando á otra silla inmediata á la que tenía en la mano, en aquella sentada V. y en ésta yo, seguiremos nuestra interesante conversacion.

Isabel le obedeció maquinalmente; y, así, pasivamente, en su misma desesperacion entregada á merced de su verdugo, resumió el cajero el diálogo que será continuado en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO V.

—Nada quiero decir, prorumpió Cadenas, de lo que en el corazón de V. pasa; nada quiero decir de lo que en él he leído hace meses; que tan mal cuadraba con lo que sus labios afirmaron en aquella nunca olvidada noche en que tan inhumana se mostró. Harto importante sería, cuando las apariencias todas proclamaban el mal guardado secreto; y la defensa que de Gonzalo hace tan claramente ayuda á corroborarlo.

—Francisco, interpuso la jóven, no hay paciencia humana para tolerar semejante inmerecido lenguaje, y le prevengo á V. que no lo soporto.

—¿Y que hará V.?' preguntó el cajero.

—Dar cuenta á mi marido de los insultos que de V. he merecido, y exigirle que elija entre los dos.

Cadenas se echó á reir.

—¡Elegir entre los dos! ¿Y duda V. acaso en quién habrá de recaer la eleccion? ¡Ay de V., si tal paso da! Le dirá V., continuó más que nunca sarcástico y gozando en los martirios de la jóven, que la encontré á V. hermosa, que me atreví á amarla y á exigir su correspondencia; que fuí despreciado como un indigno perro, no por respeto al nombre de D. Álvaro Montoya y á los deberes de consorte, sino por efecto de otro previo amor cifrado en el romántico doncel, su propio sobrino á quien sacó de la nada; que le debe los respetos de padre; que depende por entero de él y que no halla medio mejor de pagarle sus beneficios que aspirar á la gloria de despojarle de su honra.

—Le diré á mi marido, prorumpió Isabel, que abriga en su casa el más malvado enemigo de su reposo, que avaro de robarle la prenda más querida para un hombre de honor, venga el castigo á su insolente y burlada audacia fraguando las más atroces calumnias. Le dire, prosiguió ya una vez lanzada á la arena y desafiando valerosa el poder de su contrario, que no contento ese malvado con su primer delito, osa manchar la pura reputacion que tanto deberia respetar; y, peor que todo eso, envolver á un inocente contra quien nada

debe tener, y que más bien por las más sagradas consideraciones mereceria de su parte el mayor miramiento. Le contaré todo, Francisco, áun cuando me exponga á las consecuencias de su enojo presentándole hasta las preubas mismas irrecusables de mi inocencia, en la parte tan eficaz que en el enlace de Gonzalo he representado...

—¿Por qué me lo recuerda V.? interrumpió el cajero de repente. No amo á mi hermana, como V. bien dice, ni pienso hacerme el interesante sobre este asunto; pero supone V. mal si me cree desprovisto del amor propio de familia que tan ultrajado debe sentirse, en lo que con mi hermana ha hecho. No hablemos de ello, señora. Me hierve la sangre de pensar cuán burlada ha sido la inocente credulidad de esa pobre niña, y, á no contenerme los miramientos por ella, ¿sabe Dios á dónde me hubiera llevado la justicia de mi resentimiento!

Fingió tan bien el oportuno sentimiento, se mostró tan perfecto en el carácter de ofendido, que por un momento se turbó Isabel y no supo cómo continuar.

Repúsose no obstante en seguida, y otra vez volvió á tomar la palabra.

—Le diré, Francisco, que para mejor servir

sus detestables fines, le pareció á V. preferible envolver en una misma ruina á la mujer y al sobrino lanzando contra ámbos las más bochornosas calumnias, y Dios, que protege siempre la causa de la inocencia, sabrá tocar el corazon de D. Álvaro y decidir por él en esta grave cuestion. Yo se lo prometo á V. y en la Providencia confio que no habrá de salirme burlada mi confianza. Defenderé mi causa y defenderé tambien la de Gonzalo. Mi voz se elevará para proclamar su inocencia, y mi voz prevalecerá sobre todas las de sus enemigos.

Brillaba tan radiante su hermosura al articular estas palabras, lucia su alma bajo tan noble y elevado carácter, que parecia algo más que humana.

Francisco la contempló deslumbrado; pero, vencida casi instantáneamente esta impresion, otra vez volvió á entregarse á sus deliberados y astutos intentos.

—Si la voz de V., dijo, proclama la engañosa y errada inocencia de Gonzalo, la mia, más fuerte, apoyada en las pruebas, sabrá refutar esa mal empleada intervencion; y si el valor de V. llega al extremo de contradecir los asertos de que tambien puedo presentar los más convincentes testimonios, no ménos triunfante quedaré en la una que en la otra cuestion. Niegue V. cuanto quiera,

es muy justo y natural: no existe ley alguna para forzar la confesion de la parte acusada. Pero le prevengo á V. que todos cuantos esfuerzos haga serán inútiles. Dios, ese Dios que con tanta confianza invoca, y de cuya intervencion espera salir vencedora en la empeñada lucha, ha decidido ya la victoria, indicando su brazo la existencia de las pruebas y colocándolas en mi mano, en mis ojos y en mis oidos!

Isabel se estremeció.

Sintió que los objetos todos que á su alrededor tenía se movian, que la habitacion se bamboleaba como á impulsos de un temblor de tierra, y que le faltaban ya las fuerzas para hacer el más mínimo movimiento.

Sintió que perdía la percepcion exacta de los objetos, que la figura del cajero tan pronto le parecía gigantesca como de proporciones pigmeas; que el sofá tomaba diferente forma, que el velador, las sillas y las flores padecian igual metamorfosis; pero aunque paralizadas sus fuerzas físicas, le quedaban, sin embargo, como nunca libres las funciones del entendimiento, y éstas se ocupaban en abarcar de un solo golpe de vista infinidad de abismos súbitamente abiertos á su alrededor, que cual los fantasmas engendrados en

la mente de un calenturiento, se preparaban á devorarla.

Francisco entre tanto habia continuado.

—El delito de Gonzalo se halla demasiado patente para que ni voz ni voto valgan en su defensa; y, como he dicho á V. ántes, aun cuando pudiera yo bien, si así lo quisiera, salvarle de las fatales consecuencias de su locura, me falta la voluntad de hacerlo; y más le digo, que si sobre sí toma V. el defenderle, sobre mí tomaré yo el divulgar las causas que para ello la mueven, ocultas aún para todos, y que por respeto al hombre contra quien nada tengo, y en cuya casa he medrado, me propongo callar, á no ser que las circunstancias me obliguen á lo contrario.

Sea dicho en honor de la verdad, y para comprobar el aserto de que no todos en este mundo son enteramente buenos, ni enteramente malos; jamás habia entrado en los planes de Cadenas el hacer recaer su venganza en el hombre á quien por tantos años sirviera, ni ocurridole por un instante el pensamiento de elevar á su severo tribunal la acusacion lanzada contra su mujer.

Es cierto que no teniendo nada en contra de él, como acababa de afirmar, y necesitando Francisco en toda ocasion de un móvil fuerte y justifi-

cador de cualquier extremo, no es sino comprensible el que dejase á D. Álvaro libre, en tanto cuanto se lo permitiesen las circunstancias, del azote de sus implacables pasiones.

Sin embargo, le tocaba una parte de sus efectos, y le tocaba quizás en la cuerda más sensible de su empedernido corazón; pero habia sido esto inevitable, y se consolaba de ello el cajero acogiéndose á la fuerza de la necesidad.

—¿Se acuerda V., dijo clavando sus indignos ojos en el rostro demudado de Isabel y saboreando las torturas que tan visibles eran, de la noche que velé á la cabecera de Gonzalo? Pues en la noche aquella se confirmaron por completo mis sospechas de lo que entre V. y él habia. En la noche aquella, los labios del mismo Gonzalo revelaron el mal guardado secreto. En el delirio de la calentura confesó su amor, y confundiendo las escenas presentes con las pasadas, la verdad por tan largo tiempo callada salió por entero á luz. Sus labios la proclamaron, mis oídos la recogieron, y la duda por completo pereció. Delator él mismo de lo que harto adivinado estaba, pero que aún requería una plena y confirmante prenda, al entregármela de tal suerte, firmó su sentencia y la de V. con ella. Fué sublime su delirio, añá-

dió con sonrisa mofadora, y las escenas que su imaginacion reprodujo, revestidas de tintes tan poéticos, veraces y exaltados, que no alcanzan mis pobres expresiones á hacerles la merecida justicia. Se creia en la presencia de V. adorándola, de rodillas, trasportado á la vida del paraiso... ¡Oh! fué grandioso el espectáculo, y sus reminiscencias han atormentado mi memoria desde entónces con tal constancia y empeño que jamás las he desechado de mí. Se refirió tambien á escenas más positivas y llenas de delicias; y sobre todo á una ocasion que tal vez tan impresa en la mente de V. como en la de él no habria necesidad de recordarle, pero que me place traerle á la memoria por si acaso duda V. aún del poder de mis palabras. Una vez sus brazos la estrecharon á V. contra el amante corazon, y, osado y delirante, no sólo se atrevió á esto, sino que libó gozoso la miel de esos ardientes labios. ¿Es falso, señora? Pruebe V. que no es verdad y me daré por vencido.

Cuidó bien Francisco de callar la primera parte de la funesta confesion de Gonzalo: cuidó bien de rehusarle á su víctima medio alguno de evadir el deliberado y bien dirigido ataque, y esperó en seguida la respuesta de la jóven.

Isabel se estaba ahogando.

Inocente, virtuosa y sublime sobre toda ponderacion, la anonadó sin embargo este terrible cargo, culpable de él en su propio corazon, y harto severa de conciencia para olvidar el éxtasis experimentado en los momentos aquellos.

Trató, no obstante, de articular algunas palabras justificadoras de su inocencia, tal vez en su nobleza impulsada á revelar la verdad: la mínima parte de culpa que le cabia, la lucha que padecia, los heróicos esfuerzos de su probada virtud, sus inmensos sacrificios, apelando á la generosidad de su enemigo para levantar el anatema de su venganza; pero debilitada y casi perdida su fuerza física, apénas con bastante vida para permanecer en su asiento y no caerse redonda al suelo, espiraron los acentos en sus labios, y, desvanecida la vista, embargados todos sus sentidos, como una muerta en la apariencia, miró á su verdugo, que aún no satisfecho, siguió impertérrito su ataque.

—¿Nada me contesta V.? exclamó éste ciego á la angustia de la jóven, y á su imposibilidad física de recusar la acusacion. ¿Prefiere V. el silencio? Permanezca V. en él. No me habré yo de oponer. Pláceme por el contrario, por dejarme en más ancha libertad de decir lo que aún me resta.

Acercó más su silla á la de Isabel, tomó el aire

de importancia que suele apropiarse el narrador de una historia al llegar á su pasaje más crítico, y de nuevo continuó:

—Desde aquella noche memorable á que me refiero, se redobló mi vigilancia. Poseía ya las pruebas irrefutables de la pasión de Gonzalo; abrigaba los más fundados recelos de la correspondencia de V. y me propuse adquirir la certeza. La suerte favoreció mi empresa, y no tardé en obtenerla. Una tarde leía V. con suma atención, sentada en este mismo balcón contra el que ahora me apoyo. Vila á V., desde la calle, y, despertada instintivamente mi aguzada curiosidad, diligente acudí á espiar la causa de su abstracción. Conocía ya tanto los pliegues y repliegues de la naturaleza de V., comprendía á tal extremo el significado de las oscilaciones de su seno, de las lágrimas que ví correr, en tanto que desde aquella puerta, dijo, señalando á la que le había dado entrada, espiaba su lectura, que poco más necesité para confirmar mi suposición. Lo hallé, sin embargo; y lo hallé en la falta de cautela de V. Salió V. del tocador, dejó el libro en que leía olvidado sobre la mesa, cogíle yo, lo devoré con los ojos, con el alma. Sentí que ardía en mis manos, y que el infierno entraba en mi pecho... ¡Eran las poesías de Gon-

zalo, y su cubierta bordada por manos de una mujer! ¡Maldita conviccion! prorumpió Francisco por completo entregado ahora á la violencia de sus pasiones, de una vez depuesto el sarcasmo con que hasta aquí tinturara sus discursos, y como una corriente impetuosa vertiendo sus palabras. No creyera jamás que á tal extremo llegara mi pasion; que los celos y el completo desengaño me hicieran por poco perder el juicio, y que tal cantidad de hiel entrara en mi alma contra los que osados se atrevian á frustrar mis deseos. Se lo previne á V. una vez, prosiguió sin tomar aliento, que grande, constante y empeñada, igual en grandeza, constancia y empeño al despreciado amor, habia de ser la venganza que á consecuencia de su desden ideaba tomar; se lo previne á V. una vez, aquella noche de imperecedera memoria, que de nunca vista ponzoña habian de ser los resultados de mi encono, y la suerte ha favorecido mi intento. ¿Qué mejor desahogo para la hiel que atesoro que descorrer el velo de la ilusion? ¿Qué mejor medio de venganza que afear la poesía del alma entusiasta, mostrar descolorido y cenagoso lo que todos los sueños de la mente realizaba? ¡Ay! prorumpió con la más profunda amargura; comprendo bien lo que debe ser el tesoro que con tanto afan codicié. ¡Comprendo

bien lo que debe ser el amor que se me negó á mí, y las infinitas torturas del corazon virginal al encontrarse engañado en sus ensueños ideales! ¿Hubiérame, si no, resignado, ó mejor dicho acogido con tanto afan á las armas de la casualidad? No: por ningun estilo. A haberla juzgado á V. semejante á las demás mujeres, á haber penetrado ménos en los ocultos misterios de su alma, en la naturaleza de su sér, otra hubiera sido mi venganza. Más visible, más grande en la apariencia, pero harto ménos dolorosa, que ni á cien leguas de distancia produjera los efectos que produce ésta. No me engañé al aceptar los favores de la suerte, no me engañé al pensar que ninguna amargura podia igualar á la del desengaño y la vergüenza. Por más que altiva la lengua rehuse admitir la verdad, el corazon ya la acepta; y el oprobio, el deshonor y la cárcel, zumban á gritos en esos aterrados oidos. La hora ha llegado y mi triunfo es seguro. Isabel, Isabel, prorumpió con aumentada violencia, levantándose al mismo tiempo de su asiento; no quisiste mi amor, que si le hubieras querido del mundo te hubiera hecho reina. Despreciaste mi ofrenda, la hollaste bajo tus piés, y con crueldad inaudita agregaste al desprecio el insulto; pero, exclamó entregándose al más rápido retroceso

presa de la más exaltada pasión, arrojándose á los piés de la jóven y abrazando sus rodillas, ¡aún estás en tiempo, ángel mio! Aún estás en tiempo de salvarnos á todos, de conseguir mi perdón, de revocar la sentencia de Gonzalo, de convertir mi infierno en un paraíso, y con una sola palabra. Perdona el mal que te he hecho, perdona mis locuras; de rodillas te lo imploro con la más profunda humildad, y el corazón contrito arrepentido de sus delitos, lleno de amor, de delirio é idolatría!...

A la galvánica sensación que produjo el contacto de aquellos brazos, el aliento abrasador de aquella boca, la mirada devoradora de aquellos ojos, el estremecimiento del arrodillado cuerpo, el frenético lenguaje que salía de aquellos labios, instantáneamente volvió en sí la anonadada Isabel.

¿Era una medrosa visión de su excitada mente, una conjuración de sus sentidos lo que delante tenía, ó efectivamente la realidad?

¿Francisco á sus piés, lleno de pasión y locura vertiendo el impetuoso torrente de su culpable amor?

¿Qué ha pasado entre ellos, para producir esta escena?

¿Es que ha soñado, ó sueña todavía?

¿Es que acobardada ante las amenazas de su verdugo, le ha otorgado *el derecho de ultrajarla* de este modo?

¿Es que la agonía de sus sufrimientos le roba la razón, y que lo que ve y oye, no es otra cosa más que los desvaríos de la demencia?

Un momento duró esto; un momento no más: lo bastante para reunir las esparcidas ideas y concretarlas en un punto.

Al siguiente, la noble altivez de la ultrajada virtud prestó alas y fuerzas sobrenaturales á la reanimada jóven. Levantándose de la silla con la velocidad del pensamiento, rechazó la presión de los brazos que aún enlazaban sus rodillas, y valerosa y denodada elevándose á toda su altura, lanzó sobre el humillado Francisco la más desdeñosa mirada.

Perfectamente comprendida esta respuesta, no necesitó de palabras con que apoyarla, y en ella reproducida casi por completo la escena de la playa, el profundo desprecio y la arrogante altivez... los propios sentimientos de entónces, aunque más aumentados por el doble castigo impuesto á su orgullo, tomaron la supremacía en el alma del cajero.

Levantóse del suelo con la propia presteza que

la jóven acababa de hacerlo de su asiento, la miró cara á cara sin pestañear, y, ciego de ira, como cuando hizo trizas el pañuelo y esparció los pedazos por la arena, aunque embozada su cólera bajo el manto del sarcasmo, le dirigió la palabra.

—¿Piensa V. acaso, dijo con mordaz sonrisa, que lo que acabo de hacer y decir me sale del corazón, y que dura aún en su prístina fuerza el amor que su desprecio mereció? Mucho se equivoca V., señora, en el valor que concede al ardid del actor, y lástima me causa la molestia que se toma de adoptar un carácter que tan innecesario es. Deponga V. su altivez: no hay motivo para sostener semejantes apariencias. El Francisco de ahora es otra cosa que el Francisco de antaño. El Francisco enamorado merecería tal vez ese desquite; pero el que sólo sabe ya aborrecer, dijo con chispeantes ojos, se hace superior á todo género de artificio, y desafía las armas mejor manejadas.

Entre tanto que esto escuchaba, se había ido por momentos extinguiendo la fuerza momentáneamente concedida á Isabel, y casi por completo perdida otra vez, ántes que acabara Francisco de hablar, apoyó su debilitado cuerpo contra las puertas del balcon, invocando la proteccion del cielo

para no perder la vida hasta prevalecer sobre las iniquidades de su enemigo.

—¡Antes que ese sol se ponga, continuó diciendo Cadenas, señalando al reflejo del astro luminoso, todo se habrá consumado; ántes que se retire para alumbrar otras regiones, dejará un rincón de éstas envuelto en tinieblas más oscuras que las que la noche trae consigo; y ántes que la luna se eleve en el negro horizonte, gemirá un preso más en la cárcel de Cádiz!

Articuladas estas palabras con imponentes acentos y tinturadas de cierto aire profético, se dirigió á la puerta por donde habia entrado y extrayendo de su bolsillo las llaves que se guardó algunos momentos ántes, tiró la una contra el suelo, y con la otra abrió las vidrieras de par en par con tal violencia, que no bien le dieron salida, se volvieron á cerrar con estrépito, confundiendo en su ruido el golpe pesado de un cuerpo que cayó dentro del mismo tocador.

CAPÍTULO VI.

Fuera que el aspecto delicioso de la naturaleza aquel día le infundía á Gonzalo cierta alegría de corazón, ó que más conforme con su suerte se mostraban sus pensamientos ménos penosos, es lo cierto que hacía tiempo que no se sentía tan dichoso.

Es verdad que hay momentos en la vida en que aún los seres más desgraciados se sacuden del pesar que les aflige,, en que el corazón más abrumado late con feliz existencia, en que las penas se olvidan, en que las más duras pruebas se hacen ligeras y fáciles de sobrellevar, en que los desencantos se borran de la memoria, en que duerme la inquietud, y, comunicada al espíritu la alegre y tranquila apariencia de la naturaleza, se aspira con placer exterior é interiormente la renovada vida que de ella se percibe.

A muchos acomete esta sensacion en una bella mañana de estío, cuando los sentidos se recrean en el verde brillante de las hojas, en el canto de las aves, en el susurro de los seres animados en los campos y en los bosques, unidos al perfume de las flores y á la cargazon de fruta en los árboles; á otros en las escenas brillantes de la vida, en el bullicio de las fiestas y en el torbellino de las diversiones; y al número más reducido, pero tal vez más privilegiado, en el reflejo de su virtud, en la satisfaccion de sí mismos, en ese benéfico estado de la tranquila y satisfecha conciencia, que hermosea todo, presta á las hojas verdura, á las aves armonía, á los campos voces de melodiosa dulzura, perfume á las flores, y encanto al mundo entero con el prisma de su propia felicidad!

Felicidad he dicho.

Es exagerada la frase en el caso presente; pero pase, sin embargo, porque apénas hay otra cosa con que reemplazarla; y en comparacion á lo que hasta aquí habia sufrido Gonzalo, el estado de su espíritu en este dia, que ajeno de lo que le esperaba á su vuelta á casa, descuidado atravesaba las calles, justifica la asercion.

Avanzada ya la hora, y evacuado ya el negocio que á la calle le llevara, volvia el jóven á la man-

sion de su tio en ese feliz estado de espíritu que acabamos de ver.

—Nunca te he amado como esta noche; porque nunca he confiado tanto en tu amor, habian sido las palabras del lirio blanco la noche anterior al despedirse de su amante.

—Es todo tuyo, ángel mio, le habia contestado Gonzalo, besando la cabeza inclinada sobre su hombro; te amo con todo mi corazon.

—¡Oh! sí; ya creo que la amo, se decia á sí mismo el jóven el dia que siguió á la noche aquella, recordando con placer la dicha escena: no con el amor que hubiera podido concederle á otra, pero tal cual si mi hija fuera y me inspirase el más sagrado y tierno afecto. Soy dichoso, sin embargo. Recuerdo lo que podia haber sido de mí, de todos nosotros á estas horas á no haber hallado mi locura freno, y bendigo la sentencia que me fué impuesta. He obrado bien. He satisfecho los deberes que tan á punto estaba de quebrantar. La tranquilidad de mi conciencia me basta en galardón, y la satisfaccion de mí mismo aligera mi corazon cual si no existiera en el mundo mayor felicidad de la que ahora disfruto. ¡Qué cielo tan azul! Ni una nube oscurece el horizonte. Brillante el sol, extiende orgulloso sus generosos rayos. Se esparce

el alma al contemplarlos. Adquiere la vida nuevo jugo; se agita dichoso en el cuerpo, y late el corazón con feliz existencia! ¡Soy dichoso, muy dichoso; como nunca creí lo llegaría á ser... desde anoche acá!...

Habia algo en su fisonomía tan análogo á los pensamientos de su mente al entregarse á este soliloquio; algo tan noble, tan puro y de tan elevado carácter impreso en la serena frente, en los tranquilos ojos, en la plácida sonrisa, que los que le encontraron aquel día en su tránsito por las calles atesoraron por largo tiempo el recuerdo de su expresión.

Saciado el sol de lo que habia visto en la mansion de D. Álvaro Montoya, mal pagado de su curiosidad en las negras y cargadas sombras de los cuadros que en vano hubieran tratado sus rayos de distribuir mejor, se habia ya retirado de su espionaje al tiempo de penetrar el sobrino bajo el techo de su tío.

Puesto el pié en el umbral, reparó el jóven al punto que el portero, de quien hasta aquí recibiera el más rendido homenaje, le miraba de reojo como si extrañara su comparecimiento, y no le fuera del todo grato concederle las muestras de respeto consiguientes á sus relativas posiciones.

Pasólo sin embargo por alto, y siguió su camino al escritorio.

Sentados otra vez los autómatas en sus puestos respectivos, y aparentemente restablecidos por completo en su estado normal, como los dejó algunas horas ántes los volvió á encontrar Gonzalo, clavados en sus bancos con las plumas en las manos.

Llamóle, no obstante, la atencion cierto murmullo que á su presentacion corrió entre ellos, y sobre todo las significativas miradas del autómata número dos, que tan pronto fijas en él como en el departamento de Francisco Cadenas, donde se hacian visibles varios bultos, parecian quererle indicar algo de importancia, que en balde trataba Gonzalo de descifrar; pero, nada alarmado por esto, aumentó solamente la celeridad de sus movimientos, que presurosos, llevándole á la barandilla divisoria, le hicieron de la misma manera penetrar en su interior donde le esperaba una horrible escena.

Media docena de personas ocupaban el departamento del cajero: D. Álvaro Montoya, arrellanado en un sillón con las piernas cruzadas, los brazos doblados sobre el pecho, y el rostro tan impasible en su dureza é implacabilidad, que pa-

recia de piedra, burlesca imitacion de algun mal ejecutado Junio Bruto; Francisco Cadenas sentado á su izquierda atento á lo que á su alrededor ocurría, con cierto aire de tristeza ó desconsuelo admirablemente estampado en su semblante; y á la derecha del comerciante, un desconocido ocupado en dictar lo que otro personaje á su izquierda escribía, en tanto que dos personas de condicion inferior, aparentemente subordinados del que dirigía la maniobra, completaban el grupo.

Este era el cuadro que ante los ojos de Gonzalo se presentó, y algo imponente por la gravedad de aspecto de los que lo componian, quedóse el jóven parado por algunos segundos en el umbral de la puerta dudando si entrar, en tanto que llegaba á sus oídos el siguiente discurso pronunciado por D. Álvaro, con la pompa y majestad características de las circunstancias de empeño que tan conocidas le eran á Gonzalo, y cuyos efectos, como todos los que rodeaban á Montoya, habia aprendido á temer.

—He dicho, señores; fueron las palabras del comerciante, dirigiéndose simultáneamente al desconocido que dictaba y al que escribía, que la justicia bien administrada debe empezar por uno mismo, y que por consiguiente, como nadie, re-

suelto á hacer patente la imparcialidad y firmeza de carácter que me distinguen, sobre mí mismo, en un sentido figurado, si V.V. quieren, agregó entre paréntesis, pienso hacer el más grande escarmiento.

El alguacil lo miró con disimulo un tanto cuanto confuso; sin duda un poco confundido acerca del verdadero sentido de la metáfora empleada por el comerciante; y los que dictaban y el que escribía, suspendieron por un momento sus ocupaciones, maravillados igualmente de lo que oían, por no tener en su profesion de juez y escribano la mejor opinion de la especie humana, ni alcanzar que en el siglo que corria, pudieran reproducirse los ejemplos consignados en la historia.

—Mi sobrino... prosiguió el magnánimo Montoya, tomando aliento para emprender de nuevo su discurso.

Gonzalo lo interrumpió.

—¿Qué quiere V. conmigo? exclamó adelantándose al improvisado tribunal.

D. Álvaro lo contempló con espanto, y el juez y el escribano á una, clavando los ojos en él como otras tantas saetas, mostraron no ménos sorpresa en sus alterados semblantes.

—¡Él mismo se ha presentado! prorumpió el juez dirigiéndose á Montoya.

—Lo que yo decia, contestó D. Álvaro con satisfecho orgullo. La audacia no conoce género de temor; y sabía yo tambien lo que mi sobrino era, al medir el extremo de su osadía.

—Pero tio, ¿qué quiere decir esto? ¿Qué significa ese lenguaje? preguntó Gonzalo sin saber lo que por él pasaba ni poderse dar cuenta de si era un sueño lo que veia y oia, ó efectivamente la realidad.

D. Álvaro le miró entónces con tan profunda indignacion, que hizo ir en aumento la confusion del jóven.

—Señores, dijo, rompiendo el silencio. Siga la ley sus trámites, y ante todas cosas, asegúrese la persona del reo.

—Hágase lo que el señor dispone, repuso el juez, levantándose de su asiento y dirigiéndose á los celadores que obedientes á la consigna, se aprestaron á obedecerle.

Aproximáronse á Gonzalo, en tanto que mirando éste á su tio lleno de ira y despecho, de esta suerte se expresó:

—Lo que aquí pasa, lo que existe en contra mia y las causas que se mueven para el trato que experimento, me trastornan el juicio; pero, sea

cual fuere el móvil misterioso de lo que veo y oigo, sepa V., señor, dijo encarándose con D. Álvaro, y V.V. todos, señores, añadió volviéndose al juez, al escribano y á sus subordinados, que no hay necesidad de poner en práctica fuerza alguna material en tanto que yo sólo lucho contra tantos conjurados.

Reflexionólo bien Gonzalo y aun cuando á decir verdad fué su primer impulso acometer á los agentes de la justicia, y oponer la mayor resistencia, conoció su ineficacia y lo arriesgado de provocar mayores extremos.

Todos los celadores echaron una mirada á su jefe; y éste, haciéndoles señas de retirarse, se dirigió al jóven.

—En nombre de la justicia, le prendo; y ya, dijo con solemnidad, bajo la accion de la ley, cualquiera tentativa de evasion habrá de ser severamente castigada.

Gonzalo seguia en su estado de confusion.

—Pero, ¿es qué sueño? preguntó como sonámbulo; ¿ó es efectivamente cierto lo que me está pasando? ¡Yo preso! ¡yo preso! repitió. ¿Y por qué? Díganme el por qué, señores, prorumpió con instancia, apelando alternativamente á todos los circunstantes.

Cadenas tomó á su cargo el contestarle, y le impuso brevemente de lo que en su contra existia, lleno aparentemente del más hondo pesar al hacerlo, y colmó de espanto al inocente jóven, que, anonadado bajo el peso del terrible cargo, se quedó por algunos segundos como privado de sentido.

—¡Yo ladron! exclamó al fin.

—Y ladron doméstico, repitió su tio, dando con el puño en la mesa que tenía delante. Grandísimo tunante. Hipócrita embustero.

—¡Yo ladron! volvió á decir el acusado con los acentos más amargos, toda la sangre de su cuerpo subiéndosele á la cabeza y casi impidiéndole la articulacion. ¿Dónde está el calumniador? prorumpió lleno de ira. ¿Dónde el que ha osado levantarme tan falso testimonio, para arrancarle ahora mismo la infame lengua, y pisotear bajo mis piés su indigno cuerpo? Tio, exclamó tratando de dominar su violenta excitacion, y demostrarse lo más sereno posible; estoy inocente de tan bochornoso delito, y por ese Dios que me oye, le juro una y mil veces que lo que digo es verdad.

—Silencio, blasfemo, gritó la voz de estentor del comerciante.

—Francisco, Francisco Cadenas, exclamó el jó-

ven desentendiéndose del mandato de su tío, y apelando á la generosidad del cajero; V. que me conoce mejor que nadie; V. que tan amigo mio ha sido hasta aquí y que tantos motivos tiene para defenderme, haga V. valer su voz, ya que la mia es inútil para proclamar la verdad; y dígale V. á mi tío cuánto me ofende con su injuriosa sospecha.

—¡Sospecha! interrumpió Montoya, dando otra vez con el puño en la mesa, certeza, seguridad, pruebas irresistibles que ninguna duda admiten, y que es en vano el tratar de recusar. ¿Qué has hecho de los billetes, gran bribon? ¿Qué has hecho de los billetes que tenías en la gaveta? Dí; aún estás en tiempo si los restituyes íntegros, no de salvarte, pero sí de aminorar tu condena, y es locura persistir en tu fingimiento. Confiesa de una vez la verdad y algo conseguirás.

El juez apoyó este consejo, el escribano metió también su cuarto á espadas, y el mismo Francisco expresó su opinion de que nada podia mejor convenirle al reo que entregarse á la misericordia de D. Álvaro, y ofrecer lo que pudiera en atenuacion de su delito.

—¡Yo confesar el crimen de que estoy inocente! fué la contestacion del jóven, doblemente indignado que ántes, tan pronto lívido como rojo su

alterado semblante. Lo mismo digo ahora que he dicho hace un momento, y que diré hasta el último día de mi vida; que estoy inocente y que juro por ese Dios que nos oye que lo que digo es verdad. Algo sentirán V.V. algun día, añadió dirigiéndose á todos los presentes, pero con especialidad á su tío y al cajero, la sospecha que contra mí abrigan. Algo sentirá V. más que nadie, dijo fijándose en el penúltimo, lo que hace con su propia sangre, cuyo honor tan sagrado le debia ser como el suyo... ¡Yo robar, yo que durante cuatro años en medio de las más grandes tentaciones conservé ilesa la honra que ahora se atreven así á insultar!

—¿Te ibas á casar entónces? preguntó Montoya con un sarcasmo que hubiera hecho honor al mismo Francisco Cadenas. ¿Ibas á engañar á tu tío y á contraer obligaciones que te era imposible sostener?

Gonzalo se quedó petrificado.

Cayósele el sombrero de las manos, enrojéronsele las mejillas y no acertó á decir palabra.

Comprendió las dificultades de la posición en que se veía colocado, la imposibilidad de zanjar de una vez las enredadas complicaciones envueltas en tan grande misterio y la bien urdida calum-

nia (no podia ser otra cosa) que tan en contra suya hablaba.

Alguien le queria mal á no dudarle, y se habia propuesto perderle; ó su tio estaba loco y los que le rodeaban eran víctimas de su aberracion.

Sin embargo, no era sino natural hacer cuantos esfuerzos existieran, por rechazar tamaña injusticia. Sacándole ese impulso de su anonadamiento, con la noble y convincente elocuencia de la verdad de nuevo protestó su inocencia, confundido no obstante su lenguaje por los vituperios que le dirigia su tio, las intervenciones de los representantes de la ley, referentes á la parte que les correspondia apropiarse, y la confusion consiguiente al deseo de todos de hacerse oir.

—Yo no he robado: yo estoy inocente, habia dicho Gonzalo en conclusion despues de haber apurado toda la fuerza de su veracidad.

El jóven prosiguió dirigiéndose á su tio.

—Veo que hasta cierto punto le han informado á V. bien de mis acciones, y fuera por lo tanto inútil é indigno el continuar engañándole.

—Que conste esta asercion, exclamó Montoya.

—Es cierto que me caso, prorumpió Gonzalo con cierta altivez, con la hermana del señor, añadió señalando á Francisco Cadenas, que aparentemente

entregado á su favor se deshacia en señas para hacerle callar; y lo que es más, ni todas las sospechas del mundo, ni todas las calumnias y acusaciones, habrán de hacerme desistir de mi intento.

—Oíganle, prorumpió Montoya. ¡El deslenguado atrevido!

—Me caso, replicó el jóven, pero ántes para siempre me separo de V. La injuria que hoy me hace no puede jamás olvidarse; rompe todo género de consideraciones, y eleva una barrera inexpugnable entre los dos. Esos billetes, dijo en aclaracion de los hechos, los ví yo mismo hace cuarenta y ocho horas dentro de la gaveta entregada á mi cuidado; y lo que de ellos ha sido despues lo ignoro lo mismo que todos V.V.

El juez preguntó si existia otra llave además de la propia, que pudiera hacer á la dicha gaveta.

D. Álvaro contestó negativamente, presentando al mismo tiempo la que tres horas ántes recibiera de Gonzalo, y que tenía tan extraña configuracion que no era fácil hallara compañera.

—Esta llave, dijo entregándosela al juez, jamás se separa del poder de mi sobrino, á no ser para pasar al mio, y, como no es muy factible que me robe yo á mí mismo, entre mi sobrino y yo, es más que probable que sea él el ladron.

El juez, naturalmente acostumbrado á escenas de esta clase, y no muy dado á abogar por la excelencia de la humanidad, habia desde el principio aceptado la criminalidad de Gonzalo, que las plagiadas defensas empleadas de continuo por los acusados, habíalas ya llegado á escuchar con la propia sorpresa é interés manifestados por un amortajador en el ejercicio de su profesion; y nada conmovido, pues, de las protestas del reo, rióse de la chanza de Montoya, y acto continuo, con la indiferencia consiguiente al hábito, procedió á activar el negocio prestando lo apremiante del tiempo.

—Es verdad que el dia avanza, dijo D. Álvaro en apoyo de la vivacidad del juez; y cuanto ántes se quite esto de en medio es mejor.

—Pero tío, exclamó el jóven, apelando en sus acentos y en la expresion de su semblante, más que en sus palabras, á aquel hombre sin entrañas que tan desapiadadamente le juzgaba; ¿es posible que haga V. esto conmigo? ¿Es posible que no haya V. encontrado otra persona en quien fijar sus sospechas más que en su propio sobrino?

—Quién tiene el cuidado de la gaveta? replicó el comerciante. ¿Quién guardaba la llave? y ¿quien entre todos los presentes sin un cuarto con qué

contar, va á contraer obligaciones que no puede sostener, desafiando al propio tiempo la voluntad, la opinion, el mandato, que tan sagrado debia serle?... y ¿quién que lo uno hace, no es capaz de hacer lo otro?

. Gonzalo no dejó á su tio sin respuesta.

—He obrado muy mal, es cierto, dijo en atenuacion de su única falta haciendo la más ámplia y generosa confesion. Nadie mejor que yo puede conocer lo indignado que deberá V. sentirse contra el que á tal punto ha osado, como V. bien dice, desafiar la opinion, la voluntad y hasta el mandato que tan sagrado debia serle. Pero hay circunstancias atenuantes en esta falta. Refresque V. su memoria un poco, dijo con renovada instancia, y evoque de entre sus recuerdos el de un dia en que fué V. visitado por un antiguo conocido para contarle cierta historia referente á lo que tan severamente condena, y seguro estoy de que ese recuerdo habrá de abogar con empeño por la clemencia que tan desapiadadamente me niega.

Gonzalo se detuvo.

La presencia de testigos, y sobre todo la perspicaz mirada de Francisco, le cohibia expresarse con más claridad.

Bastaba, sin embargo, lo que habia dicho para refrescar la memoria de D. Álvaro, y no sólo resucitar el recuerdo deseado, sino juntamente los nunca extinguidos sentimientos antiguos, que, ganando la supremacía, ensordecieron todo otro sonido en su corazon de piedra, tan poco dado á responder á otras vibraciones que á las del egoismo.

Mirábale, en tanto, el jóven agitado por la esperanza de haber pulsado alguna cuerda sensible que no tardaria en responderle; pero, harto amaestrado en el conocimiento del que delante tenía, y acostumbrado á leer en caractéres de hierro impresa la sentencia del severo juez, si bien pudo engañarle por un breve instante el silencio de Montoya, y dar pábulo á la ilusion de su esperanza, no tardó en convencerse de la inutilidad de medir por medida alguna los sentimientos del que tan desprovistos de ellos se hallaba.

Una corta pausa habia seguido á las últimas palabras del sobrino, y se disponia el juez á romper el silencio, sin duda con el objeto de activar las diligencias judiciarias, cuando otra vez llenó el departamento con sus bien sentidas razones la sonora voz de Gonzalo, dirigiéndose como ántes á su tio.

—El porqué del silencio que he guardado, nadie podrá mejor que V. comprenderlo en su extension cuando V. y cualquiera que se hubiera hallado en mi crítica situacion, hubiera hecho lo que yo he hecho. Hay circunstancias en la vida á que es imposible resistirse, y el que es hombre de honor no puede dejar de someterse á ellas; pero nada ligada la falta producida por esta serie de circunstancias con la que se me echa en cara, le prevengo á V. que si bien admito las reconven- ciones por la una, rechazo con la mayor indigna- cion la acusacion de la otra. Ignoro quién pueda ser el delator que se complace en atribularme de este modo; ignoro las causas que le puedan mover para asestar tan malvados ataques, y duéleme como no tengo palabras para expresarlo, que aún ántes de haberme oido haya V. aceptado mi des- honra sin concederme una palabra de explicacion. Duéleme de tal modo, repuso conmovido, que no es fácil se borre jamás de mi recuerdo, ni tienden mis palabras á otro fin, que á satisfacer mi propia conciencia; de ninguna manera, agregó con orgullo, á conquistar el favor de V. Se lo he dicho á V. ántes, y lo repito ahora, que la injusticia que hoy me hace V. no puede jamás olvidarse, y eleva para siempre una inexpugnable barrera entre los

dos. Me caso, sí, repitió, me caso; pero ántes me separo del lado de V. para arrostrar con gusto las propias miserias que experimenté cuatro años há, doblemente penosas ahora por las sagradas obligaciones que voy á contraer, ántes que comer un bocado más del pan que tan amargo es.

Articuladas estas palabras volviöse con la propia altivez que se habia expresado al juez:

—Ahora, dijo, cumpla V. con su deber. Estoy á sus órdenes. He dicho cuanto tenía que decir. El tiempo de más que permanezca bajo este techo me pesa cual si cada minuto fuera una arroba de plomo que me cayera encima, y á la justicia me entrego gustoso, no porque me resigno á lo que de esa justicia reciba, sino porque de ella espero sacar brillante como el bruñido acero mi atacada reputacion. A ella me acojo, señores, porque la ley no habrá de condenar á un inocente sin más cargos que una pobre causa nada influyente en el tribunal desapasionado de la justicia y la razon; y su dictámen anhelo porque él no podrá ménos de confundir á mis enemigos. Por lo tanto, exclamó con noble entereza volviéndose al juez y á los demás, marchemos cuanto ántes adonde sea del agrado de V.V. llevarme.

Plantóse delante de la puerta de la barandilla;

y, como nunca arrogante su figura, radiante de orgullo y confianza en el triunfo que le esperaba, aguardó impaciente la deseada orden.

Entre tanto conversaban en baja voz D. Álvaro Francisco y el juez (algunas veces no tan baja que no llegaran algunas frases sueltas á los oídos del acusado) y, acalorado en extremo el diálogo, conoció Gonzalo su objeto.

No le sorprendió, pues, la determinación del juez, extrañando que ántes de aquel momento no se hubiera llevado á efecto la importante medida que del diálogo resultó, y seguro de no reportar sino beneficios de su ejecución, con su alma toda se prestó á ella.

Era del caso reconocer los papeles todos existentes en poder del acusado (requisito indispensable con el que no se había aún cumplido), y para el efecto, exigiéndosele á Gonzalo la entrega de sus llaves, se procedió acto continuo á hacer el reconocimiento.

Dispúsose que el preso quedara bajo la custodia de los celadores y Francisco Cadenas, en tanto que el juez y el escribano, acompañados por D. Álvaro, acudían á las habitaciones del jóven, y conformes todos con estas disposiciones, ninguno, sin embargo, como Gonzalo las celebró.

Quedábase solo con Francisco Cadenas ; trataria de sondearlo y sacar lo que de su tio no habia podido; apelaria á sus relativas posiciones casi de hermanos para interesarle en su favor é inducirle á abrazar su causa; y seguro de no apelar en vano al carácter regenerado del cajero, con fe completa y confianza sincera, abrió la conferencia indiferente á la presencia de los celadores, que aparentemente atentos sólo á su obligacion de vigilar los movimientos personales del preso, para nada se cuidaban de los desahogos de su espíritu.

Animado á hacer los más grandes esfuerzos, y consentido por su regenerada opinion de Francisco, á esperar todo de él, ningun recurso quedó sin apurar, ninguna cuerda sin vibrar ni punto alguno olvidado para vigorizar su causa...

Era preciso tener el corazon cubierto con una plancha de hierro para no sentirlo latir ante la fuerza, la fe y sinceridad de estas apelaciones: era preciso ser Francisco Cadenas, el que jamás deponia la cota de malla en que se envolvia, para que ni por un momento conmoviera su alma.

Gonzalo lo comprendió al fin.

Fué un momento cruel aquel en que la venda cayó de sus ojos, en que como una sombra vió desvanecerse el áncora de su esperanza y se en-

contró solo, *enteramente solo en su inmerecida* desgracia.

Francisco le compadecia, generoso le prestaba el bálsamo de su simpatía; pero juntamente con D. Álvaro, tenaz le condenaba.

Lo comprendió así Gonzalo; y el actor consumó su papel.

Fué un desengaño inesperado en medio de todo, y el ángel de la Recordacion que lo consigna todo en su sagrado libro, dejó escrito que una lágrima corrió por las mejillas del jóven, y el desaliento entró en su corazon.

Sin embargo, le ofrecia el cajero una esperanza de salvacion en la falta de pruebas, y, alentado su atribulado espíritu con esta confianza, más tranquilo se sometió á lo que de él dispusiera la suerte.

Desengañado al propio tiempo por entero de conseguir el favor de su futuro hermano, y lleno de gratitud por las muestras de interés y compasion que le impedian entregarse al despecho y á la indignacion, dejóse caer exánime sobre una silla resuelto á no poner ya más de su parte, á no volver á dirigir á nadie la palabra y á entregarse sin más resistencia á lo que el destino quisiera; y en este estado de desesperacion pasó el resto del tiempo que duró la ausencia de su tio y sus acompañantes.



CAPÍTULO VII.

Desistió Francisco de su empeño de ofrecer al preso su simpatía, en vista del obstinado silencio que se impuso; y, cansado al fin de las vanas tentativas para hacerle salir de este estado, dejó el pleito de la mano y pasó al escritorio particular de D. Álvaro, á esperar allí la vuelta de éste, solazándose entre tanto con las imágenes placenteras sugeridas por su halagada mente, á impulsos del triunfo de sus excitadas pasiones.

Sentóse en el propio asiento tantas veces ocupado por su principal, cerró los ojos y el entendimiento á la contemplacion de los objetos exteriores, y entregándose por entero al dominio de sus pensamientos, se dejó llevar en alas de su imaginacion, hasta ese estado de embriaguez que perturba los sentidos y confunde áun las ideas más claras.

Repúsose, sin embargo, en breve, y, puesta una mano en el respaldo de la silla, en que sentado algunos momentos ántes habia formulado su acusacion; se acordó complacido de la sorpresa, el espanto, la ira y la sed de venganza despertadas simultáneamente por la inesperada revelacion en el espíritu de D. Álvaro Montoya.

Así lo habia él esperado, pero tal vez sobrepujadas sus mismas esperanzas, al recibir del burlado comerciante la órden de entregar al acusado sin clemencia á la justicia exigiendo de esta justicia el más severo de sus castigos; pero sea dicho en honor de la verdad, ejecutó su mision trémulo y agitado, cual si en ella efectuara el más horrendo de los crímenes.

La ejecutó no obstante oficioso y sin pérdida de tiempo, é instantáneamente puestas en requisicion las armas de la ley, se ha visto bien con cuánta actividad se practicaban las consiguientes diligencias.

Admitida, y sin apelacion, la culpabilidad del sobrino, apoyada en la fundada historia de su propleto y oculto enlace, y en la estrechez de sus circunstancias para atender á las obligaciones de su futuro estado, se hacía demasiado patente el delito para alimentar la menor duda.

Francisco (estas fueron sus palabras) cumplia con una deuda de honor al hacer esta revelacion dolorosa; le incumbia sobreponer á sus propios sentimientos los de su jefe, á cuyo interés tan entregado estaba, y aun cuando perdiera en el cambio á un amigo y á una hermana, importábale poco el sacrificar estos caros objetos ante el altar del honor y las consideraciones del deber.

Le habian engañado á él tambien; le habian hecho víctima como á D. Álvaro de sus ocultos amores: pero ni por asomo guiado por un espíritu de venganza ó resentimiento, su único móvil procedia del noble deseo de salvar á tantos inocentes (aludiendo á los autómatas) injustamente acusados y satisfacer la burlada confianza de su principal.

Descubiertas al propio tiempo ambas faltas, la primera origen de la segunda, revelada por su propia madre, y la otra descubierta por cierto instinto preventivo y los favores de la casualidad, ambas á dos le habia tocado divulgar para hacer la tarea doblemente dolorosa, y centuplicar el mérito de su sacrificio.

Habia visto cometer la segunda falta, y por eso sólo habia creído. A no ser así, jamás, por grandes que hubieran sido sus sospechas, hubiera osado su labio proclamarlas.

Sí, se lo pedia á Dios con todo su corazon: y necesitó bien D. Álvaro prestarle el ánimo que tenía tan de sobra, para que Francisco no sucumbiera al pesar que le afligia.

Habia presenciado el robo y oido palabras sueltas del iluso jóven al cometerlo, dichas para sí, alusivas á la desleal accion, y porque así habia sido, porque sus ojos lo habian visto y sus oidos lo habian oido, por eso lo creia!

La justicia aclararia lo que faltaba al pié de la acusacion: supliria las faltas que pudiera haber cometido el acusador, y á ella por completo fiado D. Álvaro Montoya, de su perspicacia esperaba la completa aclaracion de los hechos.

Sacaria á relucir más tarde el nombre de Francisco Cadenas revestido de otro carácter del que hasta aquí se le presentara á Gonzalo: cubierto de tintes tan negros y medrosos que otra vez le reconoceria como el fantasma de su imaginacion juvenil: que vendria á apoyar su acusacion y á verter su falso testimonio, con lo cual saldria firmada la sentencia de Gonzalo Figueras.

Todavía no habia llegado el momento oportuno; todavía podia Francisco ostentar su fingida simpatía, demasiado cobarde para entregarse á lo que en su pecho habia hasta tener á su presa segura;

todavía bastaba el informe de D. Álvaro para los preliminares de la justicia, y harto satisfecho el nuevo Junio Bruto de su magnánima heroicidad, rehuía compartir con otro la gloria de sus laureles.

En todo esto pensaba Francisco, en tanto que apoyado en el respaldo de la silla reproducía su mente las complicadas escenas de aquel día, y, unidos á estos pensamientos una imágen blanca, aérea, vaporosa, de continuo taladrando sus sentidos, parábase de vez en cuando en sus meditaciones para contemplar en el espejo de su imaginacion cierta sonrisa de agonía, cierta sonrisa cadavérica, cierta ahogada articulacion á que siguió un golpe fuerte en el suelo, que confundido con el ruido de unas vidrieras al cerrarse, retumbó en su corazon con eco prolongado.

La voz de D. Álvaro le distrajo al fin de esta confusion de ideas, y entrando presuroso otra vez en su propio departamento, llegó á tiempo de presenciar la reaparicion de su jefe acompañado del juez y del escribano.

Nada absolutamente de importancia habia sido hallado en las habitaciones del acusado; sus muebles todos habian sufrido el más riguroso exámen; pero, inútiles hasta aquí las pesquisas, restaba ya

solamente el reconocimiento de su carpeta para dar fin á la debida formalidad.

Sentado Gonzalo, sumergido en la ceñuda desesperacion que le acometió desde el momento de perder toda esperanza de salvacion, entregóse pasivamente al exámen que deberia atestiguar; y, permaneciendo inalterable en tanto que rodeado el juez de todos los circunstantes abria su carpeta y revisaba sus papeles con la más minuciosa detencion, vertiendo de vez en cuando diferentes opiniones y pareceres, segun la naturaleza de los diversos artículos que se presentaban... todo parecia ménos el cuerpo del delito.

—Busquen por todas partes, decia D. Álvaro activando solícito la operacion; que nada se pase por alto.

—Será un bien para todos, agregó Francisco Cadenas, siempre desconsolado y lleno de simpatía, que nada quede sin reconocer, porque ello no podrá ménos que refluir en ventaja del acusado.

—Papeles insignificantes, decia el escribano. Cartas particulares, nada en este cajon. Absolutamente nada en aquél. Aquí plumas. Allí obleas. Pero ¿qué es esto? exclamó de repente sumergiendo una mano en uno de los cajoncitos laterales de la carpeta. Un agarrador oculto en las

profundidades del hueco. Tate. Secreto tenemos.

—Se me había olvidado advertirlo, interrumpió Montoya con presteza.

Un cajoncito de dimensiones reducidas apareció á la vista de los espectadores, y una exclamacion general de sorpresa y reprobacion resonó en el departamento.

—¡Los billetes! prorumpió D. Álvaro, casi con un grito.

—En el cajoncito secreto, enrollados como V. los dejó, dijo Francisco, aturdido como nadie del descubrimiento.

D. Álvaro le miró estupefacto; volvióse por último á su sobrino, que absorto permanecia clavado en su sitio, con los ojos abiertos, espantados, fijos en el suelo, indiferente igualmente á esta mirada implacable, como á todas las demás que se fijaban en él.

Fácilmente vueltas las tablas del favor popular, los mismos autómatas que hasta aquí hubieran dado las vidas por Gonzalo, unánimes ahora en los propios sentimientos de indignacion despertados en los demás, rehuyeron de una vez su simpatía, é implacables tambien manifestando sin rebozo la impresion que recibieran, contribuyeron no poco á aumentar la angustia del acusado.

Cohibidos, para ostentar abiertamente estos sentimientos; circunscritos al reducido espacio de terreno ocupado por sus bancos; privados como de costumbre de entregarse con libertad á ninguna de sus sensaciones, dejaron, sin embargo, ver lo que por ellos pasaba en la expresion de sus semblantes y en el susurro que en coro se unió á las exclamaciones de los demás.

Distinguible este arranque espontáneo por entre el ruido de las voces, y de un efecto eléctrico en los oido del anonadado Gonzalo, en cuyo corazon, más que en ningun sentido exterior, resonó con la fuerza de una detonacion, ó mejor expresado, con el desagrado de la rozadura de una sierra contra el acero, estremeciéronse las fibras todas de su cuerpo, y en movimiento se puso su coagulada sangre.

Levantó la inclinada cabeza, reconcentró su extraviada vista, y llevándola en direccion de sus reprobadores compañeros, los contempló con igual dolor que el espirante Julio César contemplara al ingrato Marco Bruto.

Las palabras le faltaron, pero el espíritu se asentó con tal fuerza de magnetismo en su expresiva mirada, que los autómatas, si no convertidos por su influencia, abochornados bajaron los

ojos, y no los volvieron á levantar por largo rato.

Entre tanto, apoderado Montoya de los billetes, los revisaba lleno de complacencia, y, pareciéndole que ninguna pena podia por lo tanto convenir mejor al criminal que la que á cierto rey de Frigia fué impuesta por haber dado á comer á los dioses la tierna carne de su propio hijo, pasábase los por delante, invitándole á apoderarse de ellos, pero cuidando bien al mismo tiempo de estar en guardia, y de acompañar este castigo de frases adecuadas á las circunstancias del caso.

—¿Querrás hacerme creer todavía que estás inocente, que nada sabes de lo que pasa? ¿que es una calumnia la que te han levantado, y que eres víctima de algun enemigo oculto? exclamaba sin tomar aliento descargando estas invectivas como fuego graneado. Dílo ahora. Vuélveme á decir lo que me has dicho ántes. ¿Te atreverás todavía á afirmar que viste esos billetes hace cuarenta y ocho horas en el sitio donde yo mismo los dejé, y que nada absolutamente sabías de ellos despues? ¿Te atreverás todavía á querernos hacer víctimas de tus embustes, y empeñarte en llevar tu caballo adelante, á pesar de las pruebas que tan claramente te condenan? ¿No te parecen bastantes estas pruebas? exclamó metiéndole los papeles por los ojos.

—Por desgracia, interpuso Francisco, le condenan en demasía; y no hay más que ver lo que está sufriendo, dijo á media voz al juez, para que nos entreguemos á la dolorosa conviccion.

—Déjeme V. hablar, prorumpió por fin el acusado, lleno de fuego y energía, ahogando con su sonora voz los acentos de los demás. Me propuse callar y entregarme sin resistencia á lo que la suerte quisiera; pero no, no es justo, no es digno, no es decoroso, que incline inocente la cabeza con la propia vergüenza que lo hiciera un criminal. Inocente, repito, dijo, notando que, irritado su tio de su pertinacia se preparaba á interrumpirle; que si ántes lo afirmé con ahinco, lo afirmo ahora con renovada instancia; señores, exclamó expresándose en este momento con la mayor templanza y dirigiéndose desde su tio hasta el último de los autómatas; ¿su propia razon de V.V. no les dice que á haber yo cometido el robo hubiera sido mi primer cuidado precaverme contra todo descubrimiento y ante todas cosas alejar el cuerpo del delito para que en ningun tiempo hablara en mi contra? ¿Hubiera yo conservado en mi poder, junto á mí, en el sitio más á la vista, esas pruebas de mi delito, cuando tan arriesgado podia ser su hallazgo? Si son V.V. racionales, re-

flexiónenlo V.V. un momento. Déjense llevar de la desapasionada razon, no me supongan V.V. ni estúpido ni demente, y otórguenme la concesion de permanecer neutrales hasta que la justicia lance su fallo.

D. Alvaro, impaciente por la inflexible tenacidad de su sobrino, le volvió la espalda y conversó en baja voz con el juez.

Francisco se acercó al jóven en el ínterin.

—Es inútil tu resistencia, fueron las palabras de consuelo que le ofreció. Es inútil sostenerte por más tiempo en tan falsa posicion. Tu tio jamás habrá de ceder en tanto que te vea áltivo desafiando la justicia de su rigor. Fuera más conveniente y digno de tí entregarte á discrecion y pedirle humildemente perdon, que permanecer por más tiempo en esta locura; y yo, en medio del dolor que me causa tu demencia, y en quien refluye alguna parte de sus efectos, no puedo ménos, en la fuerza de mi interés, de aconsejarte esto.

—¡Pero Dios mio! ¡Francisco! prorumpió el jóven. ¿Cómo quiere V. que confiese un delito del que estoy tan inocente como V. mismo? ¿Cómo quiere V. que doble la cabeza ante la más indigna y falsa acusacion que puede levantarse á un hombre? Yo no puedo dar razon alguna de cómo ha

sido extraída de mi poder la llave de la gaeta, la de mi propia carpeta, de cómo han sido trasportadas las letras de una parte á otra. Estoy perdido en un mar de confusiones. Creo ser víctima de alguna intriga infernal que no basta sentido humano para penetrar; ó tal vez he perdido el juicio y esto que me pasa no es otra cosa que una aberracion de los sentidos...

Una exclamacion de D. Álvaro interrumpió la expansion del jóven.

En tanto que hablaba con el juez y que para los debidos efectos depositaba en sus manos el *cuerpo del delito*, al contar los billetes habia echado uno de ménos; y de nuevo despertada su cólera con el descubrimiento, de nuevo volvió á verter sus poderosas corrientes.

—Falta un billete, gritó. Eran veinte y ahora no son más que diez y nueve.

—¡Cómo! interpuso Francisco aproximándose á la mesa y con lentitud contando los pedacitos tan importantes de papel.

—No hay más que diez y nueve en efecto. ¿Habrá quedado alguno secuestrado en su escondite, ó tal vez, insinuó con acentos dudosos, se habrá quedado olvidado en la gaveta?

—En el cajon nada hay, exclamó el escribano.

—Ni en la gaveta, dijo un escribiente.

No se satisfizo sin embargo Francisco con esta inspeccion: revisó él mismo los dos cajones, y hecho esto, autorizó entónces á D. Álvaro con sus miradas, para hacer lo que mejor le pareciera del aumento de delito resultante en contra del acusado.

No necesitaba de mucho éste para el caso; más que nunca encolerizado con el crecimiento del crimen, más que nunca iracundo se manifestó.

Lanzóse otra vez sobre el desdichado sobrino, aparentemente resuelto á valerse en esta ocasion de medios que hasta aquí rehuyera de emplear, y hubiera, á no dudarlo, complicado más los trámites de la ley, proporcionándole más vasto campo donde emplear sus funciones, á no habérselo impedido el juez y sus subordinados.

Colocáronse éstos entre el tio y el sobrino, y acto continuo aun ántes que volviera en sí Gonzalo de la impresion comunicada por la adivinada intencion de su tio le habian impulsado, movido ó conducido fuera del departamento del cajero, y cerrado tras de él la puerta de la barandilla. Y ejecutada esta maniobra se acercó en seguida el juez á la reja para despedirse; y miéntras tanto acompañado del escribano y el alguacil se alejaba Gonzalo del escri-

torio llena de dolor su noble alma, de sentimiento su sensible corazón, abrumado por el enorme peso de la injusticia que se le hacía, sin que una señal la más ligera, ni un movimiento el más imperceptible en sus compañeros, dulcificara en manera alguna aquel momento tan amargo de su vida.

Sereno, sin embargo, en la apariencia, salió del sagrado templo, donde juró interiormente no volver á poner los piés; y, lleno de entereza bajó las escaleras tantas veces marcadas de sus huellas, silencioso y ensimismado, pero altivo y arrogante descansando en la confianza de su virtud.

Al llegar al patio se le habia ya reunido el juez y dispuesto el jóven á seguirle sin réplica adonde le placiera llevarle, habia ya atravesado con este fin la puerta del zaguan, cuando fueron detenidos sus pasos por la aparicion de Aguilera y los niños, evidentemente situados en la puerta para esperarle y despedirse de él.

Agitado el anciano y visible en su encendido rostro el más profundo dolor, no necesitó Gonzalo la vista de una lágrima para conocer el pesar que conmovia aquellos corazones.

Extinguida en aquellos ojos la chispa eléctrica intérprete de los movimientos del alma, pero sobradamente expresiva la actitud de la fisonomía,

y la gota cristalina en las oscuras pupilas, para comunicar cuanto los ojos hubieran querido dar de sí, comprendió Gonzalo al instante que, por alborotadas que se hallaran las aguas en su destino, aún le quedaba una roca en que apoyarse.

Latió su corazón henchido de esperanza.... esperanza en Dios; y sin hablarle, se arrojó en los brazos del anciano.

Fué un momento delicioso aquel en que sintió que no lo había perdido todo en el mundo; que conservaba las prendas más amadas de su corazón, y dió gracias á la Providencia, que brindándole así con este manantial de inagotables consuelos, piadosa le resarcía de sus sufrimientos presentes y casi le remuneraba de los venideros.

Su corazón se ensanchó, y un torrente de lágrimas inundó su rostro.

El anciano lloró también, y afectados como él los niños, llorando abrazados á las rodillas de Gonzalo y disputando por colmarle de caricias, formaba aquel un cuadro que ni el mismo juez, habituado á estas escenas, ni aun los toscos alguaciles podían contemplar con indiferencia.

Por fin, algo más serenos todos, y recompensadas las caricias de los niños, por otras igualmente afectuosas, pudo Gonzalo dar expresión á

los sentimientos dominantes de su alma; y, elocuente formulando en palabras lo que harto dicho habia con su espontánea efusion, bendijo los nobles corazones que tan leales se le manifestaban en la hora de su desgracia.

Protestó de su inocencia; y porque en ella vió que creian sin necesidad de apoyar la instintiva conviccion con el peso de sus razones, otra vez dejó que su henchido corazon se desahogara en lágrimas.

Todo lo habia oido el veterano desde el corredor que conducia al escritorio, é inútiles las apariencias por condenatorias que fueran, para disminuir en manera alguna la ciega fe depositada en el pundonor de su favorito con la tenacidad característica de su temple, aceptaba las aseveraciones del que solo, contra tantos enemigos, habia sin embargo luchado con tan gran valor y entereza.

Confiaba, como el propio acusado, en que la verdad triunfaria al fin; en que el verdadero delincuente no tardaria en descubrirse, y que el honor atacado tan desapiadadamente tornaria en breve á lucir más esplendente que nunca.

Fué aquel, lo repito, un momento delicioso; y, comunicadas al espíritu de Gonzalo las más inefables dulzuras por el contraste ofrecido en esta

escena con aquellas por que acababa de pasar, se extinguió, por lo tanto, en su alma todo sentimiento de amargura.

¡Los niños!... ¡Cuán hermosos no le parecían; cuán dignos de su cariño!...

Frecuentes habian sido las veces que los comparara con los ángeles del cielo; pero nunca, no, nunca como en este momento acreedores al poético símil: por poco se arrodilla á sus piés para adorarlos con reverencia.

Los miró, sin embargo, lleno de ternura y... casi, iba á decir... de respeto.

La infancia con su pureza é inocencia, jamás se presentó bajo más bellos coloridos, ni faltó allí otra cosa que el pincel del artista para perpetuar tan hermoso recuerdo.

Un carruaje esperaba al preso (disposicion tomada por el veterano sin consultar para nada el beneplácito de su yerno), y, deseoso el jóven de no abusar por más tiempo de la tolerancia del juez con la premura posible despues de gozar con los sentimientos que tan apreciables le eran, se dispuso á entrar en el vehículo.

El anciano le volvió á abrazar y á invocar la bendicion del cielo sobre su inocente cabeza, y, besadas á su vez las criaturas con el más tierno

afecto, con nuevas lágrimas se despidieron de sus brazos, internándose Gonzalo en el carruaje acompañado del juez y del escribano.

Situóse en esto la interesante familia á la puerta de la calle para no abandonar á su favorito hasta el último instante; y, en breve partiendo el carruaje, confundió el ruido de sus ruedas, un grito lastimero proferido por los labios de los niños.

Aquel arranque del vehículo pareció haber al propio tiempo arrancado las raíces de sus corazones juveniles, que no penetrados aún de lo que le esperaba á Gonzalo, no expresaron hasta entónces en su plenitud el desgarró de su dolor.

Era en vano que Aguilera tratase de consolarlos; era en vano que recurriera á todos los ardidés sugeridos á su amor de padre.

Los habia él mismo con anticipacion hecho sabedores de la situacion de Gonzalo; los habia como nadie inducido á mostrarle los tesoros que podia mejor apreciar en la hora de su desgracia; pero, confusa siempre, por adelantada que sea, la imaginacion infantil, necesitaron de pruebas evidentes, materiales para aceptar en su extension las consecuencias que con la propia confusion de sus imaginaciones de niños, revistieron ahora de los más exagerados y negros colores.

La sabia Inés... ¡oh, cuán sabia! aún en aquella época temprana de su vida, vió por entre el furioso arranque de los caballos, una maciza puerta cuyos pesados cerrojos jamás el brazo de Gonzalo alcanzaria á abrir; y peor que las macizas puertas, y todos los cerrojos del mundo, el aparato formidable de la muerte, que llenándola de espanto le hizo poblar el aire con sus angustiosos lamentos.

Su hermano la imitó, no podia ser por ménos, y capaz aquella agonía de conmover las mismas piedras, los transeuntes más indiferentes que pasaban por la calle, se paraban para ofrecerles su simpatía.

Cinco minutos duraria esto; pero, al cabo de este tiempo, exánime la niña por la fuerza misma de su congoja, y juntamente con el de ella interrumpido el simpático llanto del pequeño Carlitos, se prestaron ámbos á los consuelos y á la voluntad de su padre, que, asiendo de una mano á cada cual, penetró (por ellos conducido) en el interior de la casa, para enviarlos cuanto ántes á sus habitaciones, ínterin que, instalado él en el comedor, esperaba la hora de la comida, que las circunstancias del dia habian demorado de una manera inusitada.

CAPÍTULO VIII.

¡Ay! si los ojos velados del veterano hubieran podido leer en la fisonomía de su hija al presentarse ésta en el comedor, lo que en su lacerado corazón pasaba, su justa angustia no hubiera conocido límites.

Moribunda casi penetró Isabel en la estancia, cristalizada su vista como la de un cadáver, y tan lívido su semblante que causaba miedo mirarlo.

El desmayo había acabado de aniquilarla, y, agotadas sus fuerzas de antemano, la muerte de su espíritu acabó de una vez con ellas.

Era otra mujer cuando volvió en sí de la prostración física, cuando el dolor de su cuerpo la hizo incorporarse y comprender la situación en que se hallaba, y entonces el desaliento entró en su alma, y las palabras: «Dios mío, Dios mío,

¿por qué me habeis abandonado?» salieron por primera vez de sus, hasta aquí, tan sufridos y pacientes labios.

Dios, sin embargo, no se ofendió por esto ni desapareció por el más breve instante la encendida antorcha, cuya clara luz con tanta constancia seguía la mártir. Léjos de eso, más brillante y resplandeciente ante sus ojos; y más que nunca esforzada en su persecución, muerta casi, por que ya no tenía fuerzas para más, juró, sin embargo, perseverar constante hasta espirar...

Su padre la conoció en las pisadas al entrar en el comedor; y solo con ella, aprovechó los preciosos momentos para ponerla al corriente de lo que todavía ignoraba.

El terror y la postracion la habian tenido presa en sus habitaciones, hasta que la necesidad le dió el impulso preciso para ponerse en movimiento, é inconsciente del tiempo trascurrido desde que perdió de vista á Francisco Cadenas, apenas podia creer lo ocurrido en aquel período.

¡Todo se habia consumado!

Sus oidos no la engañaban.

Su padre habia oido la acusacion, la lucha, la prision y la partida á la cárcel... ¡Dios eterno!...

¡aquel á quien tanto amaba todavía... inocente de todo delito!!!...

Se cubrió el rostro con las manos cuando su padre acabó de hablar.

Tuvo miedo de que la viera: tuvo miedo de que el alma penetrara por entre las blancas pupilas, y que su dolor y su amor le fueran á un tiempo revelados.

Sí: tuvo miedo de él, de sí misma, de las paredes, de los muebles, y, sobre todo, del cielo azul que la miraba por entre la abierta ventana.

La entrada de su marido le devolvió el valor.

¿Le seguiria el aborrecido Francisco?

¿Vendria el tigre á gozarse en su obra?

El cajero no comia aquel dia con ellos: sus ocupaciones lo detenian hasta más tarde; y, feliz Isabel con esta bienaventurada ausencia, no dejó, sin embargo, de conocer que la comida habia de todos modos de ser de prueba.

Y lo fué en efecto.

Encono como el que respiraban las palabras de D. Álvaro, no era posible dejase de estremecer los oidos más indiferentes.

Implacabilidad como la que se traslucia en sus amenazas y promesas, no era de suponer pasase inadvertida, ni tampoco sin rebatir; y tenaces dis-

putando yerno y suegro sobre la importante cuestion, pasaron el tiempo de la comida en un interminable debate, que estalló al fin en la más borrascosa contienda.

Contienda que en balde pugnó Isabel por evitar, que ningun esfuerzo logró de manera alguna templar, y que de una vez, y para siempre, le hizo conocer á Aguilera la ineficacia de sus instancias en favor del acusado.

Prohibióle su yerno intervenir jamás para nada en el asunto; amenazóle con las más funestas consecuencias de su enojo si tal ley osaba quebrantar y, fuerte é indomable el sostenido anciano, dobló no obstante la cabeza por la primera vez ante el orgullo brutal de su despótico hijo.

¡Cuáles no fueron las meditaciones de Isabel, durante el curso de aquella noche!

¡Cuáles no fueron las escenas reproducidas en su mente, y confusion de ideas, de continuo atormentando su excitada imaginacion!

El mundo parecia haberse acabado para ella.

¿Qué era ya su vida?

¿Qué eran ya sus esperanzas?

¿De qué le habian servido sus precauciones?

¿De qué sus inmensos sacrificios?

Atosigado su padre y hermanos, perseguido

por su causa el inocente que no habia cometido otro delito que el de amarla, y perseguido tan bárbaramente, ningun género de consuelo ó refugio le ofrecia el inmenso laberinto que ante su vista se extendia.

Colocada en la más molesta y complicada posición, sin apoyo ni amparo de que valerse, sin medios para salir de sus conflictos, llena de terror, de desaliento, y hasta de remordimiento por lo que permitia y podia destruir con una sola palabra (pero palabra que le estaba vedado articular por temor á su ineficacia y á los mayores riesgos en que deberia colocarlos á todos), perdíase en el golfo insondable de sus cavilaciones, abandonada á la melancolía, y á esa especie de desesperacion profunda, tan apática y tranquila en la apariencia, que apénas se hace visible, pero cuyos efectos son, sin embargo, tan dolorosos que apénas deja al espíritu el conocimiento de su existencia.

Pasó una parte de la noche en la compañía de Aguilera ; pero, ciego el padre á la expresion del semblante de su hija, y privado de interpretar por esta expresion la aparente frialdad de sus palabras, llevó en breve al más simpático campo de sus hijos pequeños el importante asunto, dejando sola á

Isabel para entregarse aún con más abandono á su concentrada desesperacion.

Caso nunca visto, y que al extremo probó hasta dónde llegaba ésta: por la primera vez en su vida descuidó Isabel la ocasion de abrazar á sus hijos adoptivos; dejó pasar en olvido la hora que les dedicaba, y, tarde ya para reparar su negligencia, al comparecer D. Álvaro vino un remordimiento más á aumentar el cúmulo de sus pesares.

Entre tanto el causador de todo esto se habia hallado consumando su inicua obra.

Las ocho de la noche serian, cuando sentadas Magdalena y su hija en la humilde salita de la calle de la Amargura, sobresaltó á ámbas un fuerte campanillazo que repitió el eco de la silenciosa mansion.

—¿Si será él? preguntó la madre dejando caer una mano sobre el hombro de su hija.

Elena la miró como dudosa.

—Gonzalo llama con más suavidad, dijo con un suspiro.

—Pero y la priesa que deberá traer, hija mia, ¿no disculpa el que eche la campanilla abajo?

—¡Es tan raro que venga á esta hora, madre mia!

—¿Pero no lo sería más que no viniera á ninguna?

—¡Ay! prorumpió la niña horrorizada de la idea. Algo muy malo debería haber sucedido para que dejara él de venir.

A este punto de la discusion oyóse un golpe recio en el porton del entresuelo.

—Ya están ahí, exclamó la madre.

—Gonzalo nunca llama así, persistió Elena. ¡Dios mio! ¿Qué le habrá sucedido? ¡A que no es él!

—Veremos quién de las dos acierta, contestó la madre.

La puerta de la salita rodó sobre sus goznes, y ántes que madre ó hija hubieran articulado otra palabra, se presentó Francisco.

Ese extraño y vago temor instintivo que nos inspiran en algunas ocasiones las personas cuya vista parece crear ó confirmar algunos de los indefinibles presentimientos que suelen acometernos, se apoderó de Elena con tal fuerza, mayormente á impulsos de la arraigada aversion inspirada por su hermano, que, cual si en él hubiera visto la viva encarnacion de un demonio, así la sobrecogió su presencia.

Asióse con violencia de su madre, y, temblorosa

y asustada como la tímida paloma al cobijarse bajo las alas maternas, se cobijó ella bajo el amparo de aquellos brazos cariñosos.

La solitaria bujía que iluminaba la habitacion diseñaba escasamente la figura de Francisco; pero al hallarse próximo á su madre y hermana, mostró su clara luz de tan siniestra expresion el nada amable semblante del cajero, que la acurrucada paloma se acurrucó aún más en el amoroso regazo.

La madre, no obstante, contempló á su hijo con indecible placer.

¡Cuánto tiempo hacía que no le veía! ¡cuánto tiempo que se entregaba á la afliccion de haberle por completo perdido!

La imaginacion de una madre se halaga tan fácilmente, que este momento consoló á Magdalena de todas sus angustias pasadas.

Su hijo conservaba en el fondo el recuerdo de ella: la visita espontánea de esta noche se lo probaba; y en este risueño descubrimiento, olvidado Gonzalo y su tardanza, llena de alegría recibió entre las suyas la mano que Francisco le alargó.

Miróla entre tanto Elena como enojada ó celosa.

Nadie deberia para ella anteponerse á su Gonzalo, y Magdalena á no dudarlo le habia por completo alejado de su pensamiento.

Francisco se sentó en frente de su madre, y, pasadas las primeras frases insignificantes consiguientes á todas las visitas, y aun á las de las personas más allegadas si éstas por su desvío se colocan fuera del terreno de la confianza, preguntó el hijo si calculaba su madre el objeto de su venida, y si se hallaban dispuestas lo mismo ella que su hermana para recibir la más extraña é inesperada noticia.

Elena tembló con renovado miedo pensando en Gonzalo, revistiendo su mente el temible anuncio de los más medrosos colores.

No abrigaba en verdad otra idea que la de su amante, ni eran tampoco de extrañar los recelos despertados por semejante introduccion.

Las ilusiones de Magdalena se desvanecieron como el humo.

No era ningun sentimiento espontáneo el que la visita de su hijo impulsaba.

No era prueba alguna de lo que en el fondo de su corazon quisiera ella encontrar que la producía.

No: de ninguna manera.

Sus palabras lo indicaban, y era inútil fabricarse castillos en el aire.

Francisco no podia ser otra cosa que lo que

siempre habia sido: y para su mútua desgracia permitia el Señor que sucediera esto.

Dos segundos emplearia la madre en estas tristes meditaciones; al tercero se habia vuelto á su hijo y expresádole la imposibilidad de satisfacer su pregunta.

—¿Ni tú tampoco, Elena? interrogó el cajero.

Raras las ocasiones en que se dignaba dirigir la palabra á su hermana, y más raro todavía que se la dirigiera en estos momentos, aumentóse á tal extremo el terror de la criatura, que ni áun á responder acertó.

Indicóle, sin embargo, su instinto de enamorada lo que su respuesta debia ser, pero sin aliento para formarla en palabras, la dejó ver solamente en la expresion de su semblante.

La madre la comprendió al instante; pero ciego Francisco al mudo lenguaje, repitió la pregunta.

—¿No lo adivinas tú, Elena? dijo con marcada intencion.

—Gon-za-lo, articularon por fin los pálidos labios con balbucientes acentos, pendiente la vida entera de la impresion de la palabra.

—Justo, contestó Francisco.

—¿Se ha muerto? ¿Se está muriendo? ¿Está

malo? preguntó Elena con gran ansiedad, sin tomar aliento.

—Nada de eso le sucede, fué la consoladora respuesta.

Elena respiró y Magdalena con ella.

El cajero continuó dirigiéndose por completo á su madre.

—Si yo no fuera hijo de V., y me diera la humorada... (es un ejemplo como otro cualquiera) de enamorarme, ó de hacer que me enamoraba de Elena, y despues de enamorado ó comprometido, y aún más, arreglados los preliminares de la boda, hiciese V. el descubrimiento de que su hijo futuro era un tunante, mucho más tunante de lo que lo es el hijo verdadero, añadió con ironía, ¿no le parecería á V. en su rectitud de carácter y principios de estricta virtud, un acto de riguroso deber el desbaratar el casamiento?

—¡Francisco, Francisco! prorumpió la madre, temiendo lo que á estas palabras pudiera seguir, indicándole con un gesto la criatura inclinada sobre su pecho.

Francisco no hizo caso.

—Y si ese yo, prosiguió siempre irónico, el del ejemplo, hubiera cometido una felonía de las más bochornosas, verbigracia, un robo doméstico,

descubierto, probado y recargado de circunstancias agravantes, y supiera V. que por él habia sido llevado á la cárcel... ¿qué haria V. en semejante caso?

—No te entiendo, Francisco, ni me place conversar en enigmas, replicó la madre con visible desagrado.

—Me explicaré, señora.

Magdalena se alarmó, confusa sin embargo su imaginacion, sin poder atinar con el verdadero sentido de este lenguaje enigmático.

Trató de distraer la conversacion, dirigiéndole á Elena algunas frases de cariño, instándola sobre todo para que se retirase á descansar; pero, inútiles los ardides de su precaucion, opuestos al interés natural de Elena en conocer el objeto de la visita de su hermano, quedaron estos intentos sin efecto.

Acercóse Francisco todo lo que pudo á su madre, aderezó la bujía, y empezó á dilucidar su idea.

—Si ese yo...

—¿Pero qué hay de Gonzalo? preguntó Elena, interrumpiéndole, dirigiéndose más bien á su madre que á él. No entiendo nada de lo que estás diciendo, y estoy muy asustada. Es tan tarde y Gonzalo no viene...

—Ni vendrá.

—Que me digan por qué, instó el lirio blanco, siempre dirigiéndose á su madre.

—No corre prisa todavía, repuso el hermano con aspereza. Ten paciencia, y déjame hablar con tu madre.

Elena se calló de una vez.

Acobardada y sumisa por el extremo de su miedo, ni á alzar los ojos se atrevió.

Sentóse en un taburete á los piés de Magdalena, y, apoyada la cabeza en la falda materna, ocultó en el amoroso regazo las fugitivas lágrimas que por sus mejillas corrían.

El cajero habia continuado:

—Si ese que he supuesto, por casarse con Elena, por amor, por compromiso (el móvil no hace variar los resultados), hubiera robado al jefe de la casa en que servia, que á más de ser su jefe era su pariente, su casi padre, cierta cantidad de dinero de que carecia para hacer frente á su amor, ó su compromiso, y la casualidad hubiese con anticipacion descubierto el delito, y puesto en manos de su principal y de la justicia las pruebas más irrecusables y concluyentes, ¿qué haria V. en semejante caso? Y si, para hablar con más claridad, le dijera yo á V. ahora, señora, que ese ente ima-

ginario existe, que ese hijo futuro no es una creación de mi mente, y que esto que he referido pasa efectivamente, y es cierto como la luz del día, ¿no se estremecería su virtuoso corazón, y no consideraría un acto de rigoroso deber, desbaratar tan deshonesto casamiento?

—Cállate, Francisco; cállate por amor de Dios, prorumpió la viuda indicando como ántes la criatura cobijada en su falda. Tengo miedo de entenderte, agregó con los acentos más bajos que pudo emplear. Tengo miedo de los horrores que me indicas: no porque crea en ellos, no; creería ántes que el sol dejaba de alumbrar, que dudar un momento del honor de que respondo como del mio propio. Cállate, sin embargo. Sea lo que fuere lo que ocurra, no lo quiero saber.

Hasta aquí habia sido el lenguaje de Francisco puramente sarcástico; pero súbitamente, y por las propias palabras de su madre, trocado el sarcasmo en ira (ira de ver su ciega fe), con ímpetu violento le contestó:

—El sol alumbró hoy como nunca brillante y esplendoroso, y alumbrará mañana de la misma manera, pero no por eso es falso lo que digo; si el sol de hoy descubrió el delito, el sol de mañana lo hará más patente. Un robo se ha cometido en

la casa de D. Álvaro Montoya; y, descubierto su autor, es inútil, señora, que trate yo de ocultar lo que mañana sabrá todo el pueblo, y llegará sin remedio á los oídos de V. Convicto y preso el ladrón...

—Vete, Francisco, vete, interrumpió la madre rechazándole con una mano, en tanto que con la otra hacía por taponarle la boca; no prosigas. Soy tu madre y te lo mando. Te rogué ántes que te callaras; pero ahora, añadió la noble matrona con la dignidad que jamás perdía, te ordeno que te vayas. Nunca ha sido mi puerta cerrada para tí, nunca mi corazón ni mis labios han expresado semejante mandato, pero ahora lo hacen, y Dios, que conoce el espíritu que en la acción me guía, sabrá perdonarme y concederme fortaleza para verla consumada de grado ó por fuerza.

El altivo Francisco se levantó.

Su amor propio recibía un golpe para el que no estaba ni con mucho preparado, y su orgullosa confianza una derrota que le humillaba hasta el suelo.

Por mucho que creyera conocer á su madre, por frecuentes que fueran las ocasiones en que dejara ella ver la digna entereza de su carácter, no obstante chasqueó al inhumano hijo de una manera

indecible el mal recibimiento de su noticia, y sobre todo, la duda puesta en sus palabras.

—No hay necesidad, señora, dijo, de proceder á extremos que tal vez le habrán de pesar á V. más que á mí. Esa puerta que se me cierra, no seré yo quien trate jamás de franquearla. Ahora mismo me someto á la sentencia que se me impone. Parto, señora, y para siempre: pero ántes sepa V. que el indigno por cuya causa me sacrifica, tampoco volverá á poner aquí los piés. Acusado, convicto y en la cárcel preso, Gonzalo Figueras...

Desentendióse no obstante de la sensacion que causaba, miró en derredor cual si de ninguna importancia le fuera lo que ocurría, y cogiendo su sombrero al tiempo que fijaba su madre en él la más desconsoladora y reprobadora mirada, tornóle bruscamente la espalda, y desapareció de su presencia.

Un grito desgarrador resonó en la salita: un grito tan agudo, tan lleno de dolor, tan penetrante, que el mismo Francisco, á pesar de su sangre fria, sintió en su propia alma el más horrible eco.

No se diga lo que aquel grito fué para los oídos de Magdalena.

Su corazón se fué de él en pos, y su alma destrozada repitió el doloroso lamento.

—Elena, hija mia de mi alma, ángel de mi vida, prorumpió inclinándose sobre la diminuta figura, casi oculta en sus faldas. ¿No me oyes, Elena mia? Es tu madre quien te habla. Levanta la cabeza. Mírame.

La frágil forma parecía de piedra.

La madre cogió la escondida cabeza entre sus brazos, y llena de renovada alarma, clavó los ojos en el demudado semblante; tan demudado que no parecía el mismo.

Blanca como el alabastro la trasparente tez, circundados los cerrados ojos de un óvalo negro, ensangrentada la entreabierta boca, y empapado en sangre el vestido que cubria los delicados hombros del lirio blanco... pudo bien este espectáculo despertar en la amante madre su indecible dolor.

Sobresaltada, pues, contempló la madre á su inanimada hija, y evocada en su corazon la sombra de Cain, á sus labios se asomó el nombre de FRATRICIDA.

Dominante sin embargo sobre todo otro sentimiento, la justa alarma por el estado de la desmayada criatura, colocada como un infante sobre su seno, se ocupó únicamente en prestarle los cuidados y asistencia propios de su situacion.

Copiosa la emanacion de la sangre, formando

un charco en la falda misma de la madre, no era sino natural la postracion y debilidad consiguientes á este movimiento violento; y exánime aún por largo rato la aniquilada niña, necesitó Magdalena de los auxilios de la criada para llevarla á su lecho.

CAPÍTULO IX.

El dia despues de la prision de Gonzalo, todo Cádiz conocia su delito, y fácilmente cambiada el áura de la opinion pública como el giro de una paja á impulsos de la variacion del viento, sus más íntimos amigos elevaban un grito unánime de reprobacion contra el delincuente.

Objeto de todas las conversaciones, y aficionado el hombre en general á la admision de lo que desfavorece á sus semejantes, circuló la noticia del delito, sin que voz alguna se levantara en defensa del acusado.

Admitido por la mayoría, si bien existió un corto número que rechazó la imputacion, le faltó á éste (como sucede siempre) valor para enarbo- lar su bandera, y, sojuzgado por su cobardía ante

la voz general, igualmente con ella por su silencio contribuyó á la sentencia comun.

Escasos los espíritus valerosos que osan contrarrestar el *fiat* de la sociedad, tantas veces aventurada en sus juicios, y con harta frecuencia severa y desapiadada, de entre los muchos á cuyos oídos llegó la desgracia de Gonzalo, uno sólo se encontró con valor suficiente para abrazar su defensa.

¿Y quién habia de ser éste sino D. German del Castillo?

En la tarde que siguió al encarcelamiento del jóven, se tuvo noticia de la desagradable ocurrencia, y presa de cierto enojo con Antonio Rosales por habérsela ocultado, en el momento de reunirnos con él le dirigia las más justas quejas, por haber (en el extremo de sus buenas intenciones) traspasado de tal suerte los límites de la consideracion y de la buena razon.

—Se ha perdido un dia, Antonio, le decia. Veinte y cuatro horas forman un siglo entero en la vida de un desgraciado; ¡y sabe Dios las funestas consecuencias que esta demora podrá traer! Pero no te apures, exclamó en seguida notando el desconcertado semblante de su contrito oyente. Veremos lo que se puede hacer, y si hay modo de ganar los momentos perdidos. ¡Pobre mucha-

cho! prorumpió, paseándose por entre los cajones que llenaban su escritorio particular. ¡Cómo si fuera capaz de semejante iniquidad! ¡El hijo de Rosario! ¡El hijo de aquel ángel! Si es bastante el pensar lo que están haciendo con él para volverlo á uno loco. Pero no, no, dijo como corrigiéndose de algun pensamiento que cruzaba por su imaginacion; puede que no sea más que una equivocacion. Puede que no haya mala intencion en ello. ¿Qué te parece, Antonio?

El humilde servidor, desde el banco que ocupaba, alzó los ojos al rostro de su principal.

—Lo que me parece á mí, dijo, es que es V. demasiado bueno.

D. German se quedó en ayunas del significado de estas palabras.

—¿Quiere V. que le diga mi modo de pensar? preguntó en seguida el dependiente rascándose una oreja.

D. German le contestó con la afirmativa.

—Es un atrevimiento en mí, prorumpió Rosales, el decir lo que se me ocurre, recordándome esto que pasa lo que jamás se ha borrado de mi memoria.

—Cállate, Antonio, interrumpió su jefe. Ya te he dicho veinte veces que delante de mí no se des-

piertan esos recuerdos. Eres la perla de los hombres de bien, y aunque esté hoy un poquito enfadado contigo, no por eso has perdido nada en mi concepto.

Una mirada extasiada de Antonio, expresó lo que en su corazón pasaba.

—Habla, prosiguió D. German. Díme tu modo de pensar, y déjate de tonterías.

El dependiente le obedeció.

—Pues digo, señor, que, ó es cierto que Gonzalo ha robado...

—Primero creeria yo que el mundo se habia hundido, interrumpió con ira el comerciante.

—O de otra manera, prosiguió Antonio, esto no es más que una intriga fraguada por algun enemigo oculto empeñado en perderle. No cabe equivocacion ni inocencia en semejantes casos.

D. German meditó un momento.

—Pero ¿quién puede querer mal á ese muchacho tan excelente?

—Eso es lo que hay que averiguar, señor.

Y eso es seguramente lo que trataré de hacer, contestó el principal. Pero ante todo, Antonio, preciso es que vayas en busca de la licencia para obtener la entrada en la cárcel. No me faltarán los medios, no me faltará el favor para conseguir

lo que quiero. ¡En la cárcel! ¡Vamos! ¡si se me va el juicio cuando lo pienso!!

El dependiente desapareció como por ensalmo y D. German continuó hablando para sí, paseándose sin descanso como acostumbraba á hacer siempre que alguna idea le preocupaba.

—¡Meter á su sobrino en la cárcel! ¡Al hijo de su hermana!... decia lleno de pesar y asombro. ¡Ay! D. Álvaro, D. Álvaro, se contestaba; ¡cuán digno de compasion eres en tus rigores é ignorancia! Dichoso el mismo Gonzalo en medio de su presente afliccion dichoso en la tranquilidad de su conciencia, no trocaria su suerte por la de su tio, si me dieran á escoger entre los dos.

Pero no sabía D. German lo que se decia al expresarse de esta manera.

No comprendia por cierto lo que Gonzalo estaba sufriendo, ni era posible que nadie pudiera medir en su verdadera extension las torturas experimentadas por el desgraciado preso.

Dígase lo que se quiera, sufria inocente en su inmerecido castigo, tanto como hubiera podido sufrir el hombre más delincuente del mundo.

Dígase lo que se quiera, inocente ó criminal, la entrada en la cárcel es para todos igual, y el bo-

chorno de pisarla no se hace ménos doloroso para uno que para otros: ¿qué digo? lo es mucho más para el primero.

Dígase lo que se quiera, la noche primera que bajo su techo se halló Gonzalo Figueras, fué la noche más amarga de su vida.

El momento que se vió allí instalado, solo, aislado, puro y virtuoso, en medio de los infinitos criminales albergados á su alrededor, fué un momento de tan horrible sensacion, que á pique estuvo de aplastarse la cabeza desesperado, contra la pared.

Pero vencido este ímpetu por la idea de su inocencia, y el justo temor de aumentar las sospechas obrando de este modo, sometiése á la severidad de su hado, sin que palabra ó gesto se le escapara indicativo de su profunda desesperacion, hasta hallarse dentro de los muros del cuarto que le era destinado.

De noche ya, la oscuridad vino á aumentar el peso que sobre su alma tenía.

Oprimido su corazon como con una plancha de plomo, y ahogada su respiracion, asomóse á la enrejada ventana que miraba á la mar para aspirar el ambiente del Océano.

Sereno el cielo, plácidas las aguas, y de su cen-

tro elevándose cierta grata humedad, quedóse por largo rato percibiéndola con placer, en tanto que, fija su vista en el paño negro que tenía ante sus ojos, recorría su imaginacion los incidentes de aquel dia.

Sus amigos todos, ¿qué pensarían de él?

D. German del Castillo, ¿no le consideraría indigno de su propia sangre, é inmerecedor del interés que hasta aquí le manifestara?

Magdalena, la virtuosa, pero tan rígida Magdalena, ¿no le contemplaría como un monstruo de iniquidad, indigno de continuar dirigiéndole el dulce nombre de madre?

Elena, la tierna y tímida niña á quien amaba cual si su hija fuera, en su misma inocencia é ignorancia de las maldades del mundo, ¿no huiría horrorizada del primero que osaba descorrer el velo de su pureza?

Y peor que todo: la mujer, la estrella brillante de su destino, la que jamás se separaba de sus ilusorios pensamientos de dia, y de sus ensueños de noche, la que habia hermosado sus sacrificios todos, ¿qué pensaría de él?

La agonía de su espíritu no admite expresion.

Contempló la mar cual si ansiara verla leván-

tarse de su tranquilo lecho para envolverle entre sus brazos de gigante.

Miró el oscuro cielo, tan oscuro, que ni una estrella se hacía visible para acompañarle en su prision, y pensó que hasta los elementos se conjuraban en contra de él; que el cielo mismo le habia abandonado, y que nada tenía que esperar ni de los hombres ni de Dios.

Y á esta triste conclusion llegado, se arrojó sobre el humilde lecho preparado para su descanso, y lloró con el mayor desconsuelo.

Fué una noche eterna aquella; pero durmió el preso, sin embargo, y soñó tambien sueños placenteros, llenos de imágenes que hubieran podido ser, pero que la suerte no quiso proporcionarle en la vida real, cuyo fantástico reflejo sirvió sólo para hacer doblemente amargo el despertar.

Un calabocero le habia dado á entender que se hallaba alojado separado del comun de los presos por la clase á que pertenecia y las consideraciones debidas á su familia; é igualmente le habia dicho que podia gozar de la prerogativa de pasar á las habitaciones del alcaide, favor rara vez dispensado: mostró el jóven su gratitud, rehusando no obstante la admision del último favor, por hallarse más á sus anchas en la triste soledad de su propio cuarto.

Temprano aún, volvió á situarse junto á la enrejada ventana, para hacer lo mismo que habia hecho la noche anterior.

A más de otras muchas molestias que experimentaba en su presente domicilio, le incomodaba lo que no es decible el abrir y cerrar de tantas puertas, como habia oido desde el momento de levantarse, y los tristes sonidos de las voces humanas exhalados á compás de estos cerrojos, cuyos ecos, aumentando su tristeza de tal suerte, que cada cerrojo parecia echarse dentro de su propio corazon, ayudó á llevarle á la ventana, esperanzado de perder desde allí una parte de estos tristes sonidos.

Y estacionado en la ventana, evocando las sombras de la noche anterior, y labrando en su mente el mismo cúmulo de pensamientos, pasó la mañana entera y una parte de la tarde, cuando le sorprendió el calabocero de quien habia recibido todas sus comunicaciones, anunciándole que una visita le esperaba en el departamento del alcaide.

¡Una visita!

¿Quién podia ser?

¿Quién se acordaba de él, y venía á ofrecerle el bálsamo de su simpatía, en los momentos en que parecia por completo abandonado de todos sus semejantes?

No lo podia adivinar por más que se perdía en conjeturas; sin embargo de que algo en el fondo de su corazón le decía sin cesar, que no podía ser de otro esta visita que del benévolo D. German del Castillo.

Sí, él era: el honrado, noble, y valeroso don German, que contra la convicción de todo Cádiz, osaba sostener sólo una opinión favorable al desgraciado reo.

El alcaide hablaba con él al presentarse Gonzalo, y en la apariencia, maravillosamente ganado á favor del jóven, desde la noche anterior, que le recibió como á un malhechor cualquiera, se separó á alguna distancia para dejar á los amigos en mayor libertad para hablarse.

Era un hombre excelente en el fondo el alcaide: un hombre que desempeñaba su destino con la más escrupulosa rigidez, pero que, sin embargo, jamás abusaba de su poder, ni parecia en manera alguna sentir dureza ó crueldad, tan fácilmente adquiridas en el ejercicio de sus funciones. Movido á compasión del jóven, merced á las palabras que habia cruzado con D. German, deseaba manifestarle todo el interés posible.

Gonzalo se conmovió tanto al encontrarse con la bondadosa figura del antiguo amante de su

madre, que no pudo al principio ni hablar ni moverse del sitio adonde habia llegado; y no ménos que él, el agitado D. German se le arrojó en los brazos sin poder tampoco articular palabra.

Un rato permanecieron así, hasta que por fin rompió D. German el melancólico silencio.

—¡Ay, si tu madre viviera! ¡Ay, si sus ojos se abrieran y te contemplaran aquí, de pena se volverian á cerrar!

—¿Me cree V. culpable de la accion de que me acusan? ¿Me cree V. indigno de la sangre que por mis venas corre? preguntó Gonzalo con ahogada voz.

—¡Yo creerte culpable, hijo mio! exclamó el comerciante. Yo, que te he conocido durante los años más arriesgados de tu vida en que jamás te ví cometer la más insignificante accion indigna de la madre que te dió el sér! Yo, que te he visto lleno de pundonor y honradez en medio de las infinitas atenciones que cercan los pasos de la juventud desgraciada, conservando ileso tu honor en todos los casos de tu vida, ejemplo de virtud y pureza... ¡yo creerte culpable, hijo mio! No.

—Gracias á Dios, prorumpió el jóven cruzando las manos con el más vivo entusiasmo y alzando

los ojos al cielo. Es más llevadera mi suerte de lo que creía. Venga lo que viniere, mi corazón encontrará un consuelo al recordar lo que me acaba V. de decir!

D. German le volvió á abrazar.

—¿Y qué piensa de mí todo el mundo? fué la siguiente pregunta del jóven.

D. German no se atrevió á contestarle.

—¡Lo saben, y me condenan sin oirme ni juzgarme! prorumpió Gonzalo con amargura.

—Las apariencias te perjudican tanto, interpuso el comerciante, que, por favorables que quieran ser las opiniones, no es posible te hagan todos la merecida justicia.

—Pero ¿y mis amigos? Magdalena, Elena... la familia de mi tío, agregó el jóven en balbucientes acentos, ¿qué dicen de todo esto?

Nada sabía D. German sobre el particular.

Habia llegado la noticia á él tarde aquel mismo día por conductos indiferentes, aunque confirmada despues por su dependiente Rosales, y diligente acudiendo adonde creía más necesario, no habia aún cuidado de otra cosa.

Esta respuesta dió al jóven y pasó en seguida á averiguar las circunstancias relativas al suceso; y, enterado aún de los más insignificantes porme-

nores, meditó por algunos momentos cual si algun pensamiento confuso cruzara por su mente.

Acordóse de las palabras de Antonio Rosales; de Antonio Rosales, que jamás parecia dispuesto á ofrecer una opinion sobre materia alguna; pero que, sin embargo, tan solícito se habia manifestado aquella tarde por exponer su juicio; y, zumbándole en los oidos la idea de que algun enemigo oculto queria perder al inocente Gonzalo, nació en su mente una sospecha que le horrorizó.

Una mera sospecha que se guardaria bien de publicar, pero que se fijó tenaz en su imaginacion y que evocando de entre las sombras crecientes de la cárcel cierta imágen de mujer de inolvidable recuerdo, generosamente le ofrecia una clave para salvar al calumniado.

La noche se aproximaba entretanto; y perentoria por consiguiente la terminacion de la visita de D. German, se dispuso éste á despedirse del jóven prometiendo volver á la tarde siguiente para de nuevo conferenciar sobre el importante asunto, y comunicarle las noticas que hubiera adquirido respecto á los sentimientos de sus amigos; y de esto pasando á más evidentes testimonios de su provechoso y estudiado interés, puso un bolsillo en las manos del acusado, que recibéndolo con la más

profunda gratitud, se llevó á los labios la mano bienhechora.

Grandemente consolado el hombre benévolo de su visita, pero al propio tiempo azorado de alimentar un mal pensamiento y de cifrar sus esperanzas todas en la realizacion de esta extraña sospecha, pasó lo que quedaba de dia, ó mejor dicho de noche, esperando con afan la llegada del siguiente sol para empezar á emplear con fruto su febril actividad.

Ocupóse entre tanto de los amigos del preso; y deseoso de conocer cuanto ántes sus sentimientos respecto al que tanto se ocupaba de ellos, acudió sin demora á la casa de Magdalena.

Pero, chasqueado en su esperanza de verla aquella noche, hallándose ya recogida la viuda, tuvo por necesidad que contentarse con las noticias de la sirviente, que afortunadamente para él, perfectamente enterada de lo ocurrido, pudo ponerle al corriente casi con la propia exactitud que lo pudiera haber hecho su ama.

Delator el mismo Francisco del supuesto crimen, á impulsos puramente de su propia voluntad, sin género de miramiento hácia los efectos de su comunicacion, ni sombra de humanidad en la manera de hacerlo... estremeció el relato á D. Ger-

man y dió incremento á la sospecha despertada en su mente.

Idea consoladora en medio de todo: Magdalena, la virtuosa pero tan rígida Magdalena, no creía en la bochornosa inculpacion, y como en el suyo propio, descansando en el honor de Gonzalo, firme le defendió contra su propio hijo; y si, despues pocas palabras relativas al asunto habian salido de sus labios, era porque la enfermedad de su hija la absorbía por entero.

Afigíale algun tanto la enfermedad de Elena; pero augurando de la fortalecida naturaleza de la doliente niña, que tendria las fuerzas necesarias para sacudir este mal accidental, consolábase el buen hombre con la esperanza de que habia de ser pasajero, y, desechando toda idea triste de su mente, pasó á ocuparse exclusivamente en los medios de salvar á su protegido.

Y en vigilia toda la noche, entregado á estas cavilaciones, apénas anunció el sol la llegada de otro dia, abandonó diligente la cama para practicar las oportunas diligencias.

Vióse en primer lugar con el juez que debia entender en la causa; é, informado por éste, tomó sobre sí (autorizado por la indolencia de los parientes de Gonzalo y la indiferencia del mismo en

su eleccion de abogado) buscarle un hábil é interesado defensor que coadyuvara debidamente á la aclaracion de su inocencia, y ocupado en estos pasos, se le fué el dia hasta la llegada de la tarde, en que otra vez se dirigió á la cárcel.

CAPÍTULO X.

El día despues, deseoso D. German de adquirir noticias acerca de Elena, se dirigió temprano á la calle de la Amargura; y, penetrando en la humilde morada de la viuda con la propia libertad que tenía de costumbre, dirigió sus pasos, sin hacerse anunciar, á la salita de recibo.

La puerta ya en la mano y un pié en el suelo de la sala, ocurriósele volver la cara al lado opuesto del corredor, cuando atraída fuertemente su atención por una extraña claridad como de luz artificial en un cuarto inmediato, se paró por algunos momentos sobrecogido é indeciso.

Repúsose, sin embargo, y otra vez emprendiendo su marcha, se internó en la habitacion.

Todo estaba en su sitio: el sofá, las sillas, el velador... excepto el canario y las flores que de

costumbre esparcian su grata fragancia... Bastó la ausencia de estos objetos para infundirle cierta inquietud superior á toda razon.

Miró en derredor, escuchó con atencion por ver si oia sonido de alguna clase, y, parado en medio de la estancia, parecióle que llegaba á sus oidos un trino prolongado, pero lejano, cual si procediera del cuarto mismo en que habia visto la luz.

Era el canario á no dudarle: el canario de Elena que le regaló Gonzalo, que jamás se separaba de su lado, y que junto con ella deberia estar.

D. German se estremeció.

Paróse otra vez á escuchar.

El canario seguia cantando.

—¡Maldito pájaro! exclamó incomodado de los alegres gorjeos.

—En seguida se arrepintió, porque se acordó de que Elena le queria.

Callóse despues el pájaro, y D. German pasó de la salita á la alcoba de Magdalena.

Llamó á la puerta.

Nadie le contestó: pero oyó sin embargo cierto ruido dentro del cuarto cual si alguien estuviera orando.

Llamó otra vez y sintió un calofrio circular por su cuerpo.

Nadie tampoco le contestó.

Resolvióse á entrar, y forzando suavemente la puerta, se encontró de frente al símbolo de nuestra sacrosanta religion, colocado sobre el tosco altar de madera (adorno único de la humilde celda de Magdalena) iluminado por algunas luces, en tanto que una mujer, de espaldas á él, oraba con el mayor fervor, llena de humildad su actitud con las manos cruzadas y elevadas á la sagrada imágen.

D. German contempló la postrada figura lleno de terror y reverencia.

Trató de hablar y algo dijo, pero no consiguió atraer la atencion de la que oraba.

Dió un paso hácia ella, retrocedió despues arrepentido; pero de nuevo cobrando ánimo avanzó con lentitud y la miró de lleno.

Clavados los enjutos ojos en el crucifijo en tanto que articulaban sus labios la más ferviente oracion, ni sombra de amargura ó desesperacion se descubria en su semblante.

D. German, sin embargo, comprendió mucho más de lo que se atrevió á decir, y cayó de rodillas á su lado.

—¡Magdalena, Magdalena! repitió. ¿Y Elena? La viuda se incorporó.

Miró á su amigo por algunos segundos en si-

lencio, y señaló al cielo, visible por entre la abierta ventana.

—¡Elena! exclamó. ¡Dios lo ha querido, y mi ángel está con él!

D. German no pudo más.

Inclinó la cabeza para ocultar sus lágrimas: y Magdalena continuó.

—Mi último lazo en la tierra. El recreo de mi vida. ¡Mi esperanza y mi consuelo!... Pero ha querido el Señor que un ángel más vaya á enriquecer su reino; y resignada se la entrego al mismo que me la dió. ¡Estoy sola ya! prorumpió.

D. German le estrechó una mano entre las suyas.

—¡Pobre madre! exclamó. Dios tenga misericordia de la que tanta falta le hace.

La viuda por toda respuesta contempló el crucifijo.

El canario interrumpió su contemplacion.

—Su canario, dijo. El canario que Gonzalo le regaló. No quiso separarse de él, y allí está donde lo miró por la vez postrera.

Un suspiro acompañó á estas palabras.

Veíase bien que le afectaban los trinos: y que hubiera dado cualquier cosa por dejar de oírlos; pero no lo dijo, y acto contínuo, asiéndose de una

mano de D. German, y sin decir palabra, le condujo fuera de la alcoba por el corredor al cuarto en donde habia visto la luz artificial.

¡La luz artificial de los blandones!... alrededor de un cadáver diminuto envuelto entre tules y flores... tan suavemente tendido sobre el lecho mortuario, tan dulcemente abrazado por la avara muerte, que parecia un ángel dormido sin otra cosa de cadáver más que los cirios funerarios y el grupo doliente que le cercaba entregado á los sollozos y á las lágrimas.

¡Pobre lirio blanco! ¡pobre flor marchita en la aurora de su vida, asolada cuando más floreciente estaba y las áuras de la primavera mecian con dulzura su cáliz perfumado!

¡Pobre niña desgraciada, muerta cuando el mundo le brindaba con sus halagos, y placentera la vida le sonreía!

¡Pobre vírgen, amortajada con sus vestidos de novia, la corona de rosas blancas y el traje nupcial de encaje que de Isabel recibiera!...

Cubríanla tambien flores naturales: las flores que tanto amara durante el curso de su vida; y perdida su frágil forma entre las rosas y violetas que llenaban el cuarto con su fragancia, todo parecia ménos una criatura muerta por efecto de sufrimiento.

D. German siguió á Magdalena con el más profundo silencio hasta hallarse cerca del lecho mortuario.

El grupo que lo rodeaba le hizo sitio, y la madre y su amigo se acercaron.

Una mano de la niña descansaba sobre su seno, pero suelta la otra y caída sobre su cuerpo, la asió la madre entre las suyas y se la llevó á los labios con indecible ternura.

La criada y algunas vecinas que se habian hallado presentes á la hora de la muerte, hablaban entre tanto en voz baja, y solos ahora alrededor del cadáver Magdalena y D. German, se inclinó este último sobre el frio rostro, é imprimió un beso en la helada mejilla.

— Dios sabe lo que ha hecho, dijo. Pensemos un momento en lo que este mundo es en comparacion de aquél que encierra ya el espíritu inocente de ese ángel; y guardémonos de llorarla.

La madre inclinó la cabeza profundamente resignada; y aún asida de la mano de su hija, se sentó á su cabecera.

No habia llorado todavía.

Sus enjutos ojos parecian querer salirse de sus órbitas, y su henchido corazon, cual si fuera á escapársele del seno; pero de un efecto maravilloso

las palabras de su amigo, las obstinadas corrientes de sus lágrimas se abrieron como por encanto, y abundantes inundaron la helada mano de Elena.

Todos habian deseado esto; que el corazon de la madre se pudiera desahogar, y la dejaron sola con el cuerpo de su hija, ocupándose entre tanto de informar á D. German de todo lo relativo al triste é inesperado suceso.

Habia muerto Elena la tarde anterior.

Al ponerse el sol habia tomado vuelo su espíritu en los brazos de su madre.

Grave su mal desde el principio, pasó la noche primera y el dia que le siguió en un continuado delirio, lleno de fantasías é imágenes placenteras; borrada por completo de su imaginacion la idea de la prision de Gonzalo y trasportada en su estado febril á las escenas felices, saboreando con anticipacion las delicias que no habia de alcanzar.

Pero alentada despues, imágenes más cercanas á la verdad, se fijaron en su mente, y recobrando el conocimiento de los objetos exteriores, reconoció la presencia de su madre y la ausencia de su amante.

Explicósela, sin embargo, á su modo (sabe Dios cómo se lo permitió su infinita misericordia), y

resignada aparentemente á la privacion, pidió con la mayor instancia que le trajeran á Isabel.

Su madre la complació en todo; y prestamente satisfecho este deseo, compartió Isabel con Magdalena los últimos cuidados del amor maternal.

Conoció á todos; los nombró á uno por uno, y pidió que le trajeran su canario: el canario que Gonzalo le regaló, y el libro de sus poesías.

Habló de su vida pasada; de lo feliz que habia sido con el amor de su madre, con el de su amado Gonzalo, y con la amistad de Isabel.

Y aunque en delirio siempre, dejó á todos satisfechos.

Dijo ver cosas muy hermosas, y con tanta fe, con tanto entusiasmo celebraba su hermosura, que sin duda, fueran aquellas escenas visiones celestiales que el Señor le enviaba.

Escuchaba una música deliciosa, que todo el dia no cesó de oír, exclamando algunas veces: «¡Qué hermosa! ¡qué dulce es!»

Sólo á Francisco olvidó de todos los que conocia.

Dios lo quiso así: que nada hubiera amargo en su última hora, ni un doloroso recuerdo.

Por la tarde conocieron que su fin se aproximaba.

Estaba tranquila no obstante; apénas se le oía la respiracion, y articulaba solamente alguna que otra palabra, y siempre sobre la música que sólo á sus oídos llegaba.

Su madre le asía una mano é Isabel la otra; y frias como el mármol, en balde las estrechaban, las envolvian y se las metian en el seno para calentarlas.

La hora se hallaba cerca; y encomendada ya el alma pura de aquella criatura inocente al ponerse el sol, sin esfuerzo, sin lucha, dulcemente, cual si se dispusiera á dormir, se desprendió su espíritu de la tierra, y placentero voló á la mansion etérea, donde los ángeles la esperaban.

Sin alterarse su semblante angelical, sin sufrir ni su cuerpo ni su alma en ese último trance, fué su muerte la muerte de los justos; y de infinitas dulzuras lleno su fin, nada hubo en su memoria que pudiera jamás atormentar el espíritu de su madre.

Los pájaros cantan en Mayo, los árboles se cubren de hojas, las plantas de flores, y Dios está más visible en todas partes.

Vírgen la recibia la tumba, y cual su corazon lo predijo en otro tiempo, al cubrirse los árboles de hojas y las plantas de flores, dormiria ya en su

sepulcro, con el sol caliente sobre su losa fria, y el canto del buho en sus oidos muertos.

—Su corazon le fué fiel, exclamó D. German refiriéndose á la memoria de estas palabras; y favorecida su alma pura por el Dios que tanto amó, conducida por las áuras de la primavera, y perdida entre el perfume de las flores y el canto de las aves, díganme: ¿Quién de entre todos nosotros le hubiera deseado una muerte más dichosa?

Las lágrimas y los lamentos de todos los presentes respondieron.

Volvióse despues D. German al cuarto mortuario.

El llanto habia consolado á la viuda; y más tranquila, pudo hablar con su amigo de cuanto le habia sucedido, y confirmar las noticias que acababa aquél de recibir.

Le hacía bien hablar del asunto, ó si así no era en efecto, le era indispensable desahogar su corazon desolado; y D. German alimentó la expansion.

No se movió de allí en todo el dia; y dia y noche ocupado en prestar todo género de consuelos y cuidados á la desgraciada madre, cumplió esa mision divina de la caridad que tan admirablemente desempeñaba.

A la mañana siguiente deberian conducirse los restos mortales de Elena á su última morada; y temeroso el buen amigo de que el bien sostenido valor de la viuda sucumbiera en este momento terrible en que para siempre se separaba de su vista, lo que más habia amado en el mundo, trató de sacarla con engaños del cuarto.

Pero inútiles sus ardides, y sobrellevando valerosa su dolor, Magdalena, con el más resignado sufrimiento, firme se negó á cuanto de ella era exigido, con espíritu portentoso permaneciendo en su puesto hasta la llegada del momento de prueba: ¡el momento de prueba en que el amado cuerpo fué depositado en el estrecho ataud, y el último beso materno acarició la fria mejilla!

El último beso, la última sensacion maternal, el último consuelo en el mundo; el arranque verdadero del alma, y la agonía más grande para el corazon que ama: ¿quién no ha sentido alguna vez en su vida lo que este beso es? ¿Quién no ha sentido desgarrada su alma y arrancado su corazon por su triste eco?

No sucumbió sin embargo Magdalena á la dolorosa sensacion; no exhaló un solo grito de resistencia ó amargura.

Dios la sostuvo en su terrible trance, y con en-

jutos ojos y serena faz arrodillada ante el féretro de su hija, inclinó la cabeza á la voluntad suprema, en tanto que de vista la perdía, articulando con fervor, que no admite expresion, la sublime oracion que dice: «Tu voluntad se haga así en la tierra como en el cielo.»

Temprano todavía, cuando el cortejo fúnebre atravesó las calles, reinaba el más profundo silencio en la ciudad; y apénas interrumpidos los pensamientos de los acompañantes por un objeto separado de su triste ocupacion, se entretenian en discutir los incidentes de esta deplorada catástrofe.

Profundamente indignados contra el iluso amante que tal pesar causara á la que le amó más que á su vida, ninguno sin embargo se acordó de acriminar al inhumano hermano.

¡Así juzga el mundo muchas veces!

Triste la muerte siempre, se hace doblemente melancólica cuando arrebatada en su veloz carrera á la tierna juventud con su hermosura, su inocencia, sus ilusiones y esperanzas, que de tan bellos encantos revisten la vida que ante sí contempla!

Triste es morir entónces: triste perder la existencia en su aurora, la ilusion en su nacimiento y la esperanza en su mayor fuerza!

Triste es morir el corazon aún vírgen; y triste

como no hay palabras para expresarlo, era la muerte de aquella tierna criatura, muerta en la alborada de su vida, en los momentos más felices de ella, al despertar á la ventura y al logro de sus ensueños y esperanzas!

Encerrada en su limitado ataud, velado ya para su vista el cielo, el campo, las flores y las aves que tanto amó, sin un sentido para percibir los objetos tan ligados á su naturaleza, lentamente la condujeron á su última morada, donde vendría el sol de continuo á brillar, pero cuyos ardientes rayos jamás volverían á iluminar su pura frente.

D. German quiso volverla á ver.

Se lo había prometido á su madre, y ántes de dejarla colocada en el estrecho nicho señalado para su postrer descanso, descubrió el ataud, y le besó la frente.

Susurraba una brisa suave en torno del callado cementerio; derramaba el astro del día sus ardorosos rayos en el descubierto cuerpo y gorjeaban los pájaros sus himnos matutinos aleteando en derredor de los circunstantes.

Y sobre su fría sepultura reflejando el ardiente sol, y en torno de su lecho de muerte susurrando la suave brisa, dejaron al lirio blanco, sola en la

mansion de los muertos, llenos de tristeza, separándose de su inmediacion para entregarse á las reflexiones despertadas por el ejemplo de tan temprana muerte.

Y en ella como ninguno pensando D. German, tomó sobre sí el triste encargo de comunicársela á Gonzalo.

Vió á Magdalena ántes para hablarle de la inocencia del jóven, y del pesar que habria de experimentar en su prematura viudez: y, estimulado por los consejos de la viuda á no demorar su piadosa intencion por temor á alguna sorpresa anticipada, sin pérdida de tiempo tomó el camino de la cárcel.

Cerca ya del medio dia, habia bastante gente en las calles, pero aparentemente indiferente ó ciego D. German á las sombras que le cruzaban por delante, ó que junto á él pasaban, necesitó de la presion de una mano sobre su brazo para advertir la persona que tenía cerca de sí.

Era esta una mujer que habria sido de notable belleza en algun tiempo, pero que en la actualidad, desfigurada por alguna enfermedad física ó destruida por los sufrimientos morales, no ofrecia en su persona más que restos de hermosura.

Sus ojos eran hechiceros, y aunque en el mo-

mento de clavarse en D. German, despedían una expresión siniestra, encerraban no obstante la más irresistible seducción.

Desordenado su cabello, contraído su semblante y trémulas sus manos al asir el brazo del comerciante, se paró D. German sobrecogido de la inesperada aparición, pero sin dejar por eso de manifestar su usual benevolencia.

—No te había visto, hija mía, dijo. Estaba tan triste y distraído...

—Lo comprendo, lo comprendo ahora, interrumpió la mujer con excitación; pero tuve miedo hace un rato de que empezara V. ya á aborrecerme.

Y sin cuidarse de la atención que pudiera despertar, apoderóse de una mano del comerciante, y, á pesar de su resistencia, se la llevó con arrobo á los labios.

—¡Aborrecerme V.! añadió. Mi Dios, mi padre, mi consuelo y mi salvador! Pero hoy estoy loca, añadió interrumpiéndose. Lo que tengo aquí, dijo golpeándose la frente, nadie lo puede saber.

D. German conoció que había sido mal interpretada su abstracción, pero innecesaria la reparación de su inocente falta, á vista de la facilidad

con que la propia interesada parecia habérsela explicado, excusó perder el tiempo en inútiles palabras.

—¿Y qué sucede, qué tienes hoy más que otros dias, Mercedes? le volvió á preguntar.

—Esa niña, ese ángel, esa víctima más, sacrificada por aquel maldito!... y otra cosa, dijo con la extraña y sobrenatural sonrisa, que tan repulsiva era; pero no me la pregunte V. Hablemos de la pobre Elena.

D. German la complació contándole los pormenores de la muerte que ella ignoraba; y, aunque deseoso de abreviar la conversacion, no halló modo de cortarla hasta que Mercedes lo quiso.

—Todo Cádiz lo sabe, fueron las últimas palabras de ésta, y todo Cádiz se ciega hasta el punto de celebrar la accion del inhumano Francisco. Pero ya abrirán los ojos, agregó con exaltada vehemencia. Yo me lo sé. Yo me lo sé, repitió con la misma extraña sonrisa de ántes, y porque yo me lo sé, añadió con indefinible expresion de demencia en su alterado semblante, le maldigo y le detesto. ¡Ah! ah! ah! prorumpió con una risa sardónica, que hubiera hecho honor á su maestro; ¡quién me lo hubiera predicho que hasta tal extremo le aborreciera!

D. German la contempló con dolor.

Era lo que hacía siempre que la veía tan excitada; y, eficaz de continuo esta mirada compasiva para contener los violentos arrebatos, sin otra palabra más relativa al asunto, se separó Mercedes de él, dejándole no poco confuso respecto al sentido de su misterioso lenguaje.

La jóvèn se envolvió en su manto, y recorriendo con velocidad las calles, no paró en su carrera hasta llegar á una casa bien conocida en el curso de mi historia, donde (empezando por el portero) causó su presencia una sensacion tan extraña que merece bien se consigne en un capítulo nuevo.

CAPÍTULO XI.

Conocida de todos los moradores subalternos de la casa de D. Álvaro Montoya, y tanto como su persona conocida la historia de sus relaciones con el cajero y el abandono de éste, no era extraña la sorpresa descubierta en el cuerpo de criados al encontrarse con ella, ni la presteza con que diligentes (subordinados á la autoridad superior de Francisco) la amonestaron contra su entrada en la casa, alegando el mandato del cajero para reforzar sus disposiciones.

—No es á él á quien vengo á ver, fué la respuesta de Mercedes, en apoyo de su intencion de penetrar en la mansion, sino á D. Álvaro Montoya y á su señora; y quieran V.V. ó no, los veré. Díganse de mi parte á la señora, y que de recha-

zar la confianza, habrá de arrepentirse todo el resto de su vida.

El carácter enérgico de este lenguaje, la irresistible veracidad encerrada en su articulacion , le abrió de una vez la prohibida entrada ; y , precedida la jóven por uno de los criados , se dirigió á las habitaciones principales de la casa.

La doncella avisó á su señora de que una persona deseaba verla con la mayor instancia, y obtenido el permiso de Isabel para la presentacion de ésta en su tocador, solas y cara á cara se encontraron las dos mujeres que Francisco habia amado, y que de su amor conservaban las mismas ruinosas huellas que conserva el campo asolado por los furrores del huracan.

Miráronse en silencio por algunos segundos; Isabel, sin adivinar el objeto de la venida de su desconocida, y Mercedes, deslumbrada por la belleza de su rival, llena de admiracion y reverencia.

Era notable el contraste que ofrecian las dos, aunque las dos eran bellas: la una miraba con reverencia la belleza de la otra, pero no ménos interesada se manifestó esta última al ver delante de sí á la desconocida.

La marcada expresion del semblante de Mercedes, la atraccion magnética de sus ojos penetran-

tes, la característica dureza de su boca, no era posible dejasen de llamar la atención de Isabel; y fuertemente excitada su curiosidad, un extraño interés ayudó á interesar sus sentimientos todos en favor de su nueva conocida.

—Señora, dijo ésta después que hubo concluido su exámen del rostro que tanto la impresionara; muy hermosa esperaba encontrar á V., pero la realidad supera todos los pensamientos de mi mente.

Isabel se sonrojó ante estos francos elogios, é invitó á Mercedes á tomar asiento.

Sentóse ella al propio tiempo, y dirigiendo inmediatamente la conversacion al punto de mayor interés, inquirió el motivo de la venida de Mercedes.

—El más importante, señora. El deseo de salvar á un inocente, y de quitarle la máscara á un infame.

El corazón de Isabel latió con violencia.

—¡Cómo! ¿Quién? ¿Cuál? prorumpió á pesar suyo, dejando ver mucho más de lo que hubiera querido de sus sensaciones ocultas.

Mercedes meditó un momento; y como si nada fuera dicho de las anteriores palabras, saltó á otro objeto aparentemente separado de él.

—Francisco Cadenas, el cajero de D. Álvaro Montoya, se ha atrevido á fijar los ojos en la virtuosa consorte de su principal. ¿No es esto cierto, señora?

Isabel se levantó de su asiento.

—No sé qué derecho tiene una persona desconocida para insultarme con tan bochornosa suposición; y si para semejante...

—No se incomode V., señora, interrumpió Mercedes, parando el movimiento de su oyente. No desconozca V. con anticipacion la intencion que aquí me trae. Sea V. franca con la que harto ha adivinado lo que en balde se esfuerza V. por ocultarle, y no rechace V. con aspereza á quien sabe hacerle la justicia que se merece.

Isabel volvió á su asiento, y Mercedes continuó.

—Francisco la amó á V., como me amó á mí en otro tiempo; pero con esta diferencia: que pura V. y virtuosa, supo guarecerse de sus seductoras asechanzas; en tanto que yo ¡triste de mí...! Pero dejémonos de eso, señora. Mi historia no es digna de oídos tan puros, ni de paredes tan lujosas.

Isabel la interrumpió.

—Si los resentimientos con Francisco Cadenas, le inspiran esa hiel, si ellos son los que le presen-

tan la perspectiva de lo que en el mundo pasa, triste existencia debe ser la que lo contempla todo por tan engañoso cristal.

—¿V. le aborrece? dijo Mercedes por toda respuesta, con alegría feroz que asustó á Isabel.

—Cuanto puede un cristiano odiar á un semejante.

—¡Y él la amó á V. sin embargo y la ama todavía! No me engañe V., señora. Se lo he suplicado ántes; se lo imploro ahora con renovada instancia. Soy mujer, he sido amante y celosa; y todo lo he comprendido. No me falta más que una palabra de confirmacion. No me la rehuse V., y por ese Dios que nos oye, le juro que de estas cuatro paredes no saldrá; pero no me engañe V. por amor de Dios! ¡Soy Mercedes, la antigua amante de Francisco.Cadenas, que todo lo sacrificó por él.: nombre, posicion, el amor de un hombre honrado! Soy Mercedes, repitió con creciente vehemencia; la que aún amaba á Francisco cuando brilló un sol en esta casa; soy la infeliz á quien él olvidó luego, deslumbrado por ese sol. Tuve celos en un tiempo: lo confieso, señora; pero ya no son los celos los que me mueven. Los celos vienen de mucho amor, y el amor para mí ya acabó.

Isabel creía hallarse bajo el poder de una hechicera, y justificada la ilusion por la apariencia de Mercedes, sin saber lo que hacía, fascinada enteramente le confesó lo que deseaba saber.

Mercedes se levantó de su asiento golpeándose las manos con alegría.

— Te lo dije, Gabriel, exclamó con exaltacion. Te dije que una mujer habia en ello, y que no podia ser otra que el sol que en esta casa brillaba. He acertado. Las mujeres para todo, señora, añadió volviéndose otra vez á Isabel que pensó más que nunca habérselas con un sér sobrenatural ó cuando ménos con una demente.

No se alarmó sin embargo.

Se hallaba su corazón demasiado interesado para dejarse llevar de sentimientos pueriles; y tranquila continuó escuchando á Mercedes.

— Además de Francisco, añadió despues de una corta pausa, habia otra persona en esta casa que osó tambien fijar los ojos en el astro luminoso.

— No más, no más, articuló Isabel, ahora con razon aterrada de las portentosas palabras de su extraña compañera. ¿Es que sueño? ¿Es que he perdido el juicio? exclamó con acentos medrosos, ¿ó es V. algo más que humana, y esto que me refiere viene de otras regiones superiores á las de la tierra?

—Soy una mujer, respondió Mercedes, que amó con su alma toda al hombre que por V. la olvidó, y que, por él enseñada, ha aprendido á profundizar las historias más complicadas de la vida. En esta casa, prosiguió Mercedes con la incoherencia de la demencia, saltando de un punto á otro, sin cuidarse para nada de la ligazon y del arreglo de las ideas, se ha descubierto un robo aparentemente cometido por aquel que, como le he dicho á V. ántes, osó contemplar el mismo astro que Francisco.

Todo Cádiz sabía esto, y la comunicacion no sorprendió por lo tanto á Isabel.

Sin embargo, ántes de entrar en la importante cuestion, quiso desvanecer cualquiera sospecha injuriosa que alimentara Mercedes, y sin permitirle otra palabra, tomó sobre sí el dilucidar la materia.

—Si mis palabras han dado fuerza á la extraña suposicion que me manifestó V. hace un rato; si ellas la han confirmado en la más errada de las creencias, pídole á V., ántes que crucemos una palabra más, que me haga en este caso la propia justicia que me supo hacer en el otro.

Mercedes se apresuró á tranquilizarla.

—Nada más he dicho, señora, sino que otra

persona en esta casa osó fijar los ojos en el astro mismo en que los fijara Francisco. Eso no encierra inculpacion alguna para V. He dicho ántes que era V. pura y virtuosa, y la virtud verdadera sé bien que no sucumbe jamás.

Isabel se conmovió llena de gratitud, y Mercedes continuó:

—¿He acertado hasta aquí? Confiésemelo V., que nada habrá de perder en ello.

Isabel asintió con su silencio.

—Gracias, señora, gracias, exclamó apoderándose de las manos de la jóven. No me ha considerado V. indigna de su confianza. Ha hecho V. conmigo lo que creí no podia ya esperar de nadie y comprendo bien que una vez que Francisco la llegó á V. á amar, le fuera yo aborrecible.

Se alteró su voz al articular estas palabras, é Isabel sintió temblar las manos que estrechaban las suyas.

Su interés en lo que oía crecía entre tanto, y, vivamente conmovida, trató á su nueva conocida desde aquel momento con el mayor afecto.

—El que está preso, resumió Mercedes volviendo otra vez á la interrumpida conversacion, debería ser el esposo de la hermana de Francisco, de esa tierna niña que han enterrado hoy.

Isabel no pudo contener sus lágrimas con el doloroso recuerdo.

—¡Pobre víctima! prosiguió Mercedes con profunda indignacion y articulando estas palabras con la más exaltada vehemencia. ¡Esa más en holocausto al burlado orgullo de ese maldito! Yo le conozco, señora, y sé que no perdona la resistencia. Yo le conozco, y sé que si en el corazón de V., en medio de su pureza y virtud, alcanzó á descubrir el más suave hálito de compasion por su rival, no habia de quedar el descubrimiento impune.

La sorpresa de Isabel, ó mejor dicho su espanto por la perspicacia y penetracion de su compañera crecia por momentos; y, persuadida como lo habia estado desde el principio de la conversacion, de la ineficacia de luchar contra ella, ahora con estas palabras acabó de entregarse á su poder.

Cubriéronse sus mejillas del color más vivo, cerráronse sus párpados como llenos de rubor, y sometido su espíritu á lo que el destino de ella disponia, inclinó la cabeza sin valor para contrarrestar el lenguaje extraordinario que aquella mujer le dirigia.

—Somos flacos mortales, habia continuado diciendo Mercedes, y no es delito sentir en sí el

impulso y el instinto para el mal, si heróica voluntad lo rechaza. No se avergüence V. por ello. El delito está en sucumbir. Contemple V., prosiguió señalando á su misma persona, la diferencia entre nosotras dos.

Vea V. este rostro tan horriblemente desfigurado, esta frente, agregó golpeándosela con violencia, señalada de la manera más indeleble, y haga V. la distincion!

Isabel contempló la cicatriz con infinito interés.

Mercedes se hallaba tan agitada que tuvo que suspender su discurso por algunos instantes.

Isabel le dirigió la palabra con el mayor cariño.

—¡Pobre mujer! dijo, ¡cuánto me interesan sus sufrimientos, y cuánto daría por verla tranquila y olvidada de sus desgracias!

—Eso no puede ser jamás, interpuso Mercedes con un suspiro. ¡Sin ilusiones, sin esperanzas, sin amor! agregó con acentos tan profundos que parecían salir de debajo de la tierra, no me quedan más que los remordimientos!

Isabel derramó una lágrima de simpatía.

—¿Llora V. por mí? prorumpió Mercedes. ¡Ah! Soy demasiado feliz hoy para merecer esas lágrimas.

Isabel la miró sin entenderla; y Mercedes continuó en el mismo tono incoherente que habia empleado desde el principio.

—Amé en un tiempo á Francisco con mi alma toda; con esa fe sincera, con esa abnegacion que todo lo juzga insignificante y fácil con tal de acreditar la fuerza de su amor. Y entónces que le amaba, le hubiera perdonado cualquiera inconsecuencia, cualquier género de dureza si penitente hubiera vuelto á mis amantes brazos; pero hoy ya por completo curada de mi amor, por completo desilusionada del que creí inspirarle al que tan apasionadamente amé, le detesto, señora, y nada me parece bastante para desahogar mi hiel; Dios ha querido entregar su suerte en mis manos; y de un hilo del que puedo disponer depende esa vida que hace unos cuantos meses hubiera rescatado al precio de la mia!

Animada ésta al parecer por un soplo de Francisco Cadenas, tan implacable y tenaz como él en el perseguimiento de su objeto, tan audaz y determinada en sus intentos, excepto por la diferencia de las circunstancias de ámbos, respecto á ella, hubiera creído la jóven tener delante en forma de mujer al sofístico é implacable cajero.

Dominada, sin embargo, con heróico esfuerzo

esta medrosa sensacion, y ejerciendo todos los poderes del vencimiento con la propia nobleza y generosidad de ántes, posponiendo los sentimientos de su corazon al dictámen de su recta conciencia, interrumpió á Mercedes.

—La venganza es odiosa, dijo, ni existe motivo, por poderoso que sea, para justificarla.

Mercedes se encogió de hombros como excusándose de conceder otra explicacion á sus ininteligibles sentimientos, y continuó impávida.

—He venido á esta casa como creo haberle dicho á V. ántes, para salvar á un inocente y quitar la máscara á un infame; y, si á los ojos de V. obro bajo la influencia de un mal principio, el hecho en sí me salva de todo género de recriminacion á los ojos de los demás. Y, si bien en lo último que he pensado ha sido en servir otra causa que la mia, sólo V., á quien he hecho la confesion, me lo puede echar en rostro, y V., señora, agregó con cierta tendencia á la ironía, se guardará bien de divulgar mi secreto. Otros, dijo con acentos solemnes, guardo yo aquí, añadió golpeándose el pecho, y en el interés de V. está el tenerme por amiga. Además: ¿no detesta V. á Francisco? Pues entónces, exclamó con exaltacion, ¿por qué me tiene V. á las puertas del Paraiso, y pone contra mis

deseos ese fingido interés que á nada conduce?

El sentimiento generoso que impelia á Isabel á desplegar esa grandeza de alma que jamás en ninguna ocasion de su vida se desmentia, recibió en estas palabras tan gran repulsa, que ya no se atrevió á continuar en esa noble cuerda.

Mercedes entre tanto no dejó mucho tiempo para la reflexion.

—Ese jóven, prosiguió, que yace sumergido en un triste calabozo, es tan inocente como yo del delito de que le acusan.

Isabel dió un salto en su asiento.

—Y reo del robo, Francisco Cadenas; en mis manos existen las pruebas evidentes de ello. En mis manos, repitió levantándose y paseándose con precipitacion por el cuarto. Aquí, dijo sacando un papel del seno y mostrándoselo entre sus dedos á la sobrecogida Isabel.

Era un billete semejante en todo á los que le tachaban á Gonzalo de haber robado, que reconocido á la primera ojeada por la jóven, le causó tan grande sensacion que se quedó por algunos momentos como una muerta.

Habia sufrido mucho en los últimos dias, y cualquiera conmocion le producía una especie de vértigo, que apoderándose así de sus fuerzas físi-

cas como de las morales, la dejaba por el tiempo que le duraba como atacada de parálisis.

Mercedes la miró llena de interés con la propia reverencia que la contemplara en los primeros momentos de encontrarse con ella.

— ¡Qué hermosa es la virtud! dijo para sí, cruzando las manos con arrobamiento y dirigiéndose á la inmóvil figura que tenía delante cual pudiera á una estatua; sin estos surcos negros, señalados por las lágrimas derramadas por el despecho; sin esta acritud de corazón nacida de los desengaños; sin esta desesperación despertada por los tardíos remordimientos, y la pérdida de la estimación de sí... ¡Ah! ¿Por qué no fuí yo también virtuosa? dijo con la más desconsoladora amargura. ¿Por que encontré á ese demonio en mi carrera y loca me entregué á su pasión?... Fuera feliz sin esta sed que me devora; sin esta furia que me consume, sin este frenesí que con nada se sacia, y que me desgarrá las entrañas sin tregua, ni esperanzas de descanso!

Adivinada de antemano, con ese instinto peculiar de su sobrenatural perspicacia, la historia de aquel corazón tan diferente del suyo, tan aleccionado en la escuela del vencimiento, tan supeditado á la voz de la razón y de la virtud, llenó á Mer-

cedes la corroboracion de este descubrimiento del más profundo respeto hácia la que habia tan solemnemente luchado y vencido en la lid en que ella habia sucumbido.

Acercóse á Isabel, y con mayor fervor arrodillándosele delante, imprimió un beso en los pliegues de su vestido.

La jóven volvió en sí para encontrársela á sus piés.

Los acentos proféticos con que fueron articuladas estas palabras, estremecieron á Isabel.

Se asió convulsivamente del brazo de Mercedes, sobreponiéndose con un esfuerzo sobrenatural á las emociones de su corazon.

— Mercedes, dijo con acentos ahogados; piense V. un momento en lo que va á proferir; y no se precipite, si habrá más tarde de arrepentirse; V. amó á Francisco en su tiempo con su alma toda. Creyó V. en el amor de él, y donde una vez hubo fuego suelen quedar rescoldos.

— ¡Rescoldos! prorumpió Mercedes con sardónica risa. ¡Ah!... ¡Rescoldos despues de todo esto! dijo señalando á su cicatriz. Hasta entónces le idolatré. Pero me pegó, señora, exclamó con tal amargura, que hizo circular la sangre fria por las venas de Isabel; y aquel golpe cruel sobre mi po-

bre frente me quitó de una vez la ilusion. Un hombre, un caballero, hacer esto con una débil mujer, que le adoraba y hubiera dado su vida por la de él....

Se paró de repente ocultando el rostro entre las manos, y lloró con violencia por algunos segundos; y despues de este desahogo, cediendo á las fervientes instancias de Isabel, le refirió la historia toda de sus amores, hasta la terrible escena de su desengaño.

— Desde entónces, señora, fueron sus últimas palabras referentes al asunto de que jamás habia hablado hasta este momento, se acabó para mí toda sombra de amor; y sobre las cenizas de aquel brasero, con cuya paleta me pegó Francisco, extinguido todo sentimiento de clemencia, trocóse mi amor en el odio más inextinguible. Señalada para toda mi vida, tratada como un perro, castigada con tan excesiva crueldad!... me volví una fiera, y soñé sólo con el placer de la venganza. ¡La venganza! La venganza, sí: exclamó con frenética expresion en su semblante; la más deliberada y perseverante venganza que pueda equilibrar el daño que se me ha hecho. No el daño material, señora, exclamó interrumpiéndose. No soy tan cobarde que el dolor físico me hiciera esa impresion: fué el del alma

lo que trastornó mi sér. Pero no sufro ya , prosiguió con tono más tranquilo, como deseosa de disminuir la visible conmocion de Isabel , que, olvidada de sus propios pesares ante este cuadro lamentable, se entregaba en medio de cierta reprobacion á los sentimientos más vivos de la compasion. Soy feliz hoy. Mi corazon no ha vacilado un momento; y la suerte ha coronado mi empresa. En los primeros tiempos, la propia excitacion de mi mente , la misma fiereza de mis intentos me robaba el acierto y el aplomo para obrar; y, perdida en el vasto campo de mis planes de venganza, ninguna llegué á hallar nada bastante eficaz para saciar mi furor. No perdía el tiempo sin embargo. Alimentaba mi odio, y le pedía á Dios...

— ¡A Dios! interrumpió Isabel. ¡Al Dios de la templaza y de la misericordia!

—No me interrumpa V. , señora , exclamó Mercedes; lo que estoy haciendo con V. no lo he hecho con nadie ántes, ni lo hubiera hecho ahora á no ser por lo que me ha inspirado la presencia de V. y el deseo de justificarme sin engaños ni subterfugios. Ayer aún, no hubiera habido fuerza humana bastante para arrancarme mi historia; más aún; ni hoy mismo, á no haberla encontrado á V. tal cual mi mente la juzgó, tampoco se la hubiera

comunicado; pero se lo repito á V., era preciso justificarme, era preciso hacerle comprender á V. la causa verdadera del paso que voy á dar, y cohonestarlo con los más poderosos motivos.

Siguieron á estas palabras unos cuantos momentos de silencio que no se atrevió Isabel á interrumpir, indecisa acerca del modo de dirigirse á su compañera, y sin acabar de comprender su extraña naturaleza. Mercedes fué otra vez la primera en hablar.

—Como iba diciendo, no perdía entre tanto el tiempo. Alimentaba mi odio, y le pedía á Dios que favoreciera mi causa, y que en mis manos pusiera los medios de servirla. Corrían los días. Mi pasión iba tomando incremento, cuando quiso la casualidad proporcionarme lo que tan ardientemente deseaba.

Encontraba Isabel tal semejanza entre su extraña visita, y el que la había hecho víctima de las propias ideas ahora reveladas á su conocimiento, que contemplaba á su compañera con indecible miedo.

—¡Ay! Mercedes, Mercedes, exclamó Isabel que á pesar del vértigo no había por completo perdido la acción de sus sentidos, y se había por consiguiente hecho dueña de las palabras soltadas

por su compañera; ¡cuánto me aflige oír á V. expresarse de esa manera! Comprendo todo lo que el pobre corazón de V. habrá sufrido. Comprendo bien sus pesares y compadezco los tormentos indelebles que su alma debe de haber experimentado. Pero si tan grande es el pesar de V. por lo pasado, si ha llegado ya el día del arrepentimiento, por ese Dios que nos oye, le pido no desatienda la piadosa llamada. Todos erramos, Mercedes, prosiguió la jóven llena de fervor y entusiasmo. Todos tenemos alguna cosa que echarnos en cara, y nada hay más grato á los ojos del Señor que el reconocimiento de nuestros errores, si arrepentidos nos entregamos á su infinita misericordia. La justicia humana reclama la intervencion debida para salvar el honor y tal vez la vida del que padece injustamente por la iniquidad de otro, pero no el espíritu de la venganza, Mercedes, no el desahogo de la peor pasion engendrada en el corazón humano, y yo quisiera, por el propio bien de V., que juntas, con templanza, trabajáramos por el bien del calumniado, sin otro objeto que el de salvarle.

—Yo no necesito de nadie para salir bien de mi empresa, respondió Mercedes. No he venido á pedir proteccion ni apoyo. Le he dicho á V. ya

que aunque aparentemente trabajo á impulsos del más noble amor á la justicia , ni para la justicia de los pocos ni para la de los muchos deseo cooperar, sino para la mia propia, sola é individualmente.

Isabel habia ideado estrechar contra su noble corazon á la que todavía yacia á sus piés, pero rechazada de toda demostracion simpática, ante esta dura implacabilidad, replegó su efusion dentro de los confines del pecho.

Le replicó no obstante á Mercedes que se levantara del suelo; y, sedienta ésta como el tigre, de sangre (una vez empezada á saborear la venganza), de satisfacerla por completo, presurosa obedeció la indicacion, y otra vez sentándose cerca, encima casi de Isabel, volvió á tomar el hilo de la conversacion.

CAPÍTULO XII.

—¿Conoce V. á Gabriel Boleta? dijo de repente por todo preámbulo á lo que ideaba decir.

Isabel contestó negativamente.

—¿Y creerá V. cuando ménos que voy á salir ahora con algun disparate, y que ese Gabriel Boleta nada tiene que ver con el negocio que entre manos traemos?

Isabel se encogió de hombros sin saber qué respuesta dar.

—Pues sepa V., dijo Mercedes, que á no ser por ese mismo Gabriel, nada de lo que he dicho pudiera haber sabido jamás; ni de ninguna manera tener en mis manos la incontestable evidencia contra Francisco, que de tanto peso es. Gabriel Boleta, continuó, se llama mi antiguo amante, que fiel á la memoria de aquel amor sagrado que hollé

yo con la más atroz liviandad, jamás ha desechado ni aquel recuerdo, ni la víbora que anidó en su pecho; y que noble en su mismo resentimiento, si bien odió en el fondo de su corazón al ladrón de su tesoro, nunca, ni por un breve instante, ideó lanzarle el más insignificante anatema. Le manifestó á V. esto, señora, dijo como deseosa de prevenir cualquier género de desconfianza que abrigase Isabel, para probarle ántes de nada, que el tiro no viene de él.

Isabel comprendió la intencion y expresó del modo más satisfactorio el ningun recelo que alimentaba.

Mercedes volvió á tomar la palabra.

—Resuelto Gabriel por consideracion al amor que á Francisco tuve, á respetarle y á huir de encontrárselo cara á cara, se vió obligado no obstante una vez á desistir de su bien fundada resolucion. Pobre, y dependiente de la voluntad de otros, la fuerza de la necesidad le obligó á tener no sé qué negocios con esta casa, y hallarse por fin frente á frente con el que tantos motivos le habia dado para aborrecerle. Tenía muchos como puede V. bien considerar, contra el cajero de su marido de V.; pero decidido á no entregarse á sus resentimientos por el pensamiento del amor que

creia aún le tenía yo, con admirable prudencia le sobrellevó hasta recibir una provocacion irresistible, que por poco destruye toda la fuerza de su nobleza. No sucumbió á pesar de esto; pero sí aprendió á temer que le faltara la paciencia, con que queria contar, y deseoso de huir de la repeticion de tan arriesgada contingencia, se decidió á no volver á exponerse á ella. El destino entre tanto luchaba en contra suya; y empeñado en destruir sus saludables intentos, de nuevo le presentó otra ocasion de prueba, pero esta vez con un objeto oculto á la vista, ó con una grande intencion ajena entónces del conocimiento de Gabriel. Una mañana, temprano todavía, tuvo precision de venir al escritorio; y encontrándose solo con Francisco Cadenas, pasó por su imaginacion un pensamiento fatal, que hubiera puesto por obra á no habérselo impedido esa fuerza de voluntad que tanto le favorece. Tuvo, sin embargo, como nunca miedo de sí mismo, miedo de rendirse á la tentacion, y de ella huyendo como de la mirada de una serpiente, ántes que fuera Francisco conocedor de su presencia, se le quitó de delante; y sin tiempo para más, se ocultó debajo del mostrador de los cobros.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! prorumpió Isabel sin

poderse contener. Alabadas sean tus disposiciones inexcrutables.

Mercedes continuó.

—Pendiente Gabriel, como era natural, del ruido de los pasos de Francisco para huir de su escondite cuando pudiera hacerlo sin llamarle la atencion (receloso de las sospechas á que pudiera dar márgen su crítica posicion), puede V. bien comprender la sutileza con que procuraria observar la direccion de sus piés y de todo otro ruido. Francisco hablaba para sí, y dirigiéndose aparentemente (segun los conocimientos topográficos que Boleta tenía del escritorio) á su propia carpeta, le oyó á aquél decir: «el momento no puede ser más oportuno; y no hay que pedir las llaves.» Oyó en seguida un ruido, como el del choque de dos piezas de acero, y un momento despues el movimiento de una llave en la cerradura (á no dudarle) de la carpeta de Gonzalo Figueras. Alarmóse Gabriel con esto y prestó más atencion que nunca. «¡Qué imprudente soy!» fueron las siguientes palabras que soltó Francisco: y acto continuo, dirigiéndose desde su departamento á la puerta del escritorio, la cerró con llave, volviéndose inmediatamente con pasos presurosos. Dirigióse de nuevo á la carpeta de su ayudante (como llama

Boleta al sobrino de D. Álvaro) y otra vez chocando varias llaves, juzgó Gabriel por el sonido y las palabras que se le escapaban, que se ocupaba en cotejarlas. «Exactas,» decía. «¡Era inútil casi haber hecho la de la gaveta. Con la de la carpeta bastaba. Pero en fin, no está nunca demás la precaucion.» Pasó despues al mostrador de los cobros, y rozando un cajon pesado sobre sus goznes, comprendió Gabriel con anticipacion el delito que se estaba cometiendo. La prudencia y el deseo natural de ver en lo que pararia todo esto, le sujetaban á su escondrijo, y oyó el roce de varios papeles acompañado de las siguientes frases: «¡Creyeron que se habian de burlar de mí; que habia yo de dejarles vivir á su placer; que habia de mirar con indiferencia á otro gozando del tesoro que á mí se me negaba! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Mal sabian con quién tenian que entenderse, y poco valor le daban á la ira que despertaban!» Sonaron en este momento más que nunca los papeles, como si se ocupase Francisco en extenderlos sobre el mostrador, y desahogara en los movimientos físicos las sensaciones violentas de su alma, y ocupado en esto como un par de segundos le oyó despues Gabriel cerrar el cajon pesado y dirigirse otra vez á la carpeta de Gonzalo. Notó en seguida el casi im-

perceptible ruido de un cajon (aparentemente pequeño) al abrirse, y despues un largo rato de silencio, que fué al fin interrumpido por el movimiento retrógado de Francisco á su propia carpeta desde donde se le escaparon las siguientes expresiones: «Aquí, no. Sería arriesgado conservarlos tan inmediatos. Alejémoslos del peligro. En mi bufete estarian por ahora más seguros hasta ver lo que hago de ellos, que á nadie se le ocurrirá descubrir el cuerpo del delito en mi propia casa,» añadió con risa sarcástica. Chocaron por última vez las llaves, y ningun otro ruido llegó ya á los oidos de Gabriel. A poco de esto, otra vez pasó Francisco tan junto á él como ántes para abrir la puerta que habia cerrado, y tomando en seguida la direccion de las habitaciones interiores, no se ocupó Boleta de otra cosa que de huir cuanto ántes del lugar en que acababa de presenciar tan infame delito. Escapóse como una ardilla de su jaula improvisada, y extrayendo la cabeza por el hueco, se le presentó delante un pedacito de papel que, segun él (que entiende de estas cosas), forma la más incontestable evidencia en las circunstancias presentes.

Isabel estaba horrorizada; y Mercedes continuó sin tomar aliento: se veia claramente que su exci-

tacion iba creciendo por instantes, y que los momentos que le separaban de la consumacion de su obra se le hacian siglos.

—Huyó al fin Gabriel sin incidente alguno digno de contarse, asido del pedazo tan importante de papel; y noble en su consideracion por mí, en medio de la conviccion que abrigaba del crimen cometido á su vista, y de la poderosa evidencia encerrada en su testimonio, ni palabra me reveló hasta verse forzado á ello por el deber de su conciencia, y el deseo natural de salvar á un inocente. Créame V., señora; prorumpió Mercedes con el mayor fervor. Ningun móvil egoista tuvo cabida en el pecho del generoso Boleta al hacerme la depositaria de su secreto; yo se lo aseguro á V., y debe V. ya conocer que soy incapaz de mentir. Dos ó tres días no más creo que habrian pasado desde aquel en que tenía Gabriel entre sus manos la suerte de Francisco, cuando reventó la mina, y todo Cádiz se estremeció. Mejor debe V. saber que yo, señora, el concepto de que disfrutaba el sobrino de D. Álvaro, y nadie es capaz de juzgar lo que sufriria el alma noble y honrada de Boleta al verse juez y árbitro del destino de ese inocente acusado. Sabrá V. tambien apreciar el medio de que se valió para

cumplir con su deber y los nobles sentimientos de su corazón sin par. Vino á verme ayer tarde (hacía unos cuantos días que me faltaban sus visitas) y después de informarme de lo que llevo dicho, entregó en mis manos su causa, y el secreto vedado aún á la justicia, y que vedado habria de quedar si mi corazón todavía amara y prefiriera el sacrificio del cordero, al castigo del implacable lobo.

Se hallaba Mercedes al llegar aquí tan excitada y rendida, que permaneció por algunos segundos sin voz ni aliento para continuar.

Sus mejillas encendidas parecían teñidas en sangre, y sus ojos ensangrentados, como iluminados por un fuego sobrenatural.

El cabello que desde el principio habia tenido desordenado, le caía como nunca en desarreglo sobre las hinchadas sienas, y roja su boca como una ascua, presentaba en su conjunto un aspecto tan visible de demencia, que causaba miedo el contemplarla.

Isabel se le acercó llena de compasión y gratitud, gratitud que no se hubiera atrevido á confesar, pero que sin embargo prevalecía sobre todas sus demás sensaciones, fuertemente atraída á ella en su estado de postración, con el objeto de estrecharla entre sus brazos, y expresar en aquel abrazo

todo lo que sentia y no le era permitido decir, todo lo que hubiera querido expresar y le era rehusado por la extraña y repulsiva naturaleza de su nueva conocida.

Mercedes conoció su intencion, ántes de sentir contra el suyo el latido de aquel noble corazon, y la presion de aquellos brazos misericordiosos en torno de su inclinado cuello.

Y, huyendo de aquella caricia espontánea cual pudiera del contagio de un pestilente, azorada corrió despavorida al extremo de la habitacion.

—No llegue V. hasta mí, grito extendiendo los brazos en defensa. Soy una criatura maldita, indigna de tal merced. Sería un delito contaminarla á V., y de eso no soy capaz.

Era un cuadro hermoso aquel: la mujer pura, ángel de misericordia, y clemencia parada en medio del cuarto, sus serenos ojos fijos llenos de caridad y amor en la mujer manchada, ángel caído, pero conservando ileso todavía en el fondo de su alma algo de la pureza de su origen.

—Perdóneme V., dijo la excitada mujer despues de unos cortos momentos; lo que hay en mí no es fácil de comprender, ni es posible lo deslinde jamás una persona como V. No soy en el fondo tan mala como parezco. ¡Dios lo sabe!... No ha-

blemos de ello ahora, añadió pasándose la mano por la frente como para borrar sus pensamientos. El tiempo es precioso y no debo desperdiciarlo. Este papel, dijo, volviendo á presentar el billete, será la mejor garantía para alcanzar partido de don Álvaro; y de él asida, con la fuerza que el náufrago, de la tabla que le ha de salvar de la muerte, no deseo otra cosa ya, señora, añadió, sino que me me dirija V. en busca de su marido. Pero no: exclamó interrumpiéndose, mejor será que le envíe V. á llamar. No quiero por ahora encontrarme con Francisco; y además, podemos hablar aquí con mayor libertad.

Isabel se ausentó del tocador, y entregándose entónces Mercedes á los más exagerados transportes de alegría y salvaje ferocidad, parecia una hiena recreándose sobre su repugnante festin.

Corria de extremo á extremo del cuarto, se mesaba el cabello, se golpeaba el pecho, alzaba los brazos ya en una, ya en otra direccion, y exhalaba al propio tiempo sonidos tan análogos á estas violentas demostraciones, que á no ser por la forma que la revestia, hubiera podido pasar por todo ménos por criatura humana.

— Ojo por ojo, diente por diente, decia en frases entrecortadas. ¡Nombre por nombre, posicion

por posicion, oprobio por oprobio, desprecio por desprecio! ¿Qué dirá ahora el mundo, Francisco Cadenas? ¿Qué dirá al verte deshonorado, cubierto de tan bochornoso baldon? ¿Te hubiera degradado más un casamiento desigual que delito tan vergonzoso? Dímelo ahora, hijo mimado de la sociedad; dímelo ahora, que todo el mundo se habrá de levantar en contra tuya para lanzarte su sentencia de reprobacion. ¡Qué se harán el respeto y concepto que ciega te concedia! ¡Qué el prestigio con tu dominado principal! ¡Respeto, concepto, prestigio!... todo de una vez perdido con el golpe de mano de mi venganza, todo muere hoy para siempre: la vida moral que tan ficticia ha sido, despojada por completo de su deslumbrante oropel. No tengo clemencia. No tengo piedad. No las hubo para mí; y la hora de mi desquite ha llegado.

La reaparicion de Isabel interrumpió estos transportes.

—Mi marido la espera á V., fueron las palabras de ésta, y oportunamente prevenido desea hablarle sin testigos, y le suplica tenga la bondad de pasar á su sala particular.

Dirigida por Isabel, obedeció Mercedes instantáneamente la indicacion, y, dejándola en camino

de la ya conocida salita de las cábalas del formidable D. Álvaro Montoya, volveremos los ojos por un breve espacio á uno de los personajes de mi historia, que hace algun tiempo ha figurado sólo de una manera indirecta.

Sentado Francisco Cadenas delante de su carpeta al propio tiempo que penetraba Mercedes en la presencia de Montoya, y en el momento de acometer ella la audaz tarea de derrocarlo del concepto de su principal, soñaba él embriagado con el triunfo que conseguia.

Su hermana habia muerto: la tierra habia recibido aquel mismo dia el frágil cuerpo que su bárbara inhumanidad matara con tan fria indiferencia.

Pero ¿qué era para él esta temprana muerte? ¿Qué era para él el dardo que en el corazon de su madre clavara, y la horrible tacha de fratricida?

La satisfaccion de su alcanzada victoria bastaba para sofocar todo sentimiento contrario á su orgullo, y el vil conocimiento de la extension de su venganza, sobraba para hacerle olvidar todo.

Contemplaba complacido los resultados tan lamentables de su estudiada y bien deliberada iniquidad, gozábase en los martirios leidos en el de-

caido semblante de su víctima, y sarcástico reíase de la melancolía, del desaliento, de la ruina total que habia causado, concediéndoles una sola interpretacion, la más ofensiva, incapaz de apreciar los nobles sentimientos de que procedian.

A toda hora en la presencia de Isabel, á toda hora saboreando sus amarguras; á toda hora fija la vista en ella, é implacable atosigándola con sus mal intencionadas palabras y perversas insinuaciones, vivia la pobre todo el tiempo que durara cual bajo el poder de un demonio, aterrada de su espantosa influencia, pero supeditada sin embargo á su dominio por la impotencia de resistirle.

La conciencia acusa siempre, y aguijoneado el fraticida por el sentimiento de su culpa, habíase visto precisado á recurrir á los más estudiados recursos del amor propio para sofocar ese grito interior que tan molesto es; y jamás habia estado más fecundo en imágenes y conceptos: jamás en verdad más brillante y seductor de lo que aparecia bajo el influjo de las circunstancias en que se hallaba, ni en todo el curso de su vida le habian visto sus jóvenes compañeros de escritorio más lleno de agrado y fascinacion que en este dia de la muerte de su pobre hermana.

¡Tristes ardidés de la azorada conciencia!

¡Mal entendidos recursos de la excitada soberbia!

A haber podido Francisco penetrar en los corazones de las mismas irreflexivas criaturas que celebraban sus chistes, hubiera leído en algun lejano rincón la palabra «reprobación,» escrita en caracteres indelebles.

Eran jóvenes aquellos á quienes se dirigia, y por su edad faltos de reflexion; pero, ¿quién de entre ellos, al mismo tiempo quizás de romper en una alegre risotada, no sentia una punzada en el corazón en memoria de su madre, ó de su hermana?

Reíanse, no obstante, lo repito, porque eran jóvenes, y porque la esclavitud en que los tenía su principal les hacía por otro lado grata su bienaventurada ausencia; y aprovechándose de ella, no es extraño, si animados por los esfuerzos de Francisco, pasaron todo el tiempo que duró la entrevista de Mercedes y D. Álvaro, entregados á la más entretenida conversacion, sazónada de continuas explosiones de risa, ajeno el cajero á la causa de la detencion de su principal, y falto de vista para divisar el abismo que á sus piés se abria.

Alargábase, sin embargo, en demasía esta celebrada ausencia del nada amado y nada amable Montoya, y empezaba ya la conciencia de Fran-

cisco á alarmarse, cuando el muchacho nervioso, de quien otras veces he hecho mencion (que huyendo de la hilaridad de los demás, se hallaba estacionado en una de las ventanas del escritorio), comunicó la noticia de hallarse enganchado el carruaje, y á los pocos segundos la de haber visto á su principal penetrar en él acompañado de una señora.

—Isabel, pensó naturalmente Francisco, aunque con extrañeza.

Hacía muchos dias que la jóven no salia de su casa más que para las tristes visitas á Magdalena, y, penetrado Francisco en medio de sus arraigadas é inextinguibles sospechas del noble interés... más todavía, del tierno afecto que profesaba á la frágil criatura, cuyo tálamo nupcial trocó la más bárbara inhumanidad en lecho mortuorio, no pudo ménos de sorprenderle esta inesperada salida.

Explicóselas, no obstante, en la ilimitada sumision de la esposa, á los gustos, á la voluntad de su marido; desechó de sí todo pensamiento desagradable y volvió á ocuparse de entretener á sus jóvenes compañeros, hasta ser distraido un poco más tarde de su ocupacion por la entrada del portero con una carta dirigida á su nombre.

—Carta para V., exclamó el autómeta número

dos, apoderándose de ella y dirigiéndose al cajero. Parece cosa de oficio, agregó.

Francisco tomó el papel entre sus manos y le ojeó con rapidez.

—Será para tratar de algo referente á Gonzalo, insinuó el mismo que se la habia entregado, aludiendo al contenido de la carta.

—Es de suponer, contestó Francisco. El juez desea verme sin demora y para el efecto me cita en mi propia casa dentro de un cuarto de hora. No tengo tiempo que perder. Estos señores no acostumbran andarse con consideraciones, ni les place mucho que se les haga esperar.

Acto contínuo se fué Francisco á la calle.

El dia hermoso que sobre la fria sepultura del lirio blanco vertiera las últimas esencias de la vida que tanto amó, habia sufrido un cambio notable desde la mañana.

Cubrian el firmamento espesas nubes, levantábase una brisa fuerte y desagradable, que arrechando por momentos, parecia impeler á Francisco á andar con renovada presteza.

Habian caido algunas gotas, y amenazaba el cielo descargar aún con más generosidad sus provechosos riegos de primavera, y triste por su es-

peso celaje el aspecto de la etérea bóveda, la contempló Francisco cual si le abrumara la poca analogía que guardaba con la alegría y satisfacción que quería ostentar.

Sacando, sin embargo, de todos los objetos exteriores pábulo para el aumento de su orgullo y soberbia, la misma cargazon del inocente cielo contribuía á provocarle á mayores empeños en la propia contrariedad de las circunstancias, reforzada su implacabilidad, como sucede naturalmente con los espíritus movidos puramente á impulsos del amor propio, y más valeroso y audaz que nunca llegó á su casa.



CAPÍTULO XIII.

Alzó la cara al poner el pié en el umbral, y atraída fuertemente su atención por una nube negra que sobre la casa caía cual si fuera á envolverle en su denso vapor, paróse por algunos momentos como indeciso ó pensativo contemplándola fijamente.

—¡Bah! dijo impaciente á los pocos segundos. ¿Qué tienen que ver las nubes conmigo, ni yo con ellas?

Diciendo esto sofocada en su origen una idea que para cualquiera otro hubiera llevado el nombre y la fuerza de un presentimiento, arrogante pisó el zaguán, subió las escaleras, y se dirigió derecho al estudio ó gabinete, donde lo vimos en otra ocasión en la compañía de Mercedes.

Habíase dado tanta prisa, que supuso tendría

aún que esperar por largo rato al juez; pero, precedido por éste, no bien empujó la entornada puerta, se lo encontró ya instalado en el cuarto acompañado de un escribano y su escribiente.

Saludó Francisco cortesmente con aquel aire suelto de elegancia que tan natural le era, y oficioso invitó al juez á entrar en la cuestion de Gonzalo.

—No es de ese asunto, dijo éste, del que deseo hablar á V., ó al ménos en el sentido en que V. lo espera.

—¡Cómo! prorumpió Francisco encendido su usualmente pálido rostro. ¿Qué quiere V. decir con eso?

—Que se han hecho nuevos descubrimientos que ofrecen envolvernos en mayores dificultades que las que aún hemos vencido. Aparece otra persona complicada en el asunto que la que hasta aquí se ha presentado.

—¡Otra persona! interpuso Francisco arrancándose un guante lentamente con los dientes para ocultar el temblor de sus labios.

—Sí señor: otra persona, repitió el juez.

—¿Y quién puede ser esa? preguntó Cadenas, tirándose todavía del guante.

—V. mismo, V., contestó el juez.

—¡Yo, señores! ¡yo! dijo el cajero con aire de

profunda indignacion. ¿Qué es lo que se atreve V. á insinuarme? ¿Dónde están las pruebas? ¿Qué es lo que resulta en contra mia? ¿Y quién, sobre todo, se atreve á levantarme tan infame calumnia? ¿Dónde están las pruebas? repito.

—En mi poder, respondió el juez. ¿Se le ha ocurrido á V. alguna vez pensar, prosiguió diciendo éste, que habia de parecer el billete que faltaba? Pues ese billete, prosiguió el juez, ha parecido; y de él asida la justicia, le basta con lo que además le habrá de ser revelado para apoyar la más vergonzosa acusacion: doblemente vergonzosa por mostrar en toda su desnudez la horrible estratajema fraguada para perder á un desgraciado inocente.

Cadenas no contestó.

Aparentemente cogido de sorpresa, pero sin embargo, fuerte en el dominio de su semblante, nada dejó ver de lo que en su interior pasaba.

El juez continuó:

—Grande dominio tiene V. sobre su fisonomía, pero no quita eso para que conozca V. la posicion en que se halla. Por una extraña casualidad que jamás se presentó á la imaginacion de V., han sido descubiertos los más viles designios que abrigó el corazon de hombre; y en manos de la

justicia entregadas ya las pruebas incontestables del delito, le recomiendo á V. se entregue á discrecion, y confiese la verdad de una vez. Ante todas cosas: ¿dónde están dos llaves falsas que sirvieron para tan viles intentos? Dígalo V. El tiempo es precioso, y en asuntos de tan grande importancia no hay momentos que perder.

—Nada entiendo, nada sé de cuanto está V. diciéndome, tartamudeó Francisco. Es una espantosa intriga, y nada puedo contestar.

—Las llaves, prorumpió el escribano. Las llaves que están en el bufete, añadió con la astucia propia de los de su profesion.

—¡En el bufete! gritó Francisco Cadenas, haciéndole ahora traicion la lividez de su encendido rostro. ¿Quién lo ha dicho? ¿Quién?

El juez se disponia á contestarle, cuando de repente, abriéndose una puertecita de cristales que daba á un cuarto interior, apareció la formidable persona de D. Álvaro Montoya.

—Dispénsenme V.V., señores, dijo con presteza. Espérense todos un poco, y déjenme á mí hablar.

Diciendo esto, y por completo indiferente al asombro de Francisco por su inesperada presentacion, cerró la puerta tras de sí, y penetró en el gabinete.

— He dicho terminantemente que no creia cuanto me ha sido revelado. He dicho que la aparicion de este billete turba no poco mi entendimiento, pero que no por eso dispuesto á admitir la extraña historia que lo explica, la quiero no obstante ver dilucidada por mis propios ojos, para ser el primero en reparar su honor atacado tan desapiadadamente. Sin embargo, prosiguió volviéndose á Francisco Cadenas y hablando en el tono magistral que tanto le placia adoptar; me obliga mi amor á la justicia, á confesar que si apareciera burlada mi buena fe, si apareciera cierto lo que ahora rechazo tan terminantemente no tendré género ninguno de consideracion. Si lo que he sabido es cierto, si la verdad se reviste de tan extrañas apariencias y la historia de esa mujer resulta verídica... ¡ay de tí entónces, Francisco Cadenas!... exclamó levantando un brazo amenazador. Dios mismo no te podrá salvar.

Francisco entre tanto que escuchaba estas palabras, no habia hecho otra cosa más que quitarse y ponerse los guantes; pero grandemente animado con la aparente incredulidad de su principal, no bien acabó éste de hablar, se le dirigió lleno de confianza.

— Señor D. Álvaro, dijo; ¿cómo permite V. se-

mejantes desacatos con el que tantos años de aprecio le merece, y tan acreedor es al respeto que se le niega? ¿Quién autoriza el insulto de estos señores? ¿Quién los ha llamado á mi casa? ¿Quién, dígame V., ha osado levantarme tan falso testimonio? y ¿quién, en fin, apoya este inícuo proceder?

D. Álvaro se puso una mano sobre el pecho, y tomando sobre sí el aclarar los hechos todos, refirió con la brevedad posible la historia de Mercedes, reservando sólo lo que de ella saben mis lectores, y que la delicada nobleza de la jóven no le habia permitido revelar, concluyendo con las siguientes palabras:

—Esa mujer ofrece presentar el testigo que lo que llevo dicho oyó y vió. Esa mujer jura que lo que dice es verdad. No la creo, Francisco. No la creo aún hasta recibir mayores pruebas. Dícé que existen en tu poder las llaves que empleaste para abrir la carpeta de Gonzalo y el cajon de la gaveta; pero yo rechazo este pensamiento; y, si bien lo quiero ver aclarado, no es con otro objeto que con el de satisfacer á todos de la razon que me asiste. He oido, señores, añadió dirigiéndose al juez y al escribano, el modo con que han tratado V.V. al que por tantos años de mi vida ha sido

otro yo en pundonor y honradez; y no he podido escuchar con paciencia. Por eso me decidí á entrar.

—¿Y quién le mete á V. á calificar mi conducta? contestó el juez.

—Me he permitido demasiado, interrumpió D. Álvaro, pero piensen V.V. un momento, dijo á impulsos de su idea dominante, lo que va á ser de mí, de mi casa, si esto resulta cierto, ó si alguien acierta á traslucir que pudiera serlo, y...

—Eso no es de mi cuenta, interrumpió el juez; pero, aparte de eso, ¿no es mucho peor que se sofoque un delito de tamaña naturaleza, y que pague la pena un inocente, dejándose impune al verdadero criminal?

Francisco se acercó tanto á D. Álvaro al oír su favorable opinion, que parecia haberse ingerido en la persona de su principal.

Era indudable que lo mismo el juez que el escribano conocian á su hombre, y que á la astucia de ninguno de los dos se le podia escapar la verdad del caso.

Cifraba, pues, el verdadero parásito sus esperanzas por entero en su dominio sobre su principal; y de él asido, como del áncora de su salvacion, lleno de arrogancia, valido de las armas que tan bien sabía emplear, le dirigió las más sentidas re-

convenciones que rara vez dejaban de producir su efecto.

—Me aturdió esa mujer, fué la contestacion de D. Álvaro á los bien dirigidos apóstrofes del astuto Mefistófeles. No me dejó ni pensar, ni verte siquiera por un breve instante. Se empeñó en que sin pérdida de tiempo habíamos de acudir en busca del señor, dijo señalando al juez, y, por él dirigidos, aquí vinimos para esperar tu respuesta á la llamada que te dirigió.

—No fué tan difícil, Sr. D. Álvaro, dijo el juez indignado, el hacerle á V. admitir la acusacion contra su propio sobrino. ¿Qué motivos concurrieron en aquel desgraciado jóven para que ningun género de indulgencia se le concediera, en tanto que ahora tan grande generosidad le merece esta otra persona?

La respuesta era bien sencilla.

La grande máquina de la casa de D. Álvaro Montoya podia marchar sin aquella pequeña pieza de mecanismo, representada por la persona de Gonzalo, miéntras que faltándole el eje principal temia el comerciante que toda ella se viniese abajo.

De ahí su obcecacion; de ahí su aparente, pero tan mal entendida generosidad, que duraria no obstante sólo en tanto que existiera la duda.

Una vez destruida, los resultados habian de ser espantosos, y por ahora insondables.

—Pero acabemos de una vez, continuó el juez, porque estoy sufriendo ya demasiadas impertinencias. El juez soy yo. V., D. Álvaro, puede tener de su cajero la opinion que mejor le parezca; la justicia no tiene opinion ninguna, indaga la verdad sin el consentimiento de nadie, sin oír suggestion de nadie. Lo que conviene aquí es el registro de su bufete, que segun mis noticias debe ser el que se encuentra en esta habitacion, y en el cual voy á buscar dos llaves falsas que se me ha dicho existen, y al registro es á lo que voy á proceder.

Francisco se puso lívido, pero aún pronunció algunas palabras en su defensa.

El juez y el escribano se habian en esto aproximado al bufete.

Francisco interpuso su cuerpo, y exclamó:

—Ese cuento es fraguado por la más infame de las mujeres...

D. Álvaro miró con inquietud en direccion de la puerta.

—No debia jamás haber hallado acogida. Es una inícuca venganza del burlado despecho, y V.V., señores, dijo dirigiéndose á todos los presentes, que son hombres, y hombres de mundo, deberian

haber conocido con anticipacion lo que podia dar de sí una mujer de esa especie.

Nunca hubiera Francisco articulado semejantes despreciativas palabras: firmó su sentencia con ellas y dos ojos rutilantes la escribieron en su alma con caractéres de sangre.

Sorprendidos todos de la presencia de la jóven, clavaron simultáneamente la vista en ella, pero sin hacer esfuerzo alguno por evitar su entrada en el gabinete.

El cajero se estremeció visiblemente.

Su bien sostenida firmeza empezaba ya á flaquear, y la aparicion de Mercedes no podia contribuir á envalentonarle.

—Hombre réprobo, fratricida, parricida, exclamó ésta con acentos penetrantes, la hora de la expiacion ha llegado, y ningun ardid te habrá de valer para salvarte de tu merecido castigo. Señores, dijo volviéndose á los representantes de la justicia y á D. Álvaro que cercaban su persona; mírenlo V.V. Mírenle ya con el rostro criminal confesando su delito. Mírenle abatido y vencido sólo por efecto de mi mirada. ¿Se presenta así jamás la inocencia? Lo que he dicho lo repito, lo confirmo y lo declaro con la mayor solemnidad en su propia presencia, y si de ella he huido hasta

aquí no ha sido por temor sino por el miedo de no poderla sobrellevar con paciencia. Pero he sido insultada inhumanamente y no es de esperar que rehuya todavía el presentarme, cuando mi sola vista basta para confundirlo.

El juez, desentendiéndose de todo, se expresó en los siguientes términos:

—No perdamos el tiempo que tan precioso es. Procedamos de una vez á la diligencia que he indicado. El descubrimiento este nos es á todos de la mayor importancia en cualquier sentido que se tome, y habrá de proporcionarnos la más cumplida satisfaccion.

—Ciertamente, ciertamente, contestó el comerciante. Ni yo, ni mi dignísimo cajero, podemos ofrecer género de dificultad. Léjos de ello, el beneficio que habrá de resultarnos á ámbos, se hace demasiado patente, y por lo tanto cuanto ántes se proceda al acto, es mejor.

Francisco, que desde la presentacion de Mercedes no habia hecho otra cosa más que morderse las uñas con desesperacion, perdido con la presencia de su vengativa enemiga todo el aplomo habitual de su naturaleza, y el resto de valor que le quedaba, anonadado bajo la masa de nubes negras hacinadas sobre su cabeza, halló en este momento

un poco de ánimo para erguir la inclinada frente y rebatir la determinacion tomada.

—Esa mujer está loca, dijo señalando á Mercedes, y no es justo que se dejen V.V. llevar de sus desvaríos, haciéndome víctima de su demencia.

—¡Loca! ¡Loca! prorumpió Mercedes interrumpiéndole con fiereza. Loca cuando te ví por la vez primera; loca cuando te amé, y hubiera dado mi vida por salvar la tuya. Pero ¡loca ahora! No.

—Díganla que se vaya, exclamó Francisco. Llévensela de aquí, prosiguió desentendiéndose de todo otro objeto y fijándose sólo en la jóven, ó llamaré á los criados para que la echen á la calle á la fuerza.

—¡Oíganle! prorumpió Mercedes con aumentada ira. Oíganle lo que dice.... Pero no sirve esto, Francisco, exclamó, acercándose con audacia al anonadado cajero. No; por más que te esfuerces la conviccion te acobarda, y tu espíritu está espirando. Tu vida moral toca á su fin. Tus viles artificios se hallan ya descubiertos, y la justicia humana va á firmar tu sentencia como la ha pronunciado ya la divina. El mundo, donde hasta aquí has triunfado, te pisotea ya con desprecio, te rechaza y te cubre de baldon y de ignominia. En masa se levanta contra tí, y donde ayer mandabas

hoy te escupen con escarnio como al más infame é indigno de los hombres.

Francisco no pudo más.

Con un rugido semejante al último que lanza el moribundo toro en la arena, se arrojó sobre la jóven.

Asióla con violencia por el hombro con el intento tal vez de agregar un crimen más al catálogo de sus culpas; pero impedido á tiempo en su objeto por la oportuna mediacion del escribano, quedó Mercedes libre.

En esto sorprendió los oidos de los circunstantes el choque de un objeto de acero contra otro, y atraída simultáneamente la atencion de todos al punto de donde procedia el ruido, vieron al juez junto al bufete extrayendo de un cajon un par de llaves, cuya aparicion produjo tan extraordinaria sensacion, que un grito general de sorpresa y horror resonó en el gabinete.



CAPÍTULO XIV.

— ¡Ay, mi casa! ¡Ay de mi nombre! fué el sonido exhalado desde el fondo del alma de D. Álvaro Montoya, dejándose caer como un edificio desplomado sobre el sofá. ¡Ay! ¡Mi confianza, mi brazo derecho! ¡el eje de la gran máquina; destruido!...

El mundo parecia haberse acabado para él, y no ofrecerle ya esperanza de salvacion ni de respiro.

Las apariencias arrebatában su conviccion con la fuerza de un torrente.

El hallazgo de las llaves formaba el eslabon más pesado en la cadena de las presunciones que resultaban en contra del acusado; y el aspecto desconcertado y culpable de Francisco, corroboraba de una manera irrecusable su criminalidad.

No habia necesidad de que abriese los labios para confesar su delito; no habia necesidad de que su voz resonara en aquel cuarto, para apoyar la verdad de tan extraño modo descubierta.

Su demudado semblante la proclamaba á gritos, y no habia cómo dudar de ella.

La nube espesa que sobre su casa caia al tiempo de poner el pié en el umbral, le habia al fin envuelto en su denso vapor; y, sofocado con la falta de aire, como un asfixiado ahogado con los combustibles hacinados por su propia mano, ni voz ni aliento halló el fratricida con qué defenderse.

Faltáronle aquellos vastos e inexhaustos recurso de su fecunda imaginacion que jamás permanecian inactivos en las grandes ocasiones de su vida; abandonóle el aplomo que tan habitual le era, hasta el mismo espíritu sarcástico, cuyos ardidés y salidas tan eficaces y provechosos le habian sido; y muerto moralmente, como lo expresó Mercedes, inclinó la cobarde cabeza, impotente para huir de la montaña que se venía encima.

Un silencio sepulcral reinó en en el gabinete, en tanto que duró esto; y hubiera tal vez continuado por largo rato á no haberle interrumpido la vibrante voz de Mercedes.

—¿Dónde está tu valor ahora, Francisco Cadenas? dijo contemplando al cajero con el más profundo desden. ¿Dónde tu brillante é inagotable imaginacion que tanto daño ha hecho? ¿Dónde, díme, que no llamas ni al uno ni á la otra en tu ayuda, para mostrarte ménos miserable y más digno del carácter de hombre? ¿Es este Francisco Cadenas? Que le vengan á ver ahora, á ver si alguien le reconoce. ¡Ah, ah, ah! No te falta más que llorar: y llorar como una débil mujer, continuó con aumentado sarcasmo, para llenar tu papel y es lástima que no lo hagas.

El juez se interpuso para hacerla callar; y, obediente á las insinuaciones de éste, permaneció silenciosa por algunos momentos.

Entre tanto, no habian dejado de producir su efecto sus punzantes palabras.

Francisco las sintió como hierro candente circular por sus venas.

Montoya, inmóvil desde el momento de caer sobre el sofá, perdíase en el caos que por delante tenía, midiéndole en toda su extension, abrazándole con brazos de gigante, y desmenuzándole con ojos de lince.

¡El crisol! ¡El crisol! ¡Qué iba á ser del crisol! Amortiguada la fe, la confianza, la esperanza

del alquimista, la llama alimentada con tan infatigable perseverancia se extinguía sin remedio con el rudo soplo del desengaño.

Para él el mundo todo reunía sus rayos en un solo punto, y de tinieblas ahora rodeado este solo punto luminoso de su vida, se entregaba el ávido y concentrado comerciante á los horrores del negro horizonte de su limitada imaginacion.

Faltábale el habla, el movimiento, la elasticidad en los miembros, para desahogar en palabras ó en acciones la agonía de sus sufrimientos; é, inmóvil su cuerpo en medio de las angustias experimentadas por su alma, sólo Francisco, maestro en el conocimiento de aquella violenta naturaleza, pudo penetrarse de lo que en su interior pasaba.

Conocedor de su tenaz implacabilidad, de su indómito orgullo y de su corazón de piedra, sabía bien lo que podía esperar de él. Y temeroso de que el leon despertara, si bien estimulado por esto, tanto como por las palabras de Mercedes á recobrar un átomo de valor, dió un nuevo sesgo á la cuestion, cuidando sin embargo de hacerlo de una manera indirecta, encarándose sólo con los representantes de la justicia.

—Señores, dijo, soy un hombre desgraciado, y es inútil que luche contra mi adverso destino. Más

que desgraciado, soy tal vez hasta criminal; pero no por eso están perdidos los mejores sentimientos de mi corazón, y apelo á la clemencia de ustedes, para que me hagan la debida justicia. Porque si criminal he sido, pienso sacrificarme aún en la hora de mi desgracia, por el que no ha recibido de mí otra cosa más que sacrificios durante todo el curso de mi vida. No soy desleal como se me cree. No soy un infame ladrón. No, por ningún estilo, exclamó dirigiéndose exclusivamente al juez y al escribano y expresándose con el aire de un mártir. Mi honor, jamás desmentido, permanece en medio de sus tribulaciones tan ileso como siempre; y, si un delito he cometido, no ha sido ese delito otro que el que á ningún hombre le daría vergüenza confesar.

Mercedes, que comprendió la intencion de este astuto lenguaje; la malvada intencion del cajero de salvarse á costa de los objetos que más sagrados debian serle, se adelantó á su detestable idea.

—No le escuchen V.V., señores, dijo con irresistible audacia y energía. No le crean palabra de lo que dice. Es un cobarde que por salvarse sería capaz de sacrificar á su propia madre. El hecho es el mismo. No hay palabras que basten para destruirlo, por astutas que sean las razones bus-

cadras para disculparle. Sea V. hombre, Sr. D. Álvaro, sea V. hombre, no una máquina movida por las insidias de ese infame, gritó con creciente energía, volviéndose ahora en dirección del sofá; sacuda V. con valor la ponzoñosa serpiente que se le enrosca al cuello, y que no espera más que el momento oportuno para ahogarle. No vacile V. un momento en su resolución, y haga caer la merecida justicia sobre el que tan acreedor es al más severo de los castigos. Ha mirado el buen nombre que tan sagrado le debía ser como una mera gota de agua en el vasto océano de sus voraces pasiones. Le ha importado poco destruir esa acrisolada reputación que tanto debería respetar; y de todo es capaz un hombre de esta especie.

El juez y el escribano escuchaban con asombro el sutil talento de la inculta, pero tan aventajada mujer, impresionados desde el principio por la arrebatadora veracidad de sus palabras; y más que nunca atraídos á su favor por el ingenio desplegado en estas últimas palabras, se volvieron á Francisco como para preguntarle si se atrevería aún á continuar luchando en lid tan desigual.

El cajero se mordió los labios con rabia, recogiendo en seguida el arrojado guante,

—He mirado el buen nombre que tan sagrado debia serme, como una mera gota de agua en el vasto océano de mis voraces pasiones; me ha importado poco destruir esa acrisolada reputacion que tanto deberia respetar y de todo soy capaz. Sí; tiene razon esa mujer, dijo dirigiéndose siempre al juez y al escribano; y mi caida es tan segura como la de las hojas en el otoño, porque nada puedo ni debo recibir de un hombre como ese, exclamó señalando al inmóvil D. Álvaro que parecia de piedra. Miren V.V., añadió con despecho, mírenlo cuando deberia sacar la cara por mí, prostrado y anonadado sometido al influjo de mis enemigos.... He cometido una falta, es cierto, y por ella habrá de ser mi caida; pero caeré como la robusta encina, llevándome en pos todos los arbus-tos que estén á mi alrededor....

—Cállate, maldito, gritó la penetrante voz de Mercedes. Cállate ó te ahogo: y Dios me perdonará el crimen en consideracion á la causa.

Oyóse en esto un ronquido tan extraño, que lo mismo Mercedes que Francisco, á pesar de su excitacion, se pararon sobrecogidos para fijar la vista en el sofá, sobre cuyo brazo acababa de caer exánime D. Álvaro Montoya.

Inclinada la cabeza sobre el pecho y medio

oculta con el sofá, tenía sin embargo bastante visible el rostro para que dejaran de notarse ciertas señales marcadas, que un ojo experimentado en escenas de esta clase no era fácil desconociera; así es que infundió este espectáculo el mayor pavor en todos los circunstantes, que por un movimiento comun fueron á cerciorarse de sus horribles sospechas, que el primer reconocimiento bastó para confirmar.

¡D. Álvaro Montoya habia dejado de existir!...

El mundo habia terminado para el que no habiendo hallado más que un solo punto luminoso en su carrera, llegó á verlo envuelto en la más tenebrosa oscuridad.

El mundo habia terminado para el que no habiéndose creído jamás juguete de nadie, se encontraba (en su limitada imaginacion) convertido en un maniquí.

El mundo habia terminado para el que olvidando en un solo caso esos principios que le inducian á desconfiar de todo el linaje humano, se vió esa sola vez burlado y vendido de la más vil manera... y, destruido el fornido cuerpo bajo el peso del primer desengaño, impotente para resistir el azote único que recibiera... ese sonido doloroso, exhalado

en el momento de la primera impresion, anunció la muerte moral del hombre cuya muerte física era una consecuencia necesaria.

— «¡ Ay! ¡ mi casa! ¡ mi nombre! ¡ mi confianza, mi brazo derecho: el eje de la gran máquina destruido! » habia sido el grito espontáneo arrancado de su metalizado corazon; y la muerte desde entonces tendió sus garras y no tardó más que un momento en arrebatár su presa.

La consternacion de los testigos de esta muerte no admite descripcion.

Sobrecogidos y llenos de espanto la contemplaban cual si fuera la primera escena de esta clase que se les presentara á la vista, y no tuvieran otra cosa que hacer más que mirarla en silencio, entregados á su asombro.

Sabian todos que era real y efectiva: que el hilo vital habia sido cortado sin remedio; y que aquel postrado tronco era ya lo único que quedaba del que hacía unos minutos empuñaba un cetro de hierro; pero no debian aún admitir las apariencias, y más serenos al cabo de algunos minutos se ocuparon en apelar á la ciencia para reforzar sus suposiciones.

Un celador salió en busca de un médico y lleno inmediatamente despues el gabinete de los criados

de la casa, á cuyos oídos llegó la noticia, procedieron éstos, ayudados por el juez y Mercedes, á prestar sus oficiosos, pero ineficaces auxilios.

Entre tanto se paseaba Francisco Cadenas de extremo á extremo del cuarto, sin tomar parte alguna en la escena que pasaba á su alre dedor; pero sí evidentemente preocupado, y, sobre todo, entregado al estudio de zanjar su posicion y aprovecharse de los favores de la casualidad.

El médico vino al fin, y llena ya de gente la habitacion, bendijo Francisco el bienaventurado cataclismo que tan propicio prometia serle.

Nadie se ocupaba de él, inclusa la misma Mercedes, que en medio de sus desbarros se acordaba de que era mujer para verter los restos de esa divina esencia de la compasion, tan innata en su sexo y que aún conservaba en un escondrijo de su corazon extraviado; y de este olvido, aprovechándose el que jamás se olvidaba de sí, en el momento que juzgó más oportuno, suavemente, cual pudiera una serpiente, se arrastró fuera del cuarto para continuar despues su huida con la mayor velocidad, burlando por completo todo el rigor de las leyes, toda la astucia de los representantes de la justicia, y por lo pronto la voluntad misma del hado que tan contrario se le mostraba.

En el ínterin decia el médico su opinion: una apoplejía fulminante habia acabado con el hombre de hierro, y dictadas las medidas oportunas para trasladar el cadáver al que fué su domicilio, volvieron el juez y el escribano á tratar de Francisco, para encontrarse sin él y verse burlados.

No habia ya, sin embargo, quien reclamase en su contra; no habia ya quien sostuviera la formulada acusacion, á ménos que el que habia sido víctima de las malvadas intrigas del verdadero delincuente no tomara sobre sí el perseguirle y hacerle pagar la pena de su iniquidad; y por lo tanto, nada hay de extraño, si á vista del giro que habia tomado la cuestion, se resignaron fácilmente lo mismo el juez que el escribano á quedarse sin su presa.

No así Mercedes.

Agotados prestamente los restos de la esencia divina, una vez pasada la primera impresion, otra vez reinaba dominante la pasion absorbidora de aquella violenta é implacable naturaleza; y de su ímpetu movida, rugió con fiereza al ver su burlada venganza; y hubiera tal vez procedido á mayores extremos, á no haber aparecido una figura llena de benignidad en el umbral de la puerta del gabinete, cuya suave mirada jamás dejaba de producir los

más beneficiosos resultados en aquellos en quienes se fijaba.

¡Mirada magnética, repleta de bondad y caridad que cual flúido eléctrico penetró hasta el fondo del alma de Mercedes, parando de una vez el arrebatado acceso, y volviéndole á la jóven el respeto que se debía... Los que la vieron, semejante á una emanacion divina descender sobre aquella excitada criatura, jamás pudieron olvidar sus portentosos efectos!

—Mercedes, Mercedes, exclamó una voz sonora; digna compañera de la suave mirada, Dios sobre todo, y aprenda en ese ejemplo, agregó la bondadosa figura que de esta suerte se expresaba, señalando el cadáver, lo que somos y lo que á todos nos espera.

Esto diciendo penetró D. German del Castillo en el cuarto, lleno de respeto y recogimiento y descubierta su noble cabeza.

Habia tenido noticias de lo ocurrido algunos momentos ántes en la calle á su vuelta de la cárcel, y no habia querido perder tiempo en cerciorarse por sus propios ojos; así es que los circunstantes le informaron extensamente de cuanto pudiera aún ignorar relativo al inesperado suceso que á todos tanto ocupaba.

D. German creia soñar.

La idea de que su predilecto Gonzalo se hallaba libre, desde aquel momento, de toda bochornosa inculpacion, de toda especie de sufrimiento humillante le volvia loco de alegría.

La idea de que el ultrajado honor que tan caro le era, recobraba sus derechos y podia confundir á sus detractores con las pruebas más irrefutables de una inmaculada limpieza le hacía sentirse como nunca feliz y dichoso.

Pero la idea de la presencia en que se hallaba, la idea de aquel cadáver contenia en los debidos límites estos trasportes á que con tanta holgura se hubiera en otras circunstancias entregado, y, reduciéndolos puramente por un breve espacio al templo del corazon, ocupóse el digno hombre exclusivamente de la escena en que se encontraba.

Acercóse al sofá y contempló á su antiguo é irreconciliable enemigo.

Apenas alterada su fisonomía, dejaba ver todavía en el hombre de hierro (como fué llamado) la misma dureza de expresion en sus toscas facciones, que las marcara durante todo el curso de su vida.

Lívido, sin embargo, y doblemente repugnante su aspecto por esta causa, alejaba la fea muerte

toda especie de simpatía por el que jamás mientras vivió se hizo amar de nadie, ni encerraba en sí propiedad alguna digna de hacer sentida su muerte.

D. German reflexionaba en esto, en tanto que le miraba y pedia á Dios misericordia para el que jamás se acordó de implorarla por sí.

Era aquella una de las más grandes lecciones que recibe el hombre, que no debe por ningun estilo despreciarse ni olvidarse, y cuyo grave carácter comprendia mejor que ningun otro en toda su extension, el que habia aprendido á conocer la diferencia entre una vida malgastada como ésta, tan de repente y sin anuncio terminada, y la existencia consumida en honra y provecho de los demás y de uno mismo.

Imponente la llamada del Altísimo en la hora en que el hombre por entero se entrega á las pasiones mundanas; en la hora en que en todo su sér sobrenadan las ambiciones, los deseos, los pensamientos, las esperanzas terrestres, estremece la estrecha cuenta que en esa hora solemne se le habrá de pedir al que sin esperarlo, sobrecargado de culpas, comparece ante el tribunal supremo!

D. German suspiró sin darse cuenta de por qué lo hacía.

Era muy grande su caridad, la indulgencia de su virtud, para permitirle entregarse á sentimientos de reprobacion indignos de todo buen cristiano; y si un suspiro le arrancó la contemplacion del cadáver de su antiguo enemigo, fué puramente un suspiro instintivo de compasion.

Cayóle al propio tiempo una lágrima, que rodando por su encendida mejilla, fué á secarse en la cabeza del muerto: una lágrima de pesar por no haberse reconciliado con él, y convertídole de enemigo en amigo.

Mercedes que se hallaba al corriente por los propios labios de D. German, de la historia de su pasada, y que no habia separado la atencion de él desde el momento de presentarse en el cuarto, manifestó la más franca sorpresa, al presenciar este arranque de sensibilidad

—¿Llora V. por ese hombre, dijo, que tan desgraciado le hizo, y que jamás le otorgó otra cosa que el odio más inmotivado?

—Lloro, sí, contestó D. German, por no haberle tenido por amigo, y porque es ya tarde para resarcir esos sentimientos de enemistad, que durante tantos años de mi vida le profesé.

Mercedes le miró con fijeza, maravillada.

—¿Qué te espanta, Mercedes, preguntó el co-

merciante, cual si no comprendiera la causa del asombro de la jóven?

—¡Esa... grandeza... de alma! contestó Mercedes tartamudeando y bajando los ojos como si hallara una reconvencion en este pensamiento y le costara trabajo emitirlo.

D. German la miró radiante de alegría, despertando en su noble alma un rayo de esperanza, que le llenaba de arrobamiento.

—No hago más que cumplir con mi deber, Mercedes, dijo en respuesta á las extrañas palabras de ésta. Las pasiones nos hacen egoistas, y porque egoistas me hicieron á mí tambien por muchos años de mi vida, aprendí á emplear mis sentimientos de más digna manera. Muy desgraciado me hizo este hombre, continuó el comerciante, halagando el débil rayo de esperanza despertado en su alma, por los medios que juzgaba más provechosos, y en la edad en que más fuerza tienen los sentimientos y es más profundo cualquier género de impresion; pero la experiencia y el conocimiento del corazon humano me enseñaron á perdonar las faltas de que tan culpable le hacía y á concederle su verdadero valor. ¡Ay! exclamó con la más profunda conviccion; si pudiéramos todos adquirir con fe el íntimo con-

vencimiento de que la mayor parte de las faltas consisten más en nosotros mismos que en el espíritu de los demás, grande habia de ser el cambio que se operara en la naturaleza humana! Yo de mí sé decir que no aprendí á ser feliz hasta que aprendí á perdonar. Yo de mí sé decir que no comprendí placer alguno, sin mezcla de hiel, en tanto que no adquirí la benevolencia, la clemencia y la caridad debidas para hacerme superior á los instintos de mi naturaleza. Yo de mí sé decir, continuó con creciente energía, que no he conocido una hora de amargura desde que se labró ese gran cambio en mí, y que no pasa un minuto en el curso de mi vida en que no dirija al Señor las más rendidas gracias por los favores que me ha otorgado en las mismas pruebas que me envió.

Mercedes bebia estas palabras con nunca vista avidez; y, profundamente interesados con ella todos los circunstantes extáticos las oian, admirados de tal nobleza de lenguaje.

D. German del Castillo se animaba por momentos; la avidez de Mercedes hacía crecer por segundos su esperanza, y no queria por lo tanto desperdiciar tan favorable conyuntura.

De esta suerte continuó:

—Muy desgraciado me hizo este hombre, re-

pitió, señalando de nuevo el cadáver. Todo Cádiz lo sabe, y no necesito recordar el extremo de los rigores de que por su causa fuí víctima. Joven, lleno de esperanza, de fuego y porvenir; lleno de amor por una criatura, del más acendrado cariño... juventud, esperanza, porvenir y la mujer que amaba, por él perdí de una vez; y colmada de rigores mi suerte, de infinitas amarguras sobrecargada mi vida, por años arrastré la más miserable existencia, de cuyas torturas sólo el que las haya experimentado puede formar una idea!...

Aborrecia al que mis males habia causado; le colmaba de maldiciones clamando al cielo incessantemente contra él, lleno de odio y desesperacion, cuando quiso la casualidad, la misericordia divina, darme á conocer á la familia de Francisco Cadenas.

Mercedes se estremeció al oír este nombre; pero no por eso separó su atencion, y el comerciante continuó:

Y hacer su conocimiento en una época en que pude ser testigo de los pesares inmensos con que se dignaba abrumar á la más amorosa de las madres, para que en el ejemplo de la sublime resignacion con que una débil mujer sobrellevaba sus pruebas, aprendiera yo á sobrellevar las mias,

y á avergonzarme de la pequeñez y cobardía de mi miserable espíritu. ¡Grande leccion aquella, prosiguió D. German, repitiendo las mismas palabras que le dirigió á Gonzalo Figueras en la primera ocasion que hizo el lector conocimiento con él; ¡una madre privada de una vez de todos sus hijos! arrancados los pedazos de su corazon como arranca una ráfaga de viento las hojas todas de un árbol lozano! su saludable ejemplo ejerció un influjo portentoso en mí. Me convirtió en otro sér; y trasformado por completo con esa grande leccion, conocí que hasta entónces no habia sido otra cosa más que un egoista, circunscrito á los estrechos límites de mis propias pasiones, cuyo tiempo, ese tiempo de que tan severa cuenta se nos ha de pedir en el mundo venidero, jamás habia ocupado con provecho. Conocí más que nada, el objeto para el que nos está concedida la vida, y los infinitos medios de felicidad que pudiera aún ofrecerme el mundo si era de mi agrado aprovecharme de ellos, y me lancé á buscarlos. Los encontré, Mercedes. Los encontré en el negocio del bienestar comun; en la caridad, en la clemencia, en la benevolencia, en el gran negocio de la vida que hasta entónces desconociera, y que me enseñó al propio tiempo á deponer toda la mezquindad

de mi rencor y todo el egoismo de mi corazón! Perdoné á D. Álvaro; y le perdoné sin esfuerzo; y porque esto hice con mi alma toda, y sin resistencia alguna en mi ya aleccionado corazón, lloro, Mercedes, que la suerte no haya querido permitirme el manifestárselo como hubiera deseado.

Mercedes se asió de una silla que tenía al lado. Parecia abatida y profundamente afectada.

D. German continuó infatigable en su noble empresa.

—Y sin embargo de no haber cometido en el principio falta alguna que pudiera echarme en cara ¡era tan natural que jóven y libre, amara en donde no habia riesgo aparente ni delito! Yo te aseguro, Mercedes, que á pesar de eso, grandes son los cargos que me he hecho de continuo por la injusticia con que acriminé al que ya no es posible resarcir del daño que le hice.

—¡Injusticia! interrumpió Mercedes en balbucientes acentos. ¡Injusticia! repitió; y toda la falta estaba en él. ¡Dios mio! ¡Dios mio!... No habia delito en aquel amor, y lo halla V. sin embargo censurable...

—Y tan censurable. Yo debí sofocarle ante la triste y precaria perspectiva que podia ofrecer con él. Yo debí respetar la voluntad de la familia,

y, sobre todo, no pedir al olmo las peras, que en toda posibilidad no puede producir. Yo debí desde el principio conocer lo que somos todos: el principio de egoísmo engendrado en nuestro sér, las exageradas exigencias de nuestras indómitas pasiones, y no acriminar sin clemencia esa dureza de corazón, esa falta de sentimientos que ninguna censura en verdad merecían por no formar parte, ni de la voluntad, ni aun del conocimiento. ¡Ay! Mercedes, lo repito; si pudiéramos adquirir con fe la íntima convicción de que la mayor parte de las faltas, de que queremos hacer responsables á los demás, proceden más bien de nosotros mismos que de ellos; grande y beneficioso había de ser el cambio efectuado en la naturaleza humana. Dirigiríamos el timon de las reconvenciones á nuestras propias faltas; y, jueces imparciales en tan importante asunto, seríamos entónces más indulgentes con los demás, para que Dios lo fuese también con nosotros: ese Dios de misericordia, de justicia y de templanza en todas partes visible, en todas partes preminente... como en ningun otro lugar, en ese espectáculo que delante tenemos! ¡La muerte!... Mira lo que somos, Mercedes. Mira á lo que sacrificamos la bienaventuranza eterna. ¡Al polvo! ¡A la nada!

Mercedes cayó de rodillas á los piés de su ángel tutelar.

—No más, no más, dijo con acentos desgarradores, abrazándose á las piernas de D. German. No puedo más, que me estoy ahogando.

Su cabello luciente se desprendió con este movimiento y cubrÍala el rostro que las lágrimas inundaban.

CAPÍTULO XV.

Dios tocó al fin en el corazón á la contrita Mercedes.

Le hizo comprender la más excelsa de las virtudes cristianas: la sublime caridad, y lleno de arrepentimiento el corazón, despierto de repente de su prolongada enajenación, se entregó Mercedes por entero á los sentimientos nuevos engendrados en su alma, abandonándose al llanto más copioso que había tenido en su vida.

D. German comprendió el origen, y conoció el efecto de aquellas lágrimas, y, lleno de arrobamiento al ver su esperanza realizada, lloró también de alegría, sin expresar de otro modo las diversas sensaciones que le dominaban.

Nada dijo á la postrada pecadora; nada podía en efecto decirle que la contrita Mercedes en aquel

bienaventurado momento no se dijera ella misma; y dejó que los raudales corrieran, sin cuidarse de detenerlos.

Dió gracias al Señor por tan insigne beneficio, y levantando despues á la postrada mujer, la estrechó contra su pecho con el propio afecto que si hubiera sido su hija.

Hombres eran los que presenciaban esta tierna escena, hombres acostumbrados á las escenas groseras de la vida, pero ninguno de entre ellos la pudo contemplar con indiferencia.

En esto habia avanzado tanto la tarde, que fué preciso apresurar las operaciones ántes que la noche se viniera encima; y, puestas inmediatamente en práctica las oportunas medidas para el traslado del cadáver á su casa, acompañado del médico y del escribano, tomó sobre sí D. German la grata comision de acompañar al juez en el acto de dar libertad al encarcelado Gonzalo.

Colocaron en su propio carruaje al que unas cuantas horas ántes lo habia ocupado lleno de vigor y fuerza, en tanto que otro carruaje trasladaba á Mercedes á su casa, y á D. German y al juez á la triste y sombría cárcel.

Apacible en extremo la tarde, y serenas como una balsa las plácidas aguas de la bahía, callada y

ensimismada las contempló Mercedes con indefinible sensacion de ternura que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Febil, aunque abatida despues de la expansion de su rescatada alma, no habia articulado palabra desde el momento de entrar en el carruaje; pero de nuevo excitada por la vista del mar; de nuevo impresionada por el vasto paño de agua, tan ligado á los sentimientos primordiales de su corazon, otra vez se soltaron las corrientes de sus ojos, y otra vez corrieron estas lágrimas sin treguas ni consuelo.

— La mar, la mar, decia entre los profundos sollozos que acompañaban á su llanto; ¡cuánto amo la mar otra vez! ¡Mis ojos, mis oidos la perciben, como en los primeros tiempos... y lloro... de alegría! prorumpió extasiada.

Lo he dicho en otro lugar: D. German era un mandria; y es inútil tratar de ocultarlo.

Lloró por segunda vez con Mercedes; y al despedirse de ella á la puerta de su casa, no sólo la volvió á abrazar, sino que á fuer de viejo, de padre, de amigo, ó de salvador, imprimió tan sonoro ósculo en la encendida mejilla de la jóven, que á no ser porque el juez conocia bien la pureza de su excelente espíritu, hubiera tenido por liviana semejante conducta.

Puesto en marcha otra vez el carruaje, no tardó en detenerse en la puerta de la cárcel; en la cual introducidos los libertadores de la víctima de Francisco Cadenas, se comunicaron por algunos momentos con el alcaide, ínterin se anunciaba su llegada al interesado.

Gonzalo habia pasado un dia tristísimo: la visita matutina de D. German le habia sumergido en la más honda melancolía: ni habia comido ni se habia movido del sitio donde lo dejara D. German; y, entregado al más amargo pesar, en vano habian sido los esfuerzos é instancias del alcaide para distraerle de su afliccion.

Conmovido con este relato se apresuraron don German y el juez á consolar al preso, y entrando en su estancia le anunciaron que en aquella misma noche saldria de su prision.

Libre ya el inocente preso, descubiertas las asechanzas de su enemigo oculto, muerto el tirano juez que tan inclemente se le mostrara siempre... necesitó D. German repetir dos ó tres veces lo que decia para que Gonzalo lo comprendiera y acabara por creerlo.

Hay algo, sin embrago, tan solemne en la idea de la muerte, algo tan imponente en deberle los medios de felicidad y el logro quizá de todas las

ambiciones, deseos y esperanzas que no era posible dejase Gonzalo (como á cualquiera otro le hubiera sucedido en su caso), de sentirse, en medio de su dicha, tristemente impresionado.

Además, el recuerdo del lirio blanco flotaba perenne en su pensamiento, y la propia sensacion de felicidad y renacida esperanza que á pesar suyo bullia en su alma, despertaba una sombra de remordimiento que bastaba para apagar por lo pronto toda demostracion de alegría.

Entregado aquel mismo dia á la tierra el frágil cuerpo, cuyo débil soplo de vida apagó el aire récio que agotó una vida más amada que la suya propia, hubiera sido una injuria á aquella memoria, entregarse con efusion á los nuevos sentimientos evocados por el cambio de las circunstancias; y Gonzalo estaba demasiado acostumbrado á escuchar la voz de su conciencia para desatenderla fácilmente en momentos tan imponentes.

D. German admiró y respetó semejante delicadeza.

Secundándole, pues (como era de esperar de su digno carácter), lleno de compostura y delicadeza dispuso salir de aquella sombría mansion, y activando diligente las operaciones, la noche encontró al preso y á sus libertadores fuera ya de la cárcel,

en camino de la casa de D. German, donde su llegada fué celebrada con el mayor regocijo por su dependiente Antonio Rosales.

¡Pobre Antonio! ¡Qué dia habia pasado! ¡Qué inquietudes! ¡qué temores!

Hasta pálido estaba de sus resultas, y casi convulso de la excitacion. La vista de su principal; la primera ojeada de aquella bondadosa fisonomía, tan contemplada, tan estudiada y entendida, bastó no obstante para devolverle la tranquilidad; y, rebosando de contento al comprender parte de lo ocurrido por la aparicion de Gonzalo, dejó ver hasta el último hueso de su boca descomunal, y se limpió algo que empañaba su vista.

Identificado con su jefe, no era extraño, si á fuerza de quererle y de estudiarle se le habia pegado algo de aquella tan tierna naturaleza; y no debe, pues, causar sorpresa si algunas veces se manifestaba tan mandria como el mismo don German.

Repuesto, sin embargo, casi instantáneamente de su grata conmocion, se ocupó en cooperar con interés al bien del que sus pensamientos monopolizaba; y previniendo que la comida esperaba para que se le hicieran los debidos honores, consiguió que lo mismo D. German y el juez, que el

debilitado Gonzalo se dedicaran á reconquistar una parte de las fuerzas perdidas en las conmociones y acciones de aquel dia tan fecundo en incidentes.

Intacta la comida que deberia haber sido consumida algunas horas ántes por el humilde servidor con quien compartia D. German su hospitalaria mesa, le otorgó el rendido esclavo con esta muestra de adhesion tan cumplido testimonio de su cariño, que el agradecido principal no sabía cómo recompensárselo.

No obstante, parecia Antonio tan dichoso sólo con ver feliz á su jefe (lo estaba D. German á no dudarlo, por más que se acordara de la niña doliente que tanto interés le mereció y del triste espectáculo ofrecido con la muerte de su antiguo enemigo), que no aspiraba aparentemente á mayor recompensa que la que estaba disfrutando; y, gozoso de proporcionársela su principal, se le debe dispensar si se permitió algun que otro chiste, propio sin duda para estimular tan generosos sentimientos.

De esta manera se pasó el rato de la comida, mejor de lo que todos esperaban, y á su conclusion, despidiéndose el juez y Antonio Rosales, que jamás se hallaba demás y poseia el tacto más admirable para no hacer nunca nada fuera de lu-

gar, se quedaron solos D. German y Gonzalo y en libertad para ocuparse de los acontecimientos del día.

¡Cuán rápidas pasaron las horas empleadas de esta suerte!

¡Cuán veloces corrieron los minutos ocupados en revelarse mutuamente lo que cada cual ignoraba ó no ignoraba!

¡Y cuán digna se destacaba la fisonomía de Gonzalo, franco, confesando todo cuanto D. German tenía adivinado pero que juró conservar siempre callado, no se puede fácilmente expresar!

La imaginacion adivina lo que en balde osaria la pluma acometer.

Ese goce íntimo de la comunicacion; ese ensanche delicioso del corazon, en que se goza aún descubriendo las propias flaquezas y debilidades, ¿quién que siente no lo comprende? y, ¿á quién que no siente se le puede explicar?...

Encerrada una historia entera de pasion, de vencimiento, de sacrificios y de generosidad en la confesion del jóven Figueras, nunca le amó tanto D. German, como en esta noche memorable en que se hizo el confidente de todos los secretos, y de la noble virtud de aquel honrado y jóven corazon.

¡Pobre lirio blanco!

La amaba ya Gonzalo cuando la triste flor feneció, con el amor de padre y de hermano reunidos; y como padre y hermano la lloraba.

Pero su destino le llamaba á otra parte.

Sus tendencias elevadas, cual el tronco de la erguida palmera, aspiraban á otra cosa que á la humilde flor del valle, que besaba sus piés; á otra correspondencia que á la que aquella frágil planta podía dar de sí, y, si triste no obstante contemplaba la mustia flor que la ráfaga arrancara, en tanto que fuerte y lozano erguia él la arrogante cabeza, el susurro de la brisa en otra palmera vecina, templaba su afliccion y le brindaba halagüeña con una renacida esperanza...

¡Ensueños del corazon!

Preocupada con ellos su mente no se creyó bastante fuerte aquella noche para resistir la vista de Magdalena, y la deslumbrante luz de la estrella de su destino, por quien todos sus sacrificios habian sido, y todas sus virtudes se habian perfeccionado.

Era preciso para el caso reconquistar la perdida serenidad, adquirir cierta cantidad de valor; y, como ningun otro remedio era más eficaz (segun D. German) que una noche de descanso, cedió el

jóven á sus instancias de conciliar algunas horas de sueño.

El remedio prescrito á Gonzalo produjo resultados maravillosos, y tranquilizado ya por completo y restablecido en la mañana que siguió á aquella noche de descanso, se sintió el jóven lleno de valor y firmeza para soportar cualquier género de sensacion.

¿Adónde debería acudir primero? fué la pregunta que se dirigió una vez ya vestido su enlutado traje y dispuesto á emprender sus visitas.

La casa que era ya suya exigia la primera atencion; y á esa casa debería sin titubear dirigirse para ocupar el lugar que le correspondia.

¡Suya la casa, suyo el primer lugar en ella! la ilusion era completa; y el corazon de Gonzalo latió henchido de esperanza y felicidad.

Acompañado, pues, de D. German emprendió la marcha á la mansion de donde hacia algunos dias habia sido expulsado con tanta ignominia, y cuyo umbral volvia á pisar bajo tan diferentes auspicios.

Sabido el desenlace de la acusacion contra Gonzalo; y, vuelta otra vez la corriente de la opinion pública á su favor, innumerables fueron las personas que en su tránsito por las calles le salieron

al encuentro para darle la enhorabuena, é infinitas las que se empeñaron en acompañarle hasta la casa de donde le habian visto salir ignominiosamente.

Imposibilitado por estas inevitables causas de llegar á su destino con la deseada premura, era ya cerca de medio dia cuando, precedido por el ángel de su guarda, puso el pié en el zaguan de aquel templo donde juró no volver á comparecer, y cuyo suelo volvía á pisar, á pesar de aquel juramento, con sentimientos tan diferentes de los que llenaban su corazon la última vez, que casi no parecia la misma persona.

Abierta de par en par la puerta de la calle, desde donde empezaban á verse esas señales inequívocas de la presencia de la muerte, con corazon comprimido, por la sensacion que siempre produce el espectáculo solemne que deberia en breve presenciar, cruzó Gonzalo el patio, subió las escaleras, y se dirigió á la sala de las cábalas, en la cual, segun los informes del portero, se encontraba el cadáver, y donde llamó fuertemente la atencion del jóven y la de D. German del Castillo, la soledad que reinaba allí como en toda la casa.

Dos personas solas velaban al cadáver, y estas

mismas, nada afectadas al parecer por aquella grave escena, conversaban con la mayor indiferencia.

De espaldas á nuestros amigos, tuvieron éstos tiempo de reconocerlos por las voces ántes que por la fisonomía; y descubierta la persona del anciano Aguilera en uno de los que velaban, se le dirigió Gonzalo con los brazos abiertos, repuesto por completo de la opresion que experimentara algunos momentos ántes.

Los blanquescinos ojos se movieron en sus órbitas inquietos por la alegría y el afan de ver; però inútil el empeño, se contentaron los brazos con responder á aquel afectuoso abrazo y los oidos con escuchar aquella voz sonora que tantos días hacía habian dejado de oir.

—¡Gonzalo mio! ¡Hijo querido! fueron las expresiones que siguieron á estas demostraciones.

¡Hijo querido!....

Como la voz favorable de los antiguos oráculos escuchó Gonzalo estas palabras, y saboreando sus dulzuras, se quedó por algunos segundos como queriendo prolongar su delicioso eco.

La otra persona que velaba se levantó de su asiento á la llegada de los nuevos personajes; y reconocida su persona con no poca sorpresa de

Gonzalo y D. German, manifestó este último sus sentimientos con la mayor franqueza.

—Tú aquí, Gabriel, dijo saludándole al propio tiempo con la más amistosa cordialidad. No esperaba por cierto tan dichoso encuentro.

—Gracias á Dios por su caridad, contestó Aguilera. Desde ayer tarde que vino á ofrecerme sus servicios y que con gusto acepté, no ha querido separarse de mi lado.

—Cumpló con mi deber en lo que hago, interpuso Boleta. Era justo que, despues de lo ocurrido, hiciera yo cuanto pudiera por mi parte para resarcir el daño indirectamente causado por la pobre Mercedes; y creo complacerla en cuanto llevo hecho. Además, era tan triste dejar solo al señor, continuó el jóven patron, refiriéndose al anciano militar, que no he tenido corazon para ello.

—Pero ¿y los amigos de la casa? ¿y los dependientes de la casa?... ¿y los mismos criados? prorumpió D. German. ¿No ha acudido nadie á rendir este último tributo de homenaje al que ya no los volveria á incomodar más?

—¡ Los amigos de la casa! replicó Aguilera. ¿Dónde estuvieron jamás? ¿Dónde se encuentran ahora?

En verdad era una pregunta inoportuna la de D. German del Castillo.

¿Cuándo tuvo un amigo el hombre que no fué nunca amigo de nadie?

¿Ni cómo habia de esperarse que acudieran á rendir un tributo de cariño ó respeto á su memoria, los que jamás habian tenido motivo para otorgar semejante homenaje?

—Pero ¿y los dependientes? repitió D. German. ¿Qué es de ellos? ¿Cómo no se ha presentado alguno?

—Nunca amaron á su principal; y perdidas ya las esperanzas interesadas que cifraban en él, sin rebozo se entregan á los placeres de su reconquistada libertad. Vendrán, no obstante, á la tarde, para unirse á ese cuerpo burlesco de dolientes que acompañará al cadáver á su última morada.

—¿Y los criados? persistió D. German.

—Aborrecieron á su amo en vida, y se excusan ahora de molestarse velándole en muerte, pretestando el temor que continúa inspirándoles aun cadáver.

—¡Es una triste leccion que conmueve el espíritu más endurecido, prorumpió D. German, y estremece al corazon más egoista! Pero y de Isa-

bel, ¿qué es? ¿adónde está? interrogó D. German á los pocos momentos.

Isabel, por efecto de la sorpresa que en ella produjo la repentina muerte de su marido, yacía postrada en el lecho.

¡Triste, triste muerte! morir como un perro en la calle, sin merecer un suspiro, un sollozo, una sola lágrima cristalina de amor, de compasion ó humanidad! ¡Triste, triste muerte! El cuerpo no padece, es cierto, y ningun provecho podrá reportar de semejante ejemplo el que sólo comprende los goces y padecimientos materiales de la carne; pero el espíritu que goza y padece hasta la eternidad; que ahora, despues y siempre conserva el conocimiento de las sensaciones del alma, así en su estado de impureza como en el de su purificacion, ¿dejará de sacar provecho de semejante leccion?

Pasaron lo que quedaba de dia los cuatro reunidos en torno del cadáver; y sólo á la aproximacion de la tarde se encontró Gonzalo autorizado á obedecer el justo deseo de ver á los niños; y para ello alejándose del cuarto mortuorio por algunos momentos, pasó á estrechar contra su corazon á los que por tan sagrados títulos merecian su más tierno afecto.

¡Qué momento de alegría para los pequeñue-

los aquel en que los enlazó el jóven entre sus brazos, y los cubrió de besos y caricias!

¡Qué momento de alegría para Gonzalo aquel en que se sintió más que nunca adherido á ellos, y en que le regalaban los oídos con los epítetos más cariñosos!

¡Qué momento de alegría para todos aquel en que hablaron de Isabel; y sin rebozo ni miedo de ofenderla, saboreó Gonzalo el dulce privilegio de hablar de ella!

Estaba enferma y no era posible verla; pero, casi feliz en aquella privación, por respeto á las circunstancias en que se hallaban, se resignó fácilmente á la pena para ocuparse por lo pronto exclusivamente de su deber hácia el difunto.

La hora del entierro habia llegado; y entónces, inundada la casa de gente invitada para contribuir al mayor lucimiento del acto, ninguno que no estuviera en antecedentes hubiera comprendido el objeto que reunia aquel concurso, á juzgar por sus nada afectados semblantes.

Extraños, ó enemigos del finado, entre los mismos que acudian diligentes á formar su cortejo fúnebre, no habia uno solo cuyo corazón latiera de pesar, ó cuya mano estrechara con dolor la fria mano que no volveria á asir.

Triste, triste muerte, lo repito: á no ser por el aparato que la envolvía, la de un perro no hubiera causado ménos sentimiento.

Todo Cádiz acudió al entierro; todo Cádiz se puso en movimiento para presenciar el lujo con que era conducido á su última morada el que tan pocas simpatías inspiró siempre; y de curiosos llenas las calles por donde transitaba el carro fúnebre que conducía los restos de D. Álvaro Montoya, parecía aquél un día de fiesta.

—Se burlaron de él al fin, decía un anciano, sobre quien en cierta ocasion habia dejado Montoya caer su brazo de hierro, de modo que jamás volviera á levantar la cabeza.

—Pero no lo pudo resistir, replicó un jóven que se hallaba cerca del viejo.

—Dios le castigó con su merecido, continuó el anciano. El orgullo fué su pasion dominante, y el golpe que ese orgullo recibió acabó con su mal empleada vida. El Señor le haya perdonado.

—Por las muchas buenas obras de caridad que hizo, interpuso otra persona. Se dice que se vanagloriaba de no haber hecho jamás donacion voluntaria de un maravedí.

—Era un miserable caracol, dijo otro de los

que se hallaban inmediatos, que no salia jamás de su concha.

—Lleno de vanidad, además, insinuó un nuevo contendiente en la cuestion. Tirano tambien, cruel é implacable: un monstruo, en fin, de despotismo y dureza...

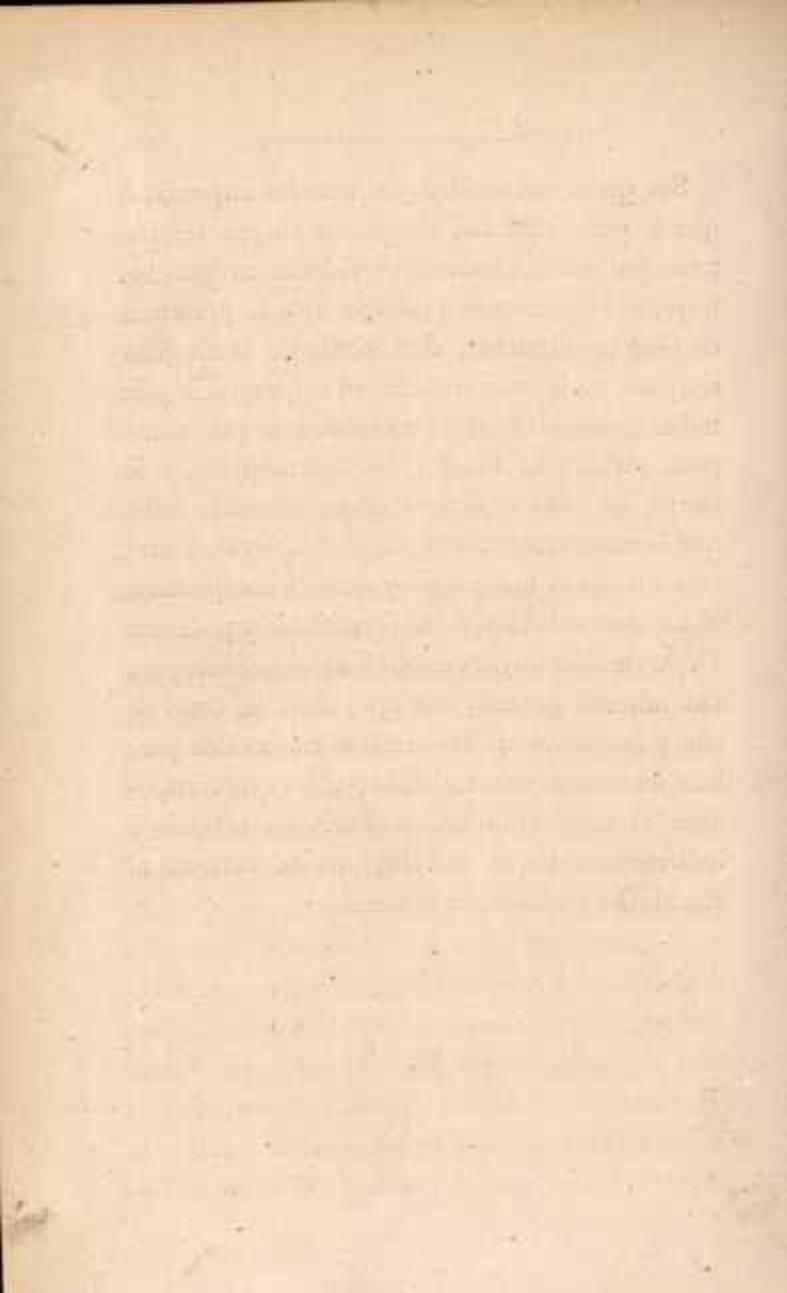
—No se hable más de él, señores: interpuso cierto doncel, dueño de una perilla descomunal que el lector recordará haber tenido el gusto de conocer en otra ocasion. No hay más que decir, sino que es la caja de Pandora en forma humana, y que es una misericordia para algunos de nosotros, añadió con su voz aflautada, lleno de petulancia y afectada intencion, que la más linda de las mujeres virtuosas haya quedado viuda y en estado de merecer.

Al decir estas palabras el almibarado dueño de la descomunal perilla, la acarició con tan grande afecto, que los que le rodeaban y se hallaban iniciados en el elíxir oculto entre aquellos luengos pelos tiesos, no pudieron ménos de soltar la cajada y dar un giro nuevo á la cuestion para encubrir algun tanto el móvil de su risa.

Respecto á los dependientes, preciso es confesar que se condujeron en su carácter de dolientes á las mil maravillas.

Sea que la solemnidad del acto les imponia, ó que la proximidad del cuerpo de su tan temido principal no habia todavía perdido su antiguo influjo, ó lo que es más probable, que la presencia de Gonzalo Figueras, el recuerdo de la ninguna simpatía que le manifestaron en su desgracia y la noble generosidad de él en mostrarse por completo olvidado de aquello, los abochornaba, es lo cierto, que hasta el último momento nada hubo que censurar en su conducta, ni desplegaron otra cosa más que la más propia y decente compostura.

La tierra cubrió al fin al formidable y poderoso D. Álvaro Montoya: recibió á aquel grande, pero tan miserable gusano, tan apegado á las cosas de ella, y lo envolvió en sus entrañas con avidez para irlo lentamente consumiendo; y los que componian el cortejo fúnebre se retiraron serenos é indiferentes sin que una lágrima se vertiera al abandonar aquella triste mansion.



CAPÍTULO XVI.

Es la última vez que se presenta á nuestra imaginacion la salita de la calle de la Amargura, donde en tantas ocasiones hemos visto reunidos á los más importantes personajes de esta historia; y, por lo mismo que ya no volverá á aparecer más, la vista y el corazon se recrean en examinarla y darle la última despedida en medio de los suspiros que lanza el alma dolorida al contemplar el cambio efectuado en ella.

No es un cambio material, sin embargo; allí está el sofá donde el lirio blanco tantas veces inclinó su mejilla alabastrina, dormida ó pensativa; más allá la silla que ocupaba en tanto que Gonzalo leía; aquí el taburete donde descansaba su infantil cabeza en el regazo materno; sobre la mesa su labor á medio concluir, el libro de las

poesías de Gonzalo, y todas las tiernas memorias de su puro, pero desgraciado amor; en el balcon sus macetas, y en la jaula pendiente su canario, el canario, que su amante le dió, y cuyos melodiosos gorjeos resonaron en sus oídos hasta los últimos instantes.

Era de noche, y la clara luz de una bujía nos anuncia que otra persona ántes que nosotros ha penetrado en la humilde morada, conmovida por los recuerdos que despierta de escenas que desgarran todavía el corazón que Elena amó.

—¡Hijo mio!

—¡Madre mia! fueron las exclamaciones que interrumpieron el silencio; y, dirigiéndose Gonzalo presuroso al encuentro de Magdalena, lo estrechó la viuda entre sus brazos llena de ternura y conmocion.

Nada se dijeron; nada podian en efecto decirse que correspondiera á los sentimientos de sus corazones; no hicieron más que llorar por algunos minutos.

La madre fué la primera en tranquilizarse, y tomando una mano de Gonzalo entre las suyas, lo condujo al sofá, en donde tantas veces le habia visto sentado al lado de su hija.

—¡Hijo mio! exclamó: ¡ya no me queda nadie en el mundo más que tú!

Siguió una larga pausa á estas palabras que Gonzalo no se atrevió á interrumpir, confuso, respecto al verdadero sentido de este lenguaje.

—Bendigo al Señor, continuó diciendo la viuda otra vez rompiendo el silencio, porque en medio de mis tribulaciones no me ha dejado sin consuelo. Todo lo sé, Gonzalo: toda la historia de tus injustos sufrimientos y las locuras de mi desventurado hijo; y doy gracias á la Providencia porque el cáliz de tu dolor se haya escanciado, áun cuando en mí haya caido tan grande parte de su hiel. Todo lo sé, Gonzalo, repitió con marcada intencion, dejando caer una mano sobre el hombro del jóven; y te amo más por ello que si todavía lo ignorara.

Un poco más serenos ámbos, algunos momentos despues de silencio, la viuda volvió á hablar.

—Desde ayer lo sé todo; desde ayer, que mi corazon de madre sufrió las más inmensas torturas, me deparó Dios el consuelo de saber que no habia de tardar en verte, y que, descubierta la verdad, tus pesares habian terminado, y la felicidad te sonreia en lontananza. Todo lo he sabido por el mismo Francisco...

—¡Por Francisco! interrumpió Gonzalo lleno

de sorpresa. ¿Cuándo le ha visto V? ¿Cómo? ¿qué es lo que ha dicho?

—La verdad, Gonzalo, expresada de una manera horrible de recordar, pero revestida de tan veraces colores, que no ha sido posible desconocerla: cuando su inhumana dureza mató á su pobre hermana con el anuncio de tu prision, juró no volver á poner aquí los piés, resentido de mi justo enojo; pero olvidado ayer tarde de su juramento, le ví aparecer... ¡Dios mio, en qué situacion! Mis nervios se estremecen al recordarlo... en tan violento estado, que, aunque madre, le contemplé con miedo! Pálido, desencajado, ensangrentados los ojos, desordenado su vestido, en que tanto esmero gasta siempre, conocí que se hallaba ebrio y que el vino le trastornaba el juicio. Sentado ahí, continuó Magdalena, señalando á una silla enfrente del sofá, mirándome con feroz mirada, pasamos en silencio algunos minutos que rompió él al fin con una horrible carcajada, á cuyo recuerdo aún se hiela de espanto mi sangre; y entre risas y palabras que jamás habian resonado en esta sala, mi desgraciado hijo me contó la historia toda de su enemistad contigo, sin ocultarme ningun incidente. Triste historia, Gonzalo, referida por él con horrible satisfaccion. Sin embargo, he sa-

bido interpretarla y ni un momento siquiera he dejado de hacer justicia á todos, á pesar de que de la boca de Francisco todos salian acriminados.

Gonzalo no podia hablar: su corazon rebosaba de admiracion y gratitud al escuchar estos nobles y generosos sentimientos haciéndole justicia.

Magdalena continuó:

—Dios ha sido justo, Gonzalo; y si una parte muy triste de su justicia me ha tocado en suerte, resignada inclino la cabeza, porque mi ángel es ya feliz, y él que me ha dispuesto la rigurosa sentencia, me concede la fuerza necesaria para sobrellevarla. Dios ha sido justo, Gonzalo, repitió la viuda con aumentado fervor, y en sus manos entregada la suerte de muchos infelices, con sólo el holocausto preciso de un cordero, la dicha de todos ellos ha sido conseguida! La intervencion de la Providencia está visible, y mi hijo ha sido herido con el mismo hierro que él empleó para herir á los demás. Estaba loco: estaba fuera de sí, ó las cosas que me dijo, nunca hubieran salido de sus labios. Esa Mercedes, esa mujer hechura suya, imágen, segun él, esculpida en su mismo molde: dura, tenaz, implacable y vengativa, ha cobrado bien su deuda. Nadie mejor que yo, que conozco á mi hijo, lo puede afirmar con más justicia, que todo

en este mundo hubiera sido ménos para él que la muerte moral que tan rigurosamente le ha impuesto. Es muy duro hablar de él así, Gonzalo; es muy duro para el corazon de una madre; pero la escena de ayer tarde aún se halla fresca en mi memoria; y, de su triste recuerdo dominada, no puedo ménos de expresarme de esta suerte por doloroso que me sea.

Magdalena se detuvo porque se hallaba demasiado afectada para poder continuar.

El reloj de una iglesia cercana dió las nueve.

—¡Las nueve! dijo la desgraciada madre con un suspiro. Las nueve dieron anoche en el momento en que mi hijo, en el colmo de su locura, se despidió de mí para siempre, Gonzalo, sin que todas mis súplicas fueran bastantes para que me dijera lo que iba á hacer; y maldiciendo la hora en que te conocí á tí, la hora en que te dí albergue en esta casa, la hora en que merced á su influjo tornaste á la mansion de tu tio, y maldiciendo sobre todo á la madre que le dió el sér y al pecho que le crió.

Al articular estas últimas palabras lloró la madre con tan grande desconsuelo, que por largo rato no se escuchó en aquella salita otra cosa que sus profundos sollozos.

Gonzalo no habia sufrido en su vida lo que estaba sufriendo con esta escena.

Magdalena se tranquilizó al fin, y tomando otra vez la palabra continuó en la misma cuerda:

—Dijo que era un hombre perdido, que nada podia ya esperar del mundo y que era preferible romper de una vez con las hipócritas apariencias impuestas por ese mundo y esa sociedad, que contemporizar con las severas exigencias que hasta aquí tanto acatara. Dijo que habia pasado el Rubicon, y que una vez pasado sin esperanzas ni deseos de volver atrás, el mundo le conoceria tal cual era. Estaba loco, Gonzalo. Estaba fuera de sí. Pedíle que me tratara con clemencia, recórdele que era su madre, que yo no merecia el lenguaje que me dirigia. Imploréle por el amor de Dios que volviera en sí un momento y meditara en los males que sus indómitas pasiones le habian acarreado, y pensara si no era mejor arrepentirse y reconquistar el terreno perdido, que perseverar en sus locuras y para siempre pagar la pena de sus extravíos. Mi corazon, Gonzalo, jamás me concedió tan grande elocuencia; pero inútil y peor que inútil, dañina para el desgraciado de mente á quien la dirigiera, se olvidó de que era mi hijo para llenarme de denuestos y lanzarme

aquella maldicion tan cruel que entró como un puñal en mi pecho. ¡Maldecirme á mí! ¡Su madre! Maldecir la hora en que le concedí el sér. ¡Ah! Fué una horrible puñalada que todavía desgarró mi alma y espantosa sensacion que me durará hasta el fin de mis dias. Estoy sola ya, Gonzalo. Nadie más que tú me queda en el mundo... y Magdalena terminó la frase estrechando otra vez á su hijo adoptivo contra su agitado corazon destrozado con los tristes recuerdos de su hijo verdadero. No he dormido en toda la noche, continuó diciendo. La he pasado entera en oracion por esa descarriada oveja; y, llena de miedo por lo que podia haberle sucedido en el estado de demencia en que se separó de mi lado, envié esta mañana apenas era de dia á su casa para averiguar lo que sabian allí de él. No habia parecido en toda la noche, ni habian tenido sus criados noticia alguna hasta cerca del amanecer, cuando un mensajero se presentó de su parte para recoger cierta cantidad de dinero y ropa que necesitaba para hacer un viaje largo; y esto es, Gonzalo, lo único que de mi hijo sé. Por perdido lo lloro, con doble pesar que á su inocente hermana, porque ella está con Dios y él está olvidado de ese Dios.

Un largo rato de silencio siguió á estas pala-

bras, hasta que, ejerciendo Magdalena esa fuerza de dominio tan notable que sobre sí ejercia, interrumpió las tristes reflexiones de cada cual, dando un nuevo giro á la conversacion, y haciéndola recaer exclusivamente sobre Gonzalo, sobre su prision, y sobre todos los demás pormenores que, á pesar de la extensa relacion de Francisco, no podia ménos de ignorar y anhelaba conocer por los propios labios del interesado, y que éste refirió con delicadeza suma.

Gonzalo amaba ya, ántes de saber el amor de la pobre Elena; luchaba por vencer aquel amor, é inducido por la misma que se lo inspiraba á trocar el más tierno, el más rendido afecto fraternal en un sentimiento más vivo, empezó, por deber y por vencimiento, á otorgar lo que más tarde llegó á serle natural y necesario. Nada, en una palabra, dejó por decir de cuanto habia pasado, y su noble y su delicada franqueza, fué debidamente apreciada por la desgraciada madre.

Tarde era al terminarse estas confesiones; cerca ya de media noche era, cuando el hijo adoptivo se despidió de su madre; y, tiernamente estrechado por la vigésima vez contra aquel seno que siempre le habia amado, pero que jamás le encontró con mayores títulos á su afecto que ahora que le con-

templaba realizado por nuevas y desconocidas virtudes, sintió Gonzalo que podía aún ser feliz sin que mezcla de remordimiento viniera á enturbiar las aguas de su destino.

Hacía una noche hermosa; el cielo estaba tachonado de estrellas que recordaban á Gonzalo la estrella aquella fantástica, cuya deslumbrante luz obedeció con tan ferviente entusiasmo.

Perdido por largo rato en esta abstraccion, recorría las calles sin objeto, sin cuidarse de la hora que era, hasta que, llegado que hubo á su casa, una idea nueva se le presentó que detuvo el curso de sus reflexiones.

Formóse en su mente al fijar la vista en la casa, tomó cuerpo y fuerza al meditar en la urgente necesidad que había de ponerla cuanto ántes por obra; y, muertos sus demás pensamientos ante el poder de éste, se ocupó Gonzalo desde aquel momento en meditarlo para realizarlo con la premura posible.

Paróse delante de las habitaciones de Isabel, de paso á su dormitorio, para ver si percibía algun sonido que le indicara si con él velaba la jóven, y si por instinto, adivinado el doble sacrificio que ideaba, lanzaba reconocida el alma de la que amaba un suspiro de gratitud.

Profundo era el silencio que en toda la mansion reinaba; ningun género de consuelo ó esperanza reportó de aquel disculpable espionaje; y, tristemente impresionada de la falta de estímulo, se aferró, no obstante, en su idea, aun cuando la realizacion de ella le habia de costar lo que el más grande de los sacrificios.

La opinion de Isabel, las cenizas humeantes de su marido, la sagrada memoria de la casi desposada vírgen, cuyo lecho nupcial habia sido una helada sepultura, lo exigian, y por mucho que le costara no le era posible detenerse ante él.

Gonzalo amaba demasiado bien para no mirar ántes que nada por el buen nombre de la que amaba, y que el mundo podia complacerse en tildar; respetaba en demasía la imponente imágen de la muerte para burlarse de ella, y se hallaba sobre todo harto reconocido al noble proceder de la madre que le habia adoptado, para no respetar como debia la memoria de aquella tierna flor, que el viento de su adversidad marchitó.

Todas estas consideraciones reunidas, pesaban con fuerza invencible en la balanza de su deseo; y por ellas vencidas las instigaciones de su inclinacion, la mañana que siguió á la noche empleada en formar la determinacion de alejarse de aquellos

lugares tan llenos de tentaciones seductoras, le encontró resuelto á consumir su noble pensamiento.

Saldria de Cádiz por un breve espacio (por breve que fuera, harto largo para el que no habia de encontrar dicha ni reposo en la ausencia), se arrancaria *incontinenti* de la fascinadora presencia que habia de derrocar todos los raciocinios de su mente, todas las nobles resoluciones de su esforzado corazon, y no regresaria hasta poderlo hacer para recoger el galardón de sus sacrificios.

Cuando la duda y la lucha cesan, el espíritu se tranquiliza por duro que sea el sacrificio; é infinitamente más tranquilo Gonzalo despues de aceptado el destierro que su propia delicadeza le imponia, procedió á evacuar las diligencias precisas para cumplirlo cuanto ántes.

D. Álvaro Montoya habia muerto sin testar.

Era, pues, su sobrino, á parte de la mínima herencia que á su viuda tocaba, el heredero universal de los infatigables trabajos del perseverante alquimista, que esclavo toda su vida, aherrojado por cerca de sesenta años al círculo limitado del «tanto por ciento,» habia gastado toda la lozanía de la juventud, todos los sentimientos humanitarios del corazon, todas sus aspiraciones, todas sus

tendencias, sus resortes y sensibilidades en busca de la piedra filosofal, cuyo hallazgo venía á refluir en provecho ajeno, sin haber reportado el incansable trabajador otro resultado que el de la prostitucion de las más grandes cualidades otorgadas al hombre, y el desconocimiento de los verdaderos y únicos medios de felicidad que se le han concedido en su peregrinacion sobre la tierra.

Pasó el jóven el dia que siguió al del entierro de D. Álvaro, entregado al reconocimiento del estado en que se hallaba el crecido caudal de que repentinamente resultaba propietario, y auxiliado en su tarea por el cuerpo de dependientes, fácilmente se puso al tanto de las operaciones concluidas ó pendientes en aquella bien ordenada casa, que, arreglada como un reloj, no ofrecia género alguna de dificultad para ser entendida.

Nada conforme, sin embargo, con las ideas de Gonzalo, ni con sus planes para lo futuro el continuar al frente de los negocios, se decidió á una inmediata liquidacion, y comunicado á D. German del Castillo su pensamiento de ausentarse por algun tiempo de Cádiz, tomó éste sobre sí el arreglo definitivo de tan importante asunto.

Todo así, y demasiado delicada todavía la jóven

viuda para tomar parte en estos asuntos, por mucho que deseara Gonzalo consultarla y obrar de acuerdo con ella, no esperaba más que el dulce privilegio de verla ántes de emprender su marcha, con la esperanza de que no habia de hacer su sacrificio en balde.

Tres días hacía que contaba impaciente las horas: tres días que cada vez que oía pasos latia su corazón figurándose que iba á ser llamado por Isabel, que sabía ya sus proyectos de viaje, cuando en la tarde del mismo día en que ésta se habia levantado, las alegres voces de Inés y Cárlos le anunciaron la llegada del anhelado momento, y, lleno de júbilo, pero tambien de temor y desconfianza, siguió sus pasos infantiles que lo conducian á la presencia del objeto amado.

¡Quién que de veras ama no desconfía!

¡Quién que cifra toda su felicidad en un sólo objeto, no teme encontrarse sin él, y ver todos sus sueños venturosos desvanecidos en los momentos en que más próximos parecen á realizarse!

¿Quién que ha amado de veras no ha experimentado esto? ¿y quién necesita oír lo que por Gonzalo pasaba, en tanto que conducido por los niños atravesaba la casa y penetraba en aquel tocador de tantos recuerdos?

¡El tocador donde se encontró una vez solo con la mujer que tanto tiempo hacía amaba, y á quien, juzgándola muerta, estrechó contra su amante corazón, para juntar con los de ella sus labios ardorosos!

¡El tocador, donde creyendo ya su delito purificado, osó decir lo que tan oculto habia tenido hasta entónces en las profundidades de su pecho, y, delirante de amor y desesperacion, gozó en un mismo instante todos los horrores y delicias de la más acendrada pasion!

La proximidad de pasos y el crujido de un vestido, trocaron algun tanto estas sensaciones en un sentimiento más vivo; pero, reprimido instantáneamente, sereno en la apariencia, se dirigió al encuentro de Isabel.

Demacrada y descolorida, pero no obstante, más hermosa que nunca á los ojos de Gonzalo, en su mismo estado de languidez, sintió éste al encontrarse con ella que toda la sangre de su cuerpo se le subia á la cabeza, y que era necesario todo el dominio que sobre sí tenía para no lanzarse de una vez á confesar lo que tanto tiempo hacía encerraba en su corazón.

Contúvose, sin embargo, ante la imponente dignidad de la jóven, y de deferencia lleno, si bien

estrechó una de sus manos, lo hizo de modo que en manera alguna la pudiera ofender, que sólo expresara lo que el amigo por la amiga siente, lo que el hermano á la hermana concede, y lo que la simpatía mútua establecida entre los dos con tan harta justicia autorizaba.

Hacía mucho tiempo que habian dejado de verse.

Se habian separado en circunstancias de inolvidable sufrimiento para Gonzalo, á que no era posible hubiese sido indiferente la que tan grande parte tomaba en las desgracias ajenas; habian ocurrido nada ménos que dos muertes durante esa separacion: la una llena de simpatía, de tiernísimos recuerdos para ámbos, que podia bien disculpar la conmocion despertada por su memoria; la otra de tan justo respeto en medio de la falta de otro sentimiento más tierno, y no era sino muy natural que se sintieran juntamente impresionados de las mismas sensaciones.

Callados, pues, no hallando ni uno ni otro ánimo para romper el encanto de aquel silencio, se dirigieron al sofá de badana.

Pero sentados ya allí, fué preciso que alguno se sobrepusiera á sus emociones; y más todavía que Gonzalo, acostumbrada Isabel á dominar las

suyas, con admirable serenidad y compostura entabló la conversacion sobre los asuntos que á los dos igualmente interesaban, cuidando sin embargo de contenerla dentro de los límites convenientes para que no se hiciera peligrosa.

La prision de Gonzalo y sus padecimientos, la criminalidad de Francisco en su falta de consideracion para con su pobre hermana y la muerte de ésta, la historia de Mercedes y su venganza, la aclaracion de la vil intriga de Cadenas y el efecto profundo de este descubrimiento en D. Álvaro Montoya; hé aquí los puntos que fueron objeto de la conversacion por largo espacio de tiempo, hasta que pasó Gonzalo á hablar de su inmediata partida, y de tal suerte se expresó, que no fué difícil penetrar las causas que le movian para esta determinacion, y el sentimiento de que estaba poseido.

—Parto, señora, dijo, quizás para mucho tiempo; y, lleno de pesar al someterme á este destierro, añadió con marcada intencion, quisiera llevar conmigo algun género de consuelo que me lo hiciera más llevadero. Lo sabe V. bien, Isabel, que era V. el ángel de mi guarda y el bálsamo consolador de mi vida. Lo sabe V. bien, Isabel, que ha dispuesto V. de mi voluntad como de la de un niño. Que ha sido V. dueña de mi corazon. ¡Brújula de mi vida

desde el momento en que la conocí á V., no ha habido un sentimiento bueno en mi pecho, un pensamiento digno en mi mente, que no haya procedido de V. ó que no haya sido expresamente formado para merecer su aprobacion! Educado, digámoslo así en esa amistad, acostumbrado á recibir sus consuelos y sus dulzuras, á ver en ellas el estímulo y el premio de todos mis sacrificios, pienso tambien encontrarlo hoy, porque de otro modo no me es posible separarme de aquí.

Se sabe bien que Gonzalo habia formado la resolucion de circunscribirse á los más rigurosos límites prescritos para la posicion delicada en que se hallaba; se sabe bien que la propia aparente y bien sostenida serenidad desplegada por Isabel, habia contribuido no poco al aumento de sus sentimientos respetuosos y reverentes; pero, extinguidos algun tanto éstos ante la expresion animadora del semblante de Isabel, ante las luengas y caidas pestañas que sombreaba la pálida mejilla, y el mal contenido temblor de los comprimidos labios, no era sino disculpable se destruyera una parte de sus generosos instintos, y que la creciente confianza le hiciera entregarse con más abandono á sus verdaderas tendencias.

—¿Podré esperar, Isabel, exclamó despues de



una breve pausa empleada en saborear el exámen del rostro de la jóven, que lo que hasta aquí ha sido V. conmigo lo continuará siendo siempre? ¿Podré esperar, dijo con afan, que mi recuerdo ocupe el segundo ó tercer lugar en su corazon y que despues de su amor de hija y de madre sea yo para V. el primer amigo? No pido á V. más, Isabel, no le pido más que ese dulce privilegio.

Los velados ojos se descubrieron al escuchar estas palabras; los comprimidos labios se movieron, y la serena voz, más serena que nunca, respondió que lo poco que se le pedia con todo su corazon otorgaba; que los sentimientos de hermana y de amiga, habian sido siempre una dádiva espontánea de su alma; que los propios pesares de hermano adoptivo, del privilegiado amigo, no habian sino contribuido á afianzarlas y á hacerlas más inextinguibles; y que, presente y ausente, por distante que se hallara lo que le pedia le estaba concedido.

—Dios la bendiga á V. por esas palabras de consuelo, prorumpió Gonzalo, despues que la jóven hubo acabado de hablar. Nada me parece ya difícil, ni ningun sacrificio bastante, por grande que sea, para hacerme digno de semejantes sentimientos...

Los niños interrumpieron estos trasportes con su inesperada presencia; y, apoderándose de la hermana madre, la sumergieron bajo tan copiosa lluvia de heliotropo, claveles y jazmines, que por completo se eclipsó á la vista de Gonzalo.

¡Feliz interrupcion! La bienaventurada aparicion y la oportuna inundacion, la salvó de descubrir en el rubor de sus mejillas, en la expresion radiante de sus ojos, lo que tanto tiempo hacía atesoraba como Gonzalo en las profundidades de su pecho; y, bendiciendo á la casualidad, dejó ver solamente lo que el deber, el decoro, las cenizas humeantes de su marido, y la sagrada memoria de la casi desposada vírgen, permitia y autorizaba.

Gonzalo tambien, por su parte, fué bastante generoso para respetar la inesperada, aunque tan oportuna intervencion, y, repuestos ámbos, siguieron ocupándose por largo rato del propuesto viaje.

Tarde ya se separaron, y se separaron dichosos por lo que cada cual habia podido traslucir á través de mal sostenidas apariencias, y llenos de esperanza, de satisfaccion y confianza, se despidieron para un tiempo ilimitado, más dichosos en este momento de separacion en que nada se decian, pero en que sin embargo tan bien se comprendian, de lo

que jamás se habian sentido durante todo el curso de su vida.

Prometieron escribirse como amigos, como hermanos... nada más que como amigos y como hermanos; y, estrechadas sus manos de la propia manera que al tiempo de reunirse en el tocador, se separaron amantes, sin que uno ni otro se hubieran dicho una palabra de amor.

Isabel sabía de antemano que Gonzalo le amaba, pero Gonzalo... ¿cómo se hizo sabedor del secreto de Isabel, cuando jamás ni por un breve segundo habia imaginado que su sentimiento pudiera hallar correspondencia?

Una observacion conviene aquí mejor que una respuesta.

Gonzalo no habia ambicionado ni esperado otra cosa en esta entrevista, más que un estímulo, una esperanza de que su sacrificio no habia de ser en balde.

Esto le bastaba por ahora.

Su porvenir se le mostraba claro y despejado.

La firme conviccion de que ningun otro afecto le reemplazaria, prometian cuanto pudiera él desear, y de esperanza lleno, temprano á la mañana siguiente se alejó de Cádiz, del templo de su amor,

de la presencia que todo lo hermoseaba á su vista, para recorrer, sin objeto ni interés, paisés y escé- nas, llenos de novedad y distraccion, que en otras circunstancias no hubieran podido ménos de fijar toda su atencion.

.

Por algunos dias despues de la partida de Gon- zalo, su apoderado D. German del Castillo no pudo ocuparse en otra cosa que en los asuntos de aquél y en las atenciones debidas á la familia de la viuda; por cuyas circunstancias, retardadas al- gun tanto sus frecuentes visitas á Mercedes (do- blemente frecuentes desde que el influjo de sus palabras produjo tan provechosos resultados), con no poca ansiedad se aprovechó del primer mo- mento desocupado para dedicárselo.

Caluroso en extremo el dia, anhelaba don German con vehemencia, que su buena amiga le dejara el ménos tiempo posible parado á la puerta de la calle, recibiendo el peso del ardoroso sol; pero ausente Mercedes, ó lo que era más extraño aún, sorda al conocido campanillazo de su salva- dor, nadie sabe el tiempo que el pobre señor per- maneció esperando que la amistosa puerta se le abriese: pero al fin se abrió y apareció Gabriel Boleta.

—¿No está Mercedes en casa? fué su primera exclamacion. Bien me lo figuraba yo.

—Estaba tan ocupado, interpuso Gabriel, que no he podido acudir ántes.

—¿Y qué haces tú aquí, buena alhaja? preguntó don German acariciando al patron con su baston. ¿Representando ya el papel de amo de casa? ¿Si tendria yo razon cuando te dije que no conocias á las mujeres y que todavía habíamos de comer los dulces de tu boda?

Gabriel suspiró.

—¿Me he equivocado, Boleta?

—¡Mercedes se ha ido!

—¡Se ha ido! repitió el comerciante. Pero ¿á dónde?

—Al hospicio. A la Casa de Misericordia que abrigó su niñez, para prestar sus caritativos servicios, ya cuidando á los enfermos y asistiendo á los ancianos, ya vigilando á los niños; y rescatar con una vida llena de abnegacion y sacrificios...

—El alma, interrumpió D. German con entusiasmo, por entero redimida de sus extravíos y digna de contarse entre las almas virtuosas.

—Formó su resolucion, continuó diciendo Gabriel, hace dias; pero, temerosa de que lo mismo V. que yo se la combatiéramos, ni palabra supe

del golpe nuevo que me estaba destinado hasta esta mañana, que entrando de improviso la encontré en el acto de partir. Confesóme entónces su intencion, pidióme tomara á mi cargo, ya que habia acudido á tiempo para ello, el realizar lo poco que en el mundo poseia en provecho mio, D. German; en provecho mio, repitió el patron conmovido; y resistiéndose á todos mis ruegos, serena y animada por su resolucion, alegre y feliz como no la he visto hace mucho tiempo, se separó de mi lado. Suplicóme sobre todo quitara cuanto ántes de enmedio cierto brasero y paleta que parecia mirar con invencible horror, y encomendándose que el producto de esto lo empleara en alguna obra de caridad, me pidió por cuanto más amaba en el mundo no desairara el don que del resto de sus bienes terrestres me hacía, si en algo tenía la poca felicidad que podia ya disfrutar en la tierra. No estoy triste, D. German, á pesar de todo esto. Parecia tan dichosa al despedirse de mí que todo cuanto yo pueda sufrir lo doy por bien empleado con tal de ver asegurada su tranquilidad. Además, agregó el patron, me trató con tan grande cariño: me escuchó con tan extraña é inesperada atencion, me dejó decir tantas cosas que otras veces no ha tolerado, que cierta esperanza ha rena-

cido en mi pecho, y creo buenamente que con el tiempo y la paciencia, puede todavía que no me muera soltero.

D. German rompió en un aplauso tan entusiasta al escuchar estas palabras, y dió en seguida tan estrecho y estrepitoso abrazo el jóven patron, que por poco se vienen ámbos al suelo y acaban allí de una vez, y de la manera más inesperada y prosáica, todas las esperanzas é ilusiones del animado Gabriel.

Sostuvo, sin embargo, su equilibrio el diestro marino con sin igual habilidad, y salvado por este medio del más inminente riesgo, prosiguió diligente desempeñando el cargo que le habia sido confiado.

—¿Y no habremos ahora de tener el gusto de ver á esa ingrata? preguntó D. German.

—Muy de tarde en tarde, contestó Boleta. Aparte de otras dificultades ofrecidas para el caso, es su deseo padecer hasta la privacion de ver á los que quiere; y, como que parece justo en nosotros el respetar su voluntad, yo de mí sé decir, que para evitar toda contingencia, mañana mismo me echo á la mar, y no aporto por aquí hasta que... ella me llame, agregó con cierta timidez que hizo sonreir á su oyente.

—¡Quién fuera marino! prorumpió el comerciante, por toda contestacion; y diciendo esto, exhaló un hondo suspiro y se fué á la calle para consolarse con alguna obra de misericordia, del pesar que le causaba no poder imitar el ejemplo de Gabriel Boleta.

CAPÍTULO XVII.

Un año ha pasado: un año entero desde los acontecimientos referidos en los últimos capítulos, y otro mes de Mayo reemplaza á aquel tan fecundo en incidentes para los personajes de mi historia.

Cuatro estaciones se han sucedido, y los árboles, las plantas, la tierra y todas las cosas en ella creadas han sufrido sus prescritas variaciones, que otra vez, y otra, y otra, volverán á padecer, hasta que al fin de los tiempos concluyan para siempre sus señalados movimientos.

Cuatro estaciones se han sucedido, y durante este tiempo, así como ni árbol, ni planta, ni cosa alguna en la tierra, ha dejado de tener su mutacion, tampoco han permanecido inmutables las diferentes personas que en esta historia figuran.

La hora de la reunion ha sonado.

La hora de la vuelta del desterrado amante, la de las merecidas recompensas por tantos sacrificios como cada cual consumó resuena con eco delicioso en los extasiados oídos de los que han pasado un año entero, pendientes de ese deseado sonido, de esa hora venturosa, y la acogen ahora con delirio, creyéndola todavía una fantasía de la excitada imaginación.

En Italia, la bella y poética Italia, se hallaba Gonzalo Figueras la primera vez que se atrevió á hablar de su acendrado amor; en Florencia, la hermosa ciudad en que el Dante amó, fué desde donde osó expresar, en lenguaje no ménos puro y expresivo que el del desgraciado cantor, la pura llama encendida en su apasionado corazón; y desde allí alcanzó la chispa eléctrica como no podía ménos de alcanzar al corazón que estaba en perfecta consonancia con el suyo.

Todo pureza y sinceridad, este corazón privilegiado que por tan largo tiempo luchó contra sí mismo, y que con tan heroica constancia supo supeditar sus instintos todos á la voz severa de la virtud, demasiado noble para aprovecharse de los artificios con tan harta frecuencia empleados para dar más realce á las concesiones, ardides de la coquetería, de que otra mujer se hubiera tal

vez valido, sin resistencia alguna se entregó Isabel ahora á su feliz destino.

¡Su destino! ¡Gonzalo! ¡la merecida recompensa de sus virtudes y el más digno galardón por todos sus sacrificios!

Era un día delicioso el día en que se encontraron reunidos: día de inolvidables recuerdos, consagrado en la memoria y en el corazón; y más hermoso todavía que aquel otro día que con la brevedad posible le siguió otro de imperecedera memoria. Jamás brilló el sol más radiante, jamás se mostró la celeste bóveda más diáfana y esplendorosa, ni la tierra cubierta de mejores galas que el día de esta reunión.

¡La verdadera unión de aquellas dos almas tan bellas, la verdadera unión de aquellos dos corazones tan amantes, la verdadera unión de aquellos dos seres tan virtuosos: el día de su casamiento!

La casa es la misma que recibió á Isabel esposa la primera vez, víctima inmolada en el altar de la abnegación, pues Gonzalo no ha permitido que la escena varíe; pero es otra completamente en la esencia.

La alegría se entronizaba en su portal, penetraba por sus paredes, á la sala de recibo, al gabinete, al tocador, hasta á las mismas habitacio-

nes de los niños, que no ménos impresionados que los demás moradores, toman parte en el contento general.

No entiende mucho el pequeño Cárlos de lo que á su alrededor ocurre; pero la discreta Inés, á quien dormida ó despierta nada en este mundo se le escapa, ¡cuán feliz no se siente en la felicidad de su hermana, y recuerda las distintas sensaciones que precedieron al anterior casamiento!

Sentada con su hermano menor sobre las mismas rodillas en que fué presentada en la primera ocasion que se hizo conocimiento con ella, se ocupa en hacer la comparacion, y despertada por la evocacion de estos recuerdos la memoria de cierta noche en que arrodillada la hija delante del padre, destruyó con el soplo más débil la sospecha de repente formada, suspira el veterano, arrepentido de su egoismo de entónces, y da gracias al Todopoderoso por lo que despues ha permitido.

Entre tanto laten dos corazones agitados por las más tiernas emociones, y un tercero en campaña, ni amante como éstos ni enamorado, ni jóven siquiera, goza con ellos de sus sensaciones, y espera impaciente la llegada de aquel momento, en que por última vez en el curso de esta narracion,

habrá sin remedio, á no dudarlo, de mostrarse tan mandria como de costumbre.

Llega éste al fin.

La iglesia fronteriza á la casa, que tantas veces contempló Isabel en medio de sus cavilaciones, se presenta iluminada como para la más grande festividad. El órgano resuena por sus extensas naves, impregnando el aire de sus armoniosos sonidos, y arrodillados ante el ara los que para siempre se unen en el más estrecho lazo, á vista de su dichosa familia y del reducido círculo convidado para presenciar la sagrada ceremonia, se oye un mal contenido sollozo, que no puede proceder de otra persona que de D. German del Castillo.

Y él es, él, á no dudarlo, el que allí oculto detrás de una columna, llora como un niño pensando en Rosario, en Gonzalo, en Isabel, en Magdalena y en el pobre lirio blanco, sin saber cuál de todos ellos tienen la mayor parte en sus pensamientos, ni si son de pesar ó de alegría estas lágrimas que derrama.

Se retiran, no obstante, al concluirse la ceremonia, y, ya por segunda vez esposa la que jamás lo fué con su corazon hasta este momento dichoso, reemplaza al inoportuno llanto la más radiante expresion de felicidad y alegría que va á desaho-

garse en el más puro ósculo sobre la frente de la nueva desposada.

Todos la felicitan, todos la abrazan, y conducida en medio del contento general á la misma mansion que la recibió en otro tiempo, vírgen entonces sacrificada en el altar del interés, enamorada ahora y feliz, atraviesa Isabel su umbral para recoger el fruto de sus pasados sacrificios.

Hermosa como el día la noche de la boda, deramaba la luna sus argentinios rayos sobre el balcon del tocador de la nueva desposada.

Fresca la brisa, mecia los tallos de las plantas en sus macetas, acompañando con su suave murmullo el diálogo de dos personas que sentadas en el balcon conversaban de esta suerte:

—No hemos estado solos hasta este momento, y no he podido decirte lo que sobre el corazon tenía.

—Ha sido este un dia muy venturoso, Isabel mia, contestó el feliz Gonzalo, abrazando con la mayor ternura á su consorte, y descansando sobre su hombro la hermosa cabeza de aquel ángel á quien habia jurado amar y proteger hasta el último

instante de su vida; pero ningun momento de él más dichoso que este, en que al fin nos encontramos solos. Aprovechémosle, y díme lo que sobre el alma tienes, si no quieres que tu marido lo ignore ya por más tiempo.

—Te he amado siempre, Gonzalo mio, desde el momento de conocerte.

El silencio de ámbos se siguió á estas palabras, que, embargando de placer la voz del feliz Gonzalo, no le permitia expresar de otro modo la impresion que le produjo semejante revelacion, que abrazando á aquella encantadora mujer con la efusion del más ardiente entusiasmo.

Como he dicho en otro lugar, todo sufre en este mundo sus prescritas variaciones, y así como ni árbol, ni planta, ni flor, ni cosa alguna creada, por insignificante que sea, deja de padecer las suyas, tampoco han permanecido estacionarias durante el año que ha trascurrido, ninguna de las diferentes personas que figuran en esta historia.

Y si bien pudo la imaginacion concebir la mutacion que habia de experimentar la mujer virtuosa, de cuyas luchas ha sido el lector testigo; grande, muy grande habrá de ser su sorpresa al contemplar el cambio efectuado en otro de los per-

sonajes, cuyo conocimiento ha hecho en el curso de mi narracion, y que ahora en la compañía de D. German del Castillo y de los recién desposados (ocho dias despues de la boda), va á tener el gusto de visitar en la casa de la calle de la Misericordia.

—Pero ¿es esta Mercedes? ¿La misma Mercedes? decia para sí Isabel, llena de sorpresa al reconocer apénas la trastornada figura de la redimida pecadora, la violenta mujer, cuyo recuerdo tan fresco se hallaba aún en su imaginacion.

¡Tan grande cambio se opera en solo un año!
¡Tan extraordinaria regeneracion se consigue en ese breve tiempo!...

No era extraña la impresion recibida en el cambiado aspecto de la arrepentida Mercedes; ni era sino de esperar que lo mismo Isabel, que todos cuantos la veian, se sintieran impresionados de la misma manera.

Muerta la mujer entregada por completo á sus pasiones, de sus cenizas, fénix prodigioso, nació otro sér más perfecto, y sus virtudes actuales podian bien hacer olvidar las faltas que aquellas pasiones produjeron, y llenar de admiracion y respeto á los que contemplaban tan bella trasformacion.

—¿Y eres feliz aquí, hija mia? preguntó don German una de las veces que la conversacion se entibió y no halló mejor salida para llenar el vacío.

—Tan feliz, que no saldria de esta casa más que para ir á la de Gabriel.

—¡A la de Gabriel! repitió D. German, apénas creyendo lo que oia.

—Sí; á la de Gabriel. He batallado contra mi propio corazon por largo tiempo; he hecho cuanto en mi mano ha estado para desviarle de mí y hacerle olvidar cuanto hubo entre nosotros y todo lo que pudimos y debimos haber sido desde nuestros primeros años; pero inútiles mis esfuerzos, es locura que luche por más tiempo contra mi destino. Sabe lo que soy y lo que he sido; así me ha querido y me quiere; y, aunque ya más digna de él, llena siempre de vergüenza y reconocimiento, seré su humilde sierva, dedicada solamente á labrar su felicidad y á no tener en el mundo deber ni pensamiento más sagrado. Le espero dentro de pocos dias, y entónces, para siempre unida al que jamás debió hallarse separado de mi corazon...

—Empezará, Mercedes, prorumpió D. German con efusion, la era de la felicidad y el dulce fruto de las virtudes sembradas. Dios te hará dichosa, hija mia, como mereces, bajo el amparo de tu ma-

rido cobijada, no como humilde sierva, sino como digna esposa, acabarás de encontrar esa paz y ventura que ya has empezado á conocer, pero que en ninguna parte hallarás más cumplida que en los brazos de Gabriel Boleta.

—Seré la madrina de la boda, interpuso Isabel.

—Y fuera yo el padrino con mi alma toda, insinuó Gonzalo, á no respetar demasiado cierto derecho...

—Que, interrumpió D. German, dando con su baston en el suelo, te guardarias bien, gran bribon, de invadir. El padrino soy yo; y el que se atreviera á usurparme ese privilegio, tendria que háberselas conmigo.

Se me ha olvidado advertir, que el dia que corria era jueves, uno de los dias que se permitia la entrada en el hospicio; y que por lo tanto nada extraño era que las visitas todas se reunieran, ni debe sorprender si al llegar á este punto de la conversacion, fuera interrumpida por el anuncio de una nueva visita, que pareció causar á Mercedes la más viva conmocion.

Latió su corazon; y juntamente con el de ella, agitóse el corazon simpático de aquél, que no era amante ni estaba enamorado, ni era siquiera jóven, y el nombre de Gabriel se formó en los labios de

éste, en tanto que sobrecogida aquélla por un sentimiento doloroso, ni voz ni sonido tuvo ánimo para exhalar.

— Es una señora vestida de luto la que desea ver á V., dijo el mensajero enviado para anunciar á la recién llegada, desvaneciendo las ilusiones de don German, que dice llamarse la viuda de Cadenas.

— ¡Magdalena, la pobre Magdalena! prorumpió el comerciante mirando á Mercedes, como pidiéndole explicaciones de esta inesperada presencia.

Isabel y Gonzalo fijaron los ojos tambien en ella, é interrogada por tantas vistas suspicaces, no pudo excusarse de otorgar la deseada aclaracion.

— ¿No saben V.V., dijo dirigiéndose simultáneamente á todos, nada de la que le pasa á esa desgraciada madre?

— La creíamos aún ausente, replicó Gonzalo.

— Con su hijo, insinuó D. German.

— ¡Su hijo! repitió Mercedes con un suspiro. ¡Dios ha castigado cruelmente al infeliz!

Una lágrima se desprendió de sus ojos al articular estas palabras; y ántes aún que hubiera tenido tiempo de enjugarla, le impidió continuar satisfaciendo la curiosidad de su auditorio, la en-

trada de Magdalena que, sorprendida, al encontrarse entre tantos amigos, permaneció por algunos momentos indecisa sin saber á quién dirigirse primero.

Isabel tomó la iniciativa, arrojándose ántes que nadie en sus brazos.

Sabía que lo podia, que lo debia hacer: que aquella madre generosa apreciaria en su justo valor este movimiento espontáneo de su corazon; y en manera alguna frustrada su esperanza, el más estrecho abrazo y el tierno título de «hija mia» encontró por respuesta.

Gonzalo imitó su ejemplo, y juntos asidos contra el mismo seno, si una lágrima humedeció la dorada cabeza de la que reemplazaba el lugar que deberia haber sido el del pobre lirio blanco, se conocia bien que ningun sentimiento amargo la producía.

Entre tanto, sumergida Mercedes en la más honda abstraccion, ó lo que era más probable, dominada por el más profundo bochorno, no se atrevia ni á alzar la vista del suelo, y, trémulos sus labios, agitado su pecho, visibles los latidos de su corazon en las oscilaciones del pañuelo que le cubria el seno, recibió la salutacion de Magdalena sin valor para mirarla á la cara, ni ánimo para

responderle, anonadada bajo el peso de la estrecha cuenta que habia de dar de los pesares causados á la más desgraciada de las madres y la enorme responsabilidad que sobre ella recaia.

Repuesta, no obstante, por el consuelo ofrecido en aquella virtuosa indulgencia, reanimada por el bálsamo de sus palabras de perdon, expresado á través de las frases más benévolas, muy pocos minutos bastaron para devolverle la tranquilidad; y, otra vez restablecida la conversacion á la altura en que se hallaba á la llegada de la viuda, tomó D. German del Castillo sobre sí el dilucidar lo que aún ignoraba sobre la materia.

Sabía como todos que profundamente afectada la viuda por la muerte de su hija, y más aún, por la aberracion desgraciada de su extraviado hijo, pasó muchos meses sumergida en la más justa tristeza, que ni todos sus esfuerzos, ni los de Isabel reunidos, lograron de manera alguna disminuir.

Sabía tambien, y con él igualmente Isabel, Gonzalo y Mercedes, que ignorante la madre por mucho tiempo del paradero de su hijo, adquirió el conocimiento al cabo de algunos meses, de que efectivamente era cierta su marcha de Cádiz; de que se habia entregado desde entónces á la vida más disoluta, abandonado por entero á las perversas

tendencias de su extragada naturaleza, emprendida de una vez la negra partida con la sociedad que se propusiera; y que, tan pronto teatro de sus proezas un pueblo como otro, todos los lugares comarcanos le tenian conocido y marcado con la más infame reputacion.

Duraria esto por unos nueve meses, pero avisada al cabo la madre, tres meses ántes de la escena en que se la acaba de presentar, de que su hijo yacia al fin rendido en su desigual combate, víctima de sus locuras, á las puertas de la muerte y en el más miserable estado, se acordó de que era su hijo para volar á su socorro.

Y conocedores solamente sus amigos de que la madre habia sido madre hasta el fin, ninguna otra noticia habian vuelto á adquirir, hasta encontrarla en el último lugar que hubiera podido imaginarse.

— Llegamos ayer tarde, dijo la viuda en contestacion á las preguntas de D. German, relativas á su inesperada vuelta, y falta de tiempo para pedirle á Dios fuerzas para venir aquí hoy.

Pero ¿y Francisco? pugnaba por salir de los labios del amigo.

Contenia no obstante la articulacion de estas palabras cierto sentimiento de delicadeza á que no

era posible fuese D. German extraño; y, sofocada su curiosidad por este sentimiento, dejó el comerciante que la casualidad tomara sobre sí el satisfacerla.

—¿Qué tal noche ha pasado? preguntó en seguida la madre dirigiéndose á Mercedes con el más vivo interés.

Mercedes respondió titubeando, que no muy buena, pues no habia dormido un momento, y que el cambio de domicilio parecia haberle afectado sobremanera.

—¡El cambio! repitió la madre. ¡Ojalá se hallara en estado de distinguirlo! ¿Ha comido algo? preguntó despues.

—Ni bocado ha querido probar. La comida está intacta como se la puse anoche, y el agua lo mismo, contestó Mercedes.

La madre gimió y se enjugó las lágrimas.

—Tengo miedo de que me falten las fuerzas, dijo dirigiéndose á D. German, y tengo mucha necesidad de vivir ahora. Le hago falta á mi hijo, que está loco!... exclamó con acentos tan llenos de agonía que la sangre de todos los que la escucharon se les heló en las venas.

Su rostro se cubrió de lágrimas al expresarse de esta suerte; y, estremecidos los circunstantes

con la noticia que recibian, dejaron correr su llanto, sin hallar ninguno voz ni aliento para interrumpirlo.

Enjugado, sin embargo, á los pocos momentos por los propios esfuerzos de la tan probada mujer refirió en seguida lo que tanto ansiaban sus amigos saber.

Su hijo habia sido salvado milagrosamente de las garras de la muerte; pero fué salvada su vida á costa de la luz de la razon, y la más feroz locura habia sido el funesto resultado de su disolucion.

Ineficaces los esfuerzos de la ciencia; inútiles los esmeros, las contemplaciones, la tierna solicitud de su amor de madre, la necesidad obligó al fin á la viuda á apelar al último recurso que le quedaba; y, loco furioso, loco de una demencia espantosa, el hijo desgraciado, que jamás habia dado otra cosa á su madre que los más amargos pesares, habia sido traído por ella desde Sevilla á su país natal para recogerle en el Hospicio, en el patio de dementes; y, en él establecido desde la tarde anterior, venía Magdalena á verle ahora para torturar su ya tan lacerado corazon con el más horrible de los espectáculos.

D. German no quiso dejarla ir sola con Mercedes.

Su espíritu flaqueaba al pensar en lo que sus ojos deberian presenciar; pero temeroso de que á la madre le fuese tambien á faltar el valor, se empeñó en acompañarla, precedidos los dos por la conmovida Mercedes, que nunca, durante todo el tiempo de su penitencia, más afectada que en aquellos momentos, con vacilantes pasos, penetró en el patio de dementes y se dirigió temblando al número ocho, cuarto ocupado por su infeliz seductor.

Cerrada la entrada por una fuerte puerta con un mísero ventanillo á la altura de un hombre, afianzada con toda seguridad, el corazon de don German se estremeció al penetrarse de la especie de locura que tales precauciones requeria; y no ménos estremecido al escuchar los más espantosos alaridos exhalados por voz humana, se acercó todo trémulo á la ventanilla y examinó el interior.

Mercedes se abrazaba á Magdalena entretanto; y, midiendo por su propia conmocion la que deberia experimentar aquel atribulado corazon de madre, le pedia perdon por sus maldades, entre lágrimas y sollozos.

¡Qué espectáculo tan horrible!

En el rincon más lejano del cuarto yacía un bulto envuelto en una túnica y ligado con una

camisa de fuerza, pero bulto de tan extraña apariencia, que se podia dudar de si era efectivamente un hombre ó sólo una fiera con cabeza humana.

Una cabeza humana, pero de tan horrible aspecto, que horrorizaba el contemplarla.

Cubríala una espesa cabellera, que en mechones caidos por la frente y por las sienes, casi impedia la vista de las espesas cejas que en su union formaban una sola raya negra sobre sus ojos de siniestra expresion, y sus hinchados párpados, ensangrentadas órbitas y dilatadas pupilas, despedian horrenda expresion de furor en el fondo oscuro del cuarto y brillaban como dos ascuas.

Su ceñudo rostro, su color lívido, y su crecida barba, completaban el aspecto repugnante del loco, que furioso por lo infructuoso de sus esfuerzos por zafarse de las ligaduras que lo sujetaban, frenético pugnaba por morderlas, y llenaba el aire de los más espantosos rugidos.

Era en verdad un espectáculo capaz de estremecer al más sereno, que requeria un valor estóico para poderlo contemplar sin horror: y esto no era para el temple de D. German del Castillo.

—¡Dios mio! ¿Y está siempre así? dijo volviéndose á Magdalena, despues de haber examinado el triste cuadro.

—Siempre. No tiene conocimiento de nada ni de nadie. No distingue escenas ni personas. No sabe ni siquiera quién soy yo. No conserva ni aun el uso del lenguaje humano, y de continuo expresándose con esos tristes alaridos, luchando por libertarse de sus ligaduras para destrozarse, como tantas veces ha tratado de hacer, y despedazarnos si pudiera; su vida es un perpétuo frenesí, que no sé cómo tiene el infeliz fuerzas para resistir.

El loquero se acercó en aquel momento al grupo de la reja.

—Es uno de los casos más tristes que he visto en mi vida, dijo. Tal aberracion, tal constancia en el acceso, no he presenciado jamás; y, acostumbrado como estoy á espectáculos de esta clase, no he podido dormir esta noche pensando en ese desgraciado. Traté anoche de aflojarle un poco la camisa para dejarle en más ancha libertad, pero, aumentando su furor con la indulgencia, por poco me cuesta cara la concesion. ¡Dios le mire con misericordia! agregó hablando en baja voz á D. German. Sería un favor de la Providencia que le llevara cuanto ántes, y no creo ha de pasar mucho tiempo sin que se acuerde de él.

La madre no le quitaba entretanto las ojos de encima á su desventurado hijo; y cual si más que

nunca adherida se sintiera á él, en su presente estado de miseria é infelicidad, con amor infinito, que no cabe más que en corazon de una madre, bebia sus amarguras hartándose en apurarlas.

Se le caian de vez en cuando las lágrimas; y se la veia cruzar las manos sobre el pecho como para contener los latidos de su lacerado corazon; pero llena en medio de todo, de prudencia y resignacion, ni palabra de queja ó lamentacion se le escapó todo el tiempo que duró la visita.

Encomendó al pobre demente con la más tierna solicitud al cuidado del loquero; pidióle que le tratara con la benignidad posible, que no le pegara, no, por el amor de Dios: cada golpe descargado sobre el cuerpo de su hijo habia de ser una puñalada para su corazon de madre; y, satisfecha por las promesas de éste; y más aún por las de Mercedes, de que todo se habria de hacer como ella queria, se separó del ventanillo, enviándole ántes al hijo último que le quedaba, un beso lleno de amor que todos vieron salir de sus labios, pero cuyo sonido ninguno pudo oir confundido su eco por uno de los más tristes alaridos que se habian hasta entonces escuchado.

Sonaron en seguida con horrible estremecimiento en los oidos de Magdalena los alaridos de Fran-

cisco, y juntamente con ella, profundamente conmovidos Mercedes y D. German, silenciosos se alejaron todos del patio para reunirse de nuevo con Isabel y Gonzalo.

Las más melancólicas reflexiones nacieron de la contemplacion de la anterior escena, y su resultado fué que mayor suma de compasion y afecto concedieran los que ya amaban y compadecian á la más interesada víctima de tan horrible castigo, y hacerles desde aquel momento apegarse más á ella, y reunir todos los esfuerzos imaginables para dulcificar en cuanto pudieran las amarguras de su situacion.

Lleváronse la consigo Isabel y Gonzalo, para que en su hogar encontrara otro calor que el que podia ya prestarle la desolada casita de la calle de la Amargura.

Cobijáronla con la ternura de hijos verdaderos, y de cuidados y esmeros colmada, se llegó al fin á dulcificar el aislamiento y desolacion de aquel tan probado corazon, y á endulzar de la más eficaz manera los últimos años de una vida que tan amarga habia sido.

Los altares del corazon se volvieron á ocupar. El lugar vacío por la falta de los hijos verdaderos

fué reemplazado por los hijos adquiridos; y, si bien jamás pereció para aquella amante madre el recuerdo de la última flor de su jardín, y vivo y punzante le hirió hasta el fin de su vida el del vástago primero, que tantos pesares le causó de continuo, bendecía á la Providencia porque no la habia dejado al término de su carrera sola, ni abandonada en su arrasado verjel.

Los años se sucedieron, las estaciones volvieron á venir y á irse, y nuevos meses de Mayo volvieron á reemplazar á aquellos que ya habian pasado.

Los árboles se cubrieron de hojas, las plantas de flores, el suelo de verdor, los pájaros cantaron por el aire, y Dios, el Dios del lirio blanco, se halló más visible en todas partes por repetidas veces; pero, por largo tiempo perenne la escena dichosa, representada en la union de Isabel y Gonzalo, no necesito decir que fué su vida de esposos, todo lo que podia prometerse de las virtudes que desplegaron anteriormente, y que espléndidos deramando sin cesar los favores de su posicion y de sus aleccionados corazones, sostuvieron hasta el fin de sus dias la más generosa comunión con sus semejantes, de quienes siempre merecieron las más rendidas simpatías.

Felices en el seno de su familia, felices contribuyendo á la dicha de los que los rodeaban , Aguilera, Magdalena , los niños, y el fiel amigo de la casa, que tantas veces hemos acompañado en sus obras de misericordia, una larga serie de años pasó sobre sus cabezas, que por completo resarcíó sus primeros contratiempos y sacrificios.

Vieron realizado el casamiento de Mercedes: la vieron por completo redimida de sus antiguos extravíos, entregada á aquellos brazos fuertes y honrados, que jamás la habian desechado ; y feliz, sobre toda ponderacion el hombre benévolo á cuya intercesion se debia tan rápido é inesperado desenlace, agregó una página más de oro á la historia de su vida con la rica dádiva que al novio hizo en celebridad de tan dichoso acontecimiento.

El místico *Nuestra Señora de las Mercedes* cambió de repente de dueño, y, colocados el dia despues de la boda ciertos documentos extraños por medio de Antonio Rosales en manos de Gabriel Boleta, supo éste que el barco de su amor era suyo, y que la arrojada cáscara de nuez podia ya surcar la mar por cuenta de su orgulloso patron.

Y con esta última pincelada, consumada la sublime mision de D. German del Castillo, respecto

á los que tan deudores le eran de cuantos bienes disfrutaban, así materiales como espirituales, un monumento de gratitud se elevó en aquellos dos corazones, que sólo con ellos habia de ser destruido.

Para la tranquilidad de Magdalena y todos los que en su suerte se interesaban, ántes de mucho tiempo, se cumplió el pronóstico del loquero; y para ese trance, invocada por la más tierna y virtuosa de las madres toda la clemencia del cielo, es de esperar que la horrible expiacion impuesta al desgraciado Francisco le conseguiria al fin y al cabo la misericordia que tan necesaria le era.

El cielo lo quiso así, que la virtud encontrara su merecida recompensa y el vicio su señalado castigo; y de una aureola de felicidad cercados los que en todos los trances de su vida jamás se apartaron de la senda señalada por la rectitud de principios, como he dicho ántes, una serie de años pasó sobre sus cabezas, que por completo los indemnizó de sus primeros contratiempos y sacrificios.

Mi pluma se detiene aquí.

La mujer, creacion casi ideal, hija de Cádiz la bella, formada de la blanca espuma de la mar,

nacida en el templo de la hermosura, criada bajo el cielo azul de Andalucía y alimentada con la brisa fresca del océano, cuya historia me propuse relatar, ha cumplido su prescrito destino.

El lector que conmigo la ha seguido en las luchas de su corazón, en las virtudes heróicas de su esforzado espíritu, goza sin duda del premio otorgado á las más excelsas cualidades concedidas al corazón femenino; y harto más satisfecho del desenlace que mi historia ha tenido, que si conforme al gusto estragado de la época, hubiera acomodado á mi heroína á esos *mezzo tinte* de virtud ó mal disimulados vicios, de que nuestros vecinos de allende los Pirineos hacen tanto alarde; y abrigo la confianza de que, si bien ni placer, ni beneficio ha reportado del exámen de estas páginas, á lo ménos no habrá extraído veneno alguno que tienda á viciarle el corazón.

Cádiz me lo debe: Cádiz, la bella Cádiz, el lugar adonde, segun el poeta inglés que tanto admiró nuestra ciudad, huyó la diosa Vénus, y fijó el templo de la hermosura, Cádiz me lo debe que proclame yo la pureza de sus mujeres, y rinda justicia á sus acrisoladas virtudes; y si otra cosa no alcanzo, en el ejemplo que he expuesto, más que dejar impresas las señaladas cualidades que distin-

guen á la mayor parte de las hijas de la blanca ciudad, ó estimularlas á perseverar en la senda cuyo emprendido sendero les es tan fácil seguir, mi pluma se enorgullecerá con su victoria, si bien se ruboriza de la pobreza de sus facultades para consumir tan digna tarea.

FIN.

El Sr. D. Adolfo de Castro contestó á la dedicatoria de esta novela con la siguiente carta:

MUY SEÑORA MIA Y DE MI MAYOR APRECIO:
No siendo ya para mí ni para muchos, un misterio el nombre de mi modesta amiga, de mi compatricia elocuente, de mi oculta favorecedora, de la ingeniosísima novelista, en fin, que comienza á alumbrar los horizontes de la literatura española, creo que no llevará V. á mal que un agradecimiento sin límites dé alas á su osadía para dirigirle estos renglones.

He visto con la mayor satisfaccion y tambien con el más vivo sentimiento, la dedicatoria de su preciosa ISABEL: con satisfaccion, ya por la honra que V. me ha dispensado en inscribir mi nombre al frente de una obra tan notable por los rasgos de ingenio que atesora, ya por haber recibido yo un testimonio público del *aprecio* con que me dis-

tingue una novelista que tan noble alma revela en sus escritos: con sentimiento, por juzgarme indigno de la *admiracion* de quien la merece tan grande bajo todos conceptos, y á quien he tenido la dicha de tributar la mia el primero de todos.

De la laboriosidad constante mia al eminente y rico talento de V., hay la diferencia que existe entre la esterilidad de los pantanos de Holanda y la asombrosa vegetacion de las campiñas del Ganges.

El arte sin el ingenio produce débiles frutos: el ingenio asistido del arte, novelas como las de V.

Yo, sin embargo, repito á V. la expresion de mi agradecimiento, y le tributo el más solemne parabien por la buena acogida que reciben sus trabajos literarios, que han de colocar el nombre de V. al lado de los de Cervantes y Walter Scott.

Soy de V. con el más sincero entusiasmo, si nada para merecer la admiracion de V., y aun poco para tributarle toda la mia, su amigo leal Q. B. S. P.

ADOLFO DE CASTRO.

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

	Págs.
Capítulo I.....	5
Capítulo II.....	31
Capítulo III.....	59
Capítulo IV.....	83
Capítulo V.....	109
Capítulo VI.....	125
Capítulo VII.....	147
Capítulo VIII.....	167
Capítulo IX.....	185
Capítulo X.....	201
Capítulo XI.....	219
Capítulo XII.....	239
Capítulo XIII.....	257
Capítulo XIV.....	271
Capítulo XV.....	293
Capítulo XVI.....	313
Capítulo XVII.....	339
Carta del Sr. D. Adolfo de Castro.....	365